REYES DE AVALIER · LIBRO UNO

EL ÚLTIMO REY DRAGÓN

LEIA STONE

CROSS BOOKS

Sinopsis

El Rey Dragón busca esposa y eso es algo que tiene intranquilas a las jóvenes del pueblo. El rey enviará a la guardia real para traer mujeres en edad fértil a su castillo en Ciudad Jade y solo hay un requisito: las candidatas deben portar suficiente magia para engendrar un heredero.

Yo soy una humana con apenas un poco de linaje mágico de dragón en mi interior, sé que no seré elegida pero, por alguna razón los rastreadores de magia me ordenan presentarme ante el rey como una posible esposa. Estoy lista para ello hasta que mi madre me cuenta un secreto aterrador. Algo que puede hacer que mi vida corra peligro... a manos del mismísimo rey.

Comienza una serie llena de fantasía, peligros, amor y traiciones.

EL ÚLTIMO REY DRAGÓN

Reyes de Avalier 1

Leia Stone

Fallenmoore
Cinder Village
Archmere
Nightfall
Gypsy Rock
Thorngate
Middle Bridge
Jade City
Embergate
Grim Hollow
Necromere

AVALIER

1

Me cargué la presa al hombro y gruñí al sentir su peso. Era un pumarino macho adulto, mi caza más grande hasta la fecha. Habría carne suficiente para alimentar a mi madre y a mi hermana pequeña durante al menos dos lunas y, además, nos daría algo que vender en el mercado. Aún quedaba para que llegara el invierno, pero quería conseguir pelajes nuevos para mi madre y Adaline.

Acechar a la bestia la última semana había dado sus frutos, y no podía evitar la sonrisa que me levantaba las comisuras de la boca mientras caminaba a mi pueblo natal, Cinder Village.

Al estar a los pies de Cinder Mountain, y a causa de las minas de carbón de su interior, el fino polvo de la montaña lo cubría todo en el pueblo; y hoy no era una excepción. Las rocas esparcidas por el pueblo estaban escondidas bajo una densa capa de ceniza, al igual que las punteras de mis botas de caza. Yo ya casi ni me daba cuenta; al final te terminas acostumbrando. La teníamos en las orejas, la nariz, los dientes y otros sitios de los que no se puede hablar.

En Jade City, la capital de Embergate, a los residentes de Cinder Village se nos distinguía a un kilómetro. Soltábamos polvo con cada paso y estábamos tremendamente orgullosos de ello. La gente de Cinder Village éramos personas muy trabajadoras, no nos pasábamos el día con el culo plantado.

—¡Una buena presa, Arwen! —gritó Nathanial desde su puesto en la torre de guardia a la entrada de Cinder Village. Nathanial era uno de los chicos más guapos de la aldea, con el pelo rubio ceniza, ojos color avellana y la mandíbula afilada... Tan solo con mirarlo se me calentó el estómago.

Le devolví una sonrisa bobalicona.

—¿Te vienes a cenar luego? Que vengan también tus padres.

Él asintió con los labios apretados.

—Me encantaría.

Habían pasado veinte inviernos desde la Gran Hambruna, pero mis padres recordaban aquella época y nos enseñaron desde jóvenes a cazar y a cultivar comida y a despellejar y preparar una presa. Normalmente eran los hombres quienes cazaban y las mujeres las que cultivaban, pero, al morir mi padre, yo no disfruté de ese lujo. También nos enseñaron a ser amables y dar de comer cuando te sobra. Eran tiempos de abundancia y este pumarino era mucho más de lo que necesitábamos.

El peso del animal comenzaba a causarme un dolor agudo entre los hombros y su sangre se me derramaba por la camiseta desde la herida de flecha de su cuello. Estaba deseando dárselo a mi madre y asearme.

Pasé por los puestos del mercado asintiendo a los hombres y mujeres que estaban allí trabajando y asombrada por las preciosas guirnaldas florales que se habían colgado por todo el pueblo con motivo del Día de Mayo. Temía no llegar a tiempo para el ansiado Festival del Amor. Pero había cazado a mi presa justo a tiempo y, si me lavaba rápido, puede que incluso llegara a la carpa de los besos.

Aceleré el paso y doblé la esquina hacia la hilera en la que estaba la cabaña de mi madre. Éramos una familia sencilla con una vida sencilla. Cabañas de paja, agua fresca del río, campos de patatas y minas de carbón: eso era Cinder Village. La ceniza de la mina de carbón hacía que el terreno fuera muy fértil, así que se nos conocía por nuestras patatas y tubérculos dulces gigantescos.

Una vez visité nuestra capital, Jade City, cuando tenía quince inviernos, y estuve con la boca abierta los tres días que duró el viaje. Era la ciudad más bonita de todo Embergate, de ahí que nuestro rey viviera allí, al igual que todos los reyes anteriores a él. Jade City tenía una opulencia y un

esplendor que, si no los hubiera visto con mis propios ojos, no los habría creído. Más jade, oro y rubí de los que yo había visto en mi vida. Las carreteras eran de ladrillo, los edificios de piedra blanca y la ciudad se iluminaba cada noche como una joya. Fluía el hidromiel, los puestos de comida estaban hasta arriba y las calles estaban llenas de dragontinos.

Yo no había estado con tantos dragontinos tan poderosos en mi vida, pero Jade City estaba repleta de ellos. Los dragontinos estaban conectados con su rey, Drae Valdren. Él les daba poder a través de sí mismo, por lo que tenía sentido que quisieran vivir cerca. Los dragontinos con magia suficiente tenían el poder de curar, de escupir fuego, y eran extremadamente fuertes. Pero adoptar por completo la forma de dragón era algo reservado únicamente para el rey; el dragontino más poderoso que ha vivido jamás.

Aquí, en Cinder Village, éramos una especie de anomalía. Técnicamente estábamos en territorio de Embergate y nos gobernaba el rey dragón, pero éramos, por lo general, un grupo mixto. Humanos, dragontinos, elfos, feéricos... e incluso unos cuantos lobos callejeros terminaron aquí. Generalmente, a cualquiera que fuera de raza mixta o que tuviera magia diluida la echaban de su territorio y terminaba aquí, lo cual la convertía en una suerte de colonia. Una sociedad mixta.

Mi madre era completamente humana. Sus padres huyeron de Nightfall cuando ella era pequeña, y mi padre era una mezcla de humano y una décima parte dragontino. No era suficiente para tener un poder chulo, pero era capaz de levantar rocas muy grandes en las minas y nos dio una buena vida a mi madre y a mí, hasta que murió cuando yo tenía nueve inviernos...

—¡Bendito sea el Creador! ¡Menuda presa! —gritó mi madre desde el quicio de la puerta de nuestra cabaña, y me sacó de los pensamientos sobre mi padre. Me dolían todos los músculos del cuerpo. Estaba cansada, apestaba y estaba cubierta de sangre, pero ver a mi madre tan contenta me sacó una sonrisa tontorrona.

—Vamos a tener que quitarle la cintura a mis pantalones para la semana que viene —bromeé.

Mi hermana pequeña, Adaline, asomó la cabeza por la puerta y se le pusieron los ojos como platos.

—¡Estofado de pumarino para cenar! —gritó de alegría.

Eso me sacó una carcajada. Las patatas asadas y las verduras saciaban, pero no había nada como el estofado de pumarino de mamá.

Entré en casa, arrastré los pies por el suelo recién barrido y crucé la cocina hasta el porche trasero. Madre ya había preparado la tabla y los cuchillos. Sabía que no volvería a casa con las manos vacías, y su fe en mí me enorgullecía.

Después de soltar al animal sobre la mesa, gruñí girando el cuello.

—Lo has hecho muy bien, Arwen. —Mi madre me acarició el pelo y arrugó la nariz—. Pero hueles a muerto.

Adaline soltó una carcajada profunda y yo di un brinco y salí corriendo detrás de ella con los brazos abiertos como un chupasangre del Necromere. Ella dio un auténtico grito de terror, y ahora me tocó a mí soltar una carcajada.

—Oye, no asustes a tu hermana. Ve a lavarte, ¡es el Día de Mayo! —me regañó mi madre.

El Día de Mayo.

Suspiré. Todas las chicas y chicos solteros con edad de casamiento saldrían a la plaza del pueblo con los ojos tapados y empezarían a caminar los unos hacia los otros. A quien tocaras primero, lo besabas.

Era una tradición muy antigua de Cinder Village y, por muy aterradora que sonara, también era emocionante. La leyenda rezaba que te casarías con el primero al que besaras en el Día de Mayo. Con dieciocho inviernos, este sería mi primer Día de Mayo. El año anterior ya podía haber participado, pero estuve enferma como un perro por comer unas bayas en mal estado, así que no pude ir.

Me toqué los labios mientras me preguntaba si Nathanial me besaría. No podías hacer trampa, pero algunos de los chicos se bajaban un poco la venda para ir hacia la chica a la que querían besar.

Yo quería a Nathanial.

Entré en el dormitorio que compartía con Adaline y cogí una túnica y unos pantalones limpios. Hacía mucho que mi madre había dejado de intentar que usara faldas y vestidos. Cuando mi padre murió hace nueve inviernos, tuve que convertirme en la cazadora de la familia, y cazar con un vestido es completamente absurdo.

Adaline estaba escondida debajo de las pieles de su cama, seguramente temiendo que la manchara con sangre de pumarino. Me acerqué a ella y me quedé acechándola. Al cabo de un rato, pensando que me había ido, salió despacio de entre las mantas, pero, cuando me vio, volvió a gritar y se escondió de nuevo debajo de las pieles. Solté una carcajada de satisfacción.

—¡Arwen! —gritó mi madre.

—¡Vale! —gruñí, y la risa fue muriendo en mi garganta.

A veces solo me apetecía hacer el tonto con mi hermana pequeña, pero mi posición en la familia me había obligado a madurar antes de lo que me hubiera gustado si hubiese podido elegir. Teníamos un techo bajo el que dormir y los estómagos llenos, así que no podía quejarme.

—¡Por cierto! —le grité a mi madre mientras iba hacia las termas públicas—. He invitado a Nathanial a cenar —dije como si nada.

Una invitación a cenar el Día de Mayo no era moco de pavo.

Las comisuras de la boca de mi madre se levantaron en una sonrisa conspiradora.

—¡Por ser amable! Para compartir la caza —le dije con las mejillas cada vez más calientes. Tras una buena caza, era habitual invitar a alguien al festín. Daba incluso buena suerte. Ella lo sabía. Pero el Día de Mayo también se solía invitar a cenar a posibles pretendientes para que las familias se conocieran y se empezase a tantear la idea de una posible boda.

—Claro, corazón —dijo con un tono dulce, y yo fruncí el ceño. Tenía dieciocho inviernos; era de esperar que eligiera pronto a un marido. Nathanial era una buena opción. Tenía un trabajo importante en la aldea y era de los pocos chicos que no parecían sentirse amenazados porque yo saliera a cazar con los demás hombres de la aldea. Incluso cuando me casara tendría que seguir manteniendo a Adaline y a mi madre. Él lo entendía.

Me borré la sonrisa de mi madre de la cabeza y me encaminé al callejón entre la botica del señor Korban y la pastelería de la señora Holina, y entré en la terma de Naomie.

—¡Pero muchacha! —Naomie se tapó la nariz en cuanto puse un pie dentro—. ¡Hueles a ratino muerto! ¡Vas a tener que usar una bañera privada con un extra de aceite de sándalo!

Yo sonreí.

Naomie era como la abuela del pueblo, con una lengua viperina. Nos cuidaba a todos y nos golpeaba con la verdad sin importar cuánto pudiera doler. Para los lavados diarios usaba el cubo de agua caliente de nuestra cabaña, pero para lavarme después de una caza necesitaba la bañera y la esteatita de Naomie.

La seguí hasta el aseo de mujeres, pasando por las bañeras colectivas, y saludé a las mujeres a las que conocía. La señora Beezle y la señora Haney estaban cautivadas por los cotilleos del pueblo. Escuché brevemente que Bardic tenía que beber menos y que la señora Namal tenía que ocuparse de su marido para que no se le fueran los ojos. El agua de su bañera estaba negra por el hollín.

Cuando Naomie entró en una de las salas privadas, acordonada por un muro de paja, coloqué mi ropa limpia en el taburete que había junto a la pequeña bañera individual. El hollín y el polvo eran aceptables en una bañera comunitaria, pero la sangre y las tripas de la caza no estaban permitidas.

Naomie tenía al menos sesenta inviernos y los dedos torcidos por la enfermedad invernal de los huesos. Con su pelo plateado recogido en un moño apretado en lo alto de la cabeza, giró la llave y el agua empezó a manar del grifo y llenar la bañera mientras el vapor alcanzaba el techo. Naomie era una de las pocas personas con agua corriente en el pueblo. Su tienda estaba colocada justo encima de una fuente termal natural. Su tatarabuelo había sido trabajador del metal, así que soldó las tuberías y lo construyó todo para que el agua subiera desde el suelo. Su familia había sido propietaria de las termas desde que todo el mundo podía recordar.

—He tenido que subir los precios —dijo Naomie, mirándome con un poco de lástima—. A causa de la guerra que ha empezado la reina de Nightfall en la frontera, me está costando conseguir las esteatitas y los aceites perfumados de los elfos de Arcondiel.

Yo asentí.

—¿Cuánto es?

—Dos monedas de jade o un trueque aceptable —respondió.

¿Dos monedas de jade? Antes era una. Había oído algo sobre los problemas que estaba causando la reina de Nightfall con los envíos a Embergate, pero no le había dado más vueltas. A aquella malvada mujer le encantaba iniciar guerras.

Asentí.

—Puedo darte las monedas de jade o acabo de cazar un pumarino macho adulto: puedes ir a hablar con mi madre cuando cierres para elegir la mejor parte.

Se le iluminaron los ojos.

—Aceptaré entonces la carne, muchas gracias —dijo, y yo volví a asentir mientras ella salía de la sala.

El pumarino tenía un sabor fuerte pero delicioso, con muy poca grasa y cartílago. La carne de cervino era la otra que más gustaba, así que sabía que podría negociar muy bien con esta caza. Quizás pudiera comprarle a madre un vestido bonito para el festival del cambio de estaciones en otoño.

Me quité la ropa, la dejé caer en un montón polvoriento y ensangrentado a mis pies, y luego entré al agua. Se me escapó un gruñido de pura alegría y alivio, y algunas de las mujeres al otro lado del biombo de paja se rieron disimuladamente. A mí me dio igual. Estaba demasiado a gusto. Al meterme aún más en el agua, sentí que algunas zonas de la espalda me escocían. En algún momento de la caza, me había tropezado y me había golpeado con una roca en la espalda. Seguramente tuviera un par de arañazos.

El agua seguía saliendo del grifo mientras yo soñaba despierta con tener agua corriente caliente en nuestra cabaña. Me daría baños todas las noches. Lavaría la ropa con agua caliente, y los platos y, solo por diversión, metería la cara en agua caliente todas las mañanas para despertarme.

Suspiré de alegría.

—¡Entro! —anunció Naomie antes de entrar en la pequeña sala.

No me molesté en cubrirme. Naomie me había visto desnuda cientos de veces. Había estado yendo allí con mi madre desde que era un bebé. Además, ella no miraba; era una profesional. Vertió un chorro de aceite en el agua y el fuerte olor a sándalo me golpeó.

Otro suspiro.

Cinder Mountain era conocido por sus arboledas de sándalo, por lo que aquí abundaba el aceite y su aroma me recordaba a mi hogar.

Una esteatita cayó al agua y se deslizó por mi espalda, pero la ignoré. Ya me enjabonaría; ahora solo quería quedarme en remojo. Todos los músculos de mi cuerpo estaban gritando de alegría.

—¿Te has hecho algún corte? —preguntó.

Naomie atendía a los hombres cuando volvían de una caza, así que sabía qué encontrar en los cuerpos después de una salida así.

Asentí y me incorporé para enseñarle la espalda.

Ella silbó bajito.

—El más grande parece que se ha infectado. Voy a por el aceite de margosa para echarle un poco al agua. La carne de pumarino me sigue valiendo.

La margosa era cara, así que fue un detalle por su parte no cobrarme un extra o pedirme más carne.

Desapareció, volvió con la margosa y la echó también al agua del baño. Luego metió la mano y cogió la esteatita. Yo me incorporé y me incliné hacia delante. Me la pasó por la espalda, por las zonas a las que yo no llegaba y chisté de dolor cuando la raspó con cuidado por el corte. Debía de ser más grande de lo que yo pensaba. Me había emocionado tanto por matar a mi primer pumarino que perdí cualquier sentido del dolor y solo quería llevarlo a casa.

Después de que la anciana me torturara la espalda, soltó la esteatita de nuevo en la bañera y se marchó.

«Por fin puedo relajarme.»

Volví a apoyar la espalda en la bañera y me deslicé todo lo que pude hacia abajo. El pelo serpenteaba a mi alrededor y me sorprendí y avergoncé un poco al verlo marrón —y no rubio— de lo sucio que estaba. El agua de la bañera tenía un leve tinte rojizo de toda la sangre, así que cerré los ojos y respiré hondo lentamente, dejando que el olor de la margosa y el sándalo me llenaran la nariz.

Los siete días acechando al animal y durmiendo sobre hojas y rocas habían merecido la pena. Se acabaron los días de cazar presas pequeñas como conejos o zarigüeyas y que los hombres me ridiculizaran. Ahora era

una cazadora respetada. Por Hades, puede que los hombres incluso me dejaran entrar en el gremio de cazadores.

—¡Vienen los hombres del rey! —gritó una voz de mujer en las termas, y abrí los párpados de golpe, saliendo de mi ensoñación.

¿Los hombres del rey? ¿Estaban preparándose para la guerra o algo así? ¿Por qué si no iban a venir hasta aquí desde Jade City? Lo normal es que nosotros les lleváramos carbón o sándalo para comerciar; ellos nunca venían a nosotros. Éramos el pueblo sucio y olvidado de Embergate, tolerado pero nunca visitado por el rey, y en el que apenas pensaba. Aquí no había ningún dragontino poderoso que él pudiera llevarse a su ejército ni que le sirviera de absolutamente nada. Éramos un montón de chuchos de raza mestiza.

—¡Escuchad! —dijo la misma persona por las termas, y yo me incorporé, abrí la puerta de paja y la miré.

Kendal. Debí haberlo sospechado. Era la cotilla del pueblo y vivía por y para cualquier noticia, sobre todo si venía de Jade City y concernía al rey dragón. Le gustaba considerarse la pregonera de la aldea. Éramos amigas, pero no me gustaba pasar demasiado tiempo con ella.

Metió la mano en el abrigo, sacó un pergamino que parecía oficial, y lo abrió.

—El rey Valdren busca una nueva esposa que le dé un heredero. —Hizo una pausa para el grito ahogado colectivo que se escuchó por toda la terma, el mío incluido.

Solo había estado casado con la reina Amelia tres inviernos y perdió cuatro hijos con ella antes de que sucumbiera finalmente a la muerte en un parto. Era un rey joven —se casó con mi edad— y ahora solo tenía veintiún inviernos. Su boda fue el motivo por el que viajé a Jade City cuando yo tenía quince; una boda real era un asunto muy emocionante en todo el reino.

Solo hacía un invierno que la reina Amelia había fallecido, y, sin heredero, el rey era vulnerable para la reina de Nightfall, que buscaba hacerse con este reino y purgarlo de la magia de los dragontinos. Era inevitable que buscara una nueva esposa, pero oírlo oficialmente fue impactante.

Kendal carraspeó en un intento de esconder una sonrisa.

—Está llevando a cabo la búsqueda de una nueva reina por todo Embergate...

Los gritos agudos y los chillidos de emoción se reprodujeron por toda la terma y yo no pude evitar reírme de su desesperación. El anuncio no era más que una formalidad, ya que técnicamente formábamos parte del territorio de Embergate.

—Para dar a luz a un heredero —continuó Kendal—, enviará olfateadores a las ciudades y aldeas dentro de las fronteras de Embergate para encontrar a todas las mujeres idóneas con magia lo bastante poderosa para gestar a su hijo. Deben presentarse ante él para la próxima luna llena.

Los gruñidos colectivos de decepción llenaron el espacio.

—¡No va a encontrar a nadie con magia poderosa en Cinder Village! —dijo una de las mujeres más jóvenes, derrotada.

—Ninguna es lo bastante poderosa como para gestar un heredero del rey dragón —coincidió Naomie.

Tenían razón. Lamentablemente, la reina Amelia había muerto porque la magia del rey era demasiado poderosa como para que ella pudiera gestar a su hijo, y he oído que ella era casi mitad dragontina.

Kendal se echó hacia atrás el pelo.

—Yo soy un cuarto dragontina, así que...

La terma estalló en una carcajada y yo tampoco pude evitar hacerlo.

—Corazón, ¿un cuarto? —Naomie negó con la cabeza—. Para que llegase a término un embarazo del hijo del rey dragón tendrías que ser mitad dragontina y estar bendecida por el Creador.

Kendal enrolló rápidamente el pergamino y se lo metió en el bolsillo.

—¡Dejemos que los olfateadores decidan!

Salió de las termas y los cotilleos empezaron a toda máquina.

—Pobre chico... Mira que perder a su mujer y cuatro hijos —dijo alguien.

—¿Por qué no podría gestar a su heredero? Hades, con mis caderas podría darle diez hijos —contó Bertha Beezle.

De pronto, yo me sentí protectora de la difunta reina.

—¡Ella no hizo nada! La magia del rey es demasiado fuerte para las mujeres mortales —solté.

Cualquier ápice de humanidad que la reina tuviera se rompió por la mitad a causa de la magia de sangre pura del rey dragón cuando se puso de parto.

El cotilleo se detuvo de pronto y entonces decidí que era un buen momento para lavarme el pelo y ahogar la charla. Yo había conocido a la reina Amelia; bueno, «conocer» era una mentira, pero la había visto de lejos en mi viaje a Jade City. El rey ya había entrado cuando subí al tejado de la floristería y observé a nuestra nueva reina. Era la mujer más guapa que había visto nunca. Tenía un pelo largo y negro azabache que le caía con gruesos rizos hasta la cintura. Llevaba un vestido con tanto jade que seguro que pesaba tanto como un pumarino. Se decía que el rey Valdren y la reina Amelia habían sido elegidos como la pareja perfecta para impulsar una nueva dinastía de herederos mágicos. Qué cruel puede ser la vida a veces.

Primero, el rey perdió a su padre justo después de casarse, luego sus hijos no llegaron a nacer y después perdió a su mujer junto con su hijo nonato. Eran demasiadas pérdidas que soportar. Así que no le di más vueltas. Esperaba de verdad que encontrara una nueva esposa y tuviera un hijo sano.

Cogí la esteatita y me froté el cuerpo y el pelo con fuerza hasta que se me quedó la piel en carne viva y olía como una botica. Ahora mi pelo había recuperado el color pálido de la seda de maíz y, aparte de algunos moretones y un poco de polvo bajo las uñas que jamás conseguiría limpiarme, tenía un aspecto decente. De pie, me eché encima el último cubo de agua limpia y salí de la bañera. Tras lavarme los dientes en el pequeño lavabo que tenía Naomie en la pared del fondo de la sala privada, me envolví con lino y quité el tapón. Sin apartar la vista del agua marrón y manchada de sangre que giraba por el desagüe, me sequé rápidamente el pelo con la toalla y me hice una trenza sobre un hombro antes de ponerme mi túnica de algodón azul y unos pantalones blancos.

Por la conmoción que había fuera, supe que la noticia se había extendido rápidamente y toda la aldea cotillearía animada durante semanas, hasta mucho después de que los olfateadores llegaran y se fueran.

Que los hombres del rey vinieran a nuestro pueblo el Día de Mayo era algo muy importante.

—¡Arwen!

La voz de mi madre llegó desde detrás del biombo de paja. Lo aparté y la saludé, pero se me heló la mano en el aire cuando vi su cara pálida. Se me acercó corriendo, me agarró por el antebrazo y se inclinó para susurrarme al oído:

—Tienes que irte ahora mismo. ¡Corre! —susurró.

Yo me reí pensando que sería una broma, pero se apartó de mí y jamás la había visto tan seria.

—¿Qué pasa? —dije.

Miró hacia atrás por encima del hombro, como si intentara decirme que no podíamos hablar aquí, y yo asentí. Todavía tenía el impacto en el cuerpo; mi madre nunca se comportaba así. Era una persona calmada y en muy pocas ocasiones mostraba miedo. Algo no iba bien.

La seguí hasta la salida de las termas, me despedí de Naomie con la mano y una sonrisa y nos dirigimos a nuestra cabaña. Al doblar la esquina en nuestra calle, vi que la blanca carpa de los besos para el Día de Mayo ya estaba montada en mitad del pueblo. De la puerta colgaban guirnaldas rosas y moradas; era pintoresco y romántico. Las chicas jóvenes del pueblo ya estaban entrando.

Yo me detuve.

—Madre, ¿esto no puede esperar? El año pasado ya me lo perdí y... me apetecía mucho... —«dar mi primer beso». No quería decirlo, pero mi madre lo entendió.

Miró la carpa de los besos y puso cara de sorpresa.

—Claro, el Día de Mayo, y el año pasado te lo perdiste porque estabas enferma...

Asentí mientras miraba ansiosa la puerta de la carpa y vi entrar a Nathanial.

—Mamá, por favor.

Mi madre caminó sobre unas plantas silvestres que habían crecido en frente de la casa de la señora Patties y arrancó unas cuantas flores moradas que me colocó en la trenza.

—Ve, que te den el beso del Día de Mayo y luego vuelve rápidamente a casa. Yo te haré las maletas. —Asintió con la cabeza.

Yo fruncí el ceño. ¿«Las maletas»? Acababa de llegar de una caza de una semana. Me negaba a volver a irme sin haber descansado bien. Pero me había dado permiso para ir a la carpa de los besos, así que no iba a discutir. Al salir apresuradamente del jardín, me acerqué antes al huerto de la señorita Graseen y cogí un brote de menta. Ella asomó la cabeza por la ventana de la cocina y me sonrió.

—¿A la carpa de los besos? —preguntó.

Yo me sonrojé y me metí las hojas de menta en la boca. Las masqué con fuerza para refrescarme el aliento. Aunque me acababa de lavar los dientes, no quería arriesgarme con mi primer beso. La señorita Graseen nos dejaba coger un brote de esto y de aquello y, a cambio, nosotras limpiábamos las malas hierbas y arreglábamos la valla cuando irrumpía algún depredador.

Desanduve mis pasos, lista para entrar en la carpa blanca, cuando escuché un escándalo en la entrada y volví la cabeza.

Una gran procesión de la Guardia Real del rey se estaba abriendo paso y venía en mi dirección. Me quedé helada, alucinada con los caballos y sus armaduras. La luz del sol destellaba en la cresta dorada del dragón que llevaban en sus pechos y, por un momento, me olvidé de la carpa de los besos. Había querido pertenecer a la Guardia Real desde que pude blandir una espada. Por supuesto, aquello no era muy femenino y mi madre me había disuadido, pero nunca perdí ese sueño. Por lo que yo sabía, solo había una mujer en la guardia:

Regina Wayfeather.

Se rumoreaba que era la lideresa de toda la Guardia Real. Quería salir corriendo, comprobar si estaba allí y pedirle tímidamente que tocara mi arco de caza para que me diera buena suerte, pero no podía ignorar que la ventana para conseguir mi primer beso se estaba cerrando. Por no hablar de que mi madre parecía estar de mal humor y que tendría que volver a casa justo después.

Cuando un Guardia Real del rey se apeó de su caballo y empezó a andar hacia la tienda, yo entré. A mis oídos llegó el barullo de las charlas entusiasmadas y mis ojos se fueron hasta el otro lado de la carpa, donde estaban los jóvenes pretendientes. Miré fijamente a Nathanial y él sonrió, así que le devolví la sonrisa.

—¡Arwen! —gritó Kendal, y me volví hacia la derecha, donde estaban todas las chicas en una fila larga. Todas llevaban sus mejores vestidos e incluso se habían pintado los ojos con lápiz de carbón y los labios con bálsamo de remolacha. Y yo en pantalones de lino y una trenza húmeda que madre había intentado adornar con flores.

Me sentía como una idiota. ¿A quién se le ocurre venir a la carpa de los besos del Día de Mayo en pantalones?

«A una cazadora.»

Mi padre había muerto en pleno invierno. Mientras viva, jamás se me olvidarán los pinchazos de hambre del año siguiente. Los vecinos nos daban alguna limosna de vez en cuando, pero sin un cazador en la familia que hiciera una salida mensual o que trabajara en las minas, habríamos muerto. Aquel año, fabriqué mi primera trampa y empecé a traer a casa presas pequeñas.

El ratino era el animal más bajo en la jerarquía, pero así evitaba que mi madre tuviera que casarse de nuevo deprisa y corriendo para poder llevar comida a la mesa, y permitía que pudiera guardar el luto a mi padre.

Sacudí la cabeza para aclarar mis pensamientos.

La señora Brenna, que era la anfitriona de la tradición del Día de Mayo, caminó hasta el centro de la sala y carraspeó. Brenna era humana y una de las costureras del pueblo. Era la que cosía todos los vestidos de novia, así que el hecho de que consiguiéramos alguna pareja de por vida hoy era por su propio interés. Siempre vestía con preciosos vestidos que le subían los pechos gigantes hasta la mitad de la garganta y distraía a todos los hombres.

—Es muy posible que hoy sea el día en el que conozcáis a vuestra futura esposa —les dijo a los hombres, que recibieron sus palabras con vítores y gritos. Luego se volvió hacia las mujeres—. No os preocupéis: besan mejor a medida que pasa el tiempo.

Todas rompimos a reír nerviosas, y algunos de los hombres gruñeron ante el insulto.

Me coloqué directamente en frente de Nathanial y me vendaron los ojos.

—No hagáis trampa —dijo Kendal, haciendo un nudo apretado detrás de mi cabeza. Hice un movimiento lento y deliberado para levantarme un

poco la venda, pero apareció una mano que golpeó con fuerza la mía.

—Esto está en manos del Creador —me regañó la señora Brenna, y se me hicieron mil nudos en el estómago—. Jóvenes amantes —siguió—, avanzad y besad a la primera persona a la que toquéis.

El sonido de pies torpes me llenó los oídos cuando todos nos tambaleamos hacia delante con los brazos estirados. Yo quería gritar el nombre de Nathanial, pero habría quedado muy desesperado. Intenté mirar hacia abajo, por si podía reconocer sus botas de alguna forma, pero Kendal me había apretado demasiado la venda. Antes de darme cuenta, me choque con alguien y sus manos me rodearon por la cintura para sujetarme.

El corazón me martilleaba en la garganta. Había llegado el momento. Este sería mi primer beso.

«Por favor, no seas Vernon el sacamocos», le recé al Creador. Estiré los brazos y fui subiendo con los dedos por su pecho hasta encontrarle la cara. Al tocarle, se le heló el cuerpo y yo casi me puse de los nervios. ¿Estaba asustado? Deslicé los dedos sobre la tela hasta que llegué al cuello y luego paré, temerosa de sujetarle la cara.

Sus manos estaban completamente quietas en mi cintura, y yo me pasé la lengua por los labios para humedecerlos. En la carpa de los besos del Día de Mayo, las chicas eran las que daban el primer paso, y podías arrepentirte si no te sentías preparada.

«¿Es Nathanial?»

¿Quería besarme o salir corriendo?

Corría el rumor de que todos los chicos miraban y la señora Brenna les dejaba ponerse las vendas algo más sueltas. Y el de que, si a un chico le tocaba una chica a la que no quería besar, entonces era un beso casto, parecido al que le podrías dar a tu madre de pequeño. Pero, si le gustabas..., también corría el rumor de que podía poner tu mundo patas arriba.

Yo quería que mi mundo se pusiera patas arriba.

Como mi padre había muerto tan joven, me lanzaron a la vida de la caza, de llevar pantalones y de afilar mi espada. No me malinterpretéis: me gustaba esa vida, pero era difícil que los demás chicos me vieran como una chica besable.

«Quiero que me besen, jolín.»

Se me formó un nudo en la garganta a medida que los nervios se me acumulaban en el estómago. Tragué saliva y me incliné hacia delante antes de perder los nervios del todo. Seguí con los pulgares la línea de la barbilla y noté la barba incipiente y la afilada mandíbula de un hombre que, sin duda, no era Nathanial.

Me quedé paralizada, en pánico.

Nathanial aún tenía cara de bebé, sin barba incipiente, y su mandíbula estaba esculpida pero no tanto. Tras notar la mandíbula ancha y la barba de este hombre, me pregunté si debía seguir y tocarle la mejilla. Estaba tan decidida a besar a Nathanial que, al encontrarme con las pruebas de que no era él, quise retirarme.

Pero entonces él dio el primer paso y rompió la norma sagrada de la carpa del Día de Mayo a medida que sus labios se posaron sobre los míos. Sentí en la piel una pequeña chispa de electricidad y se me escapó un grito ahogado. A él también. Ambos inspiramos la sorpresa del otro. Noté un calor en el abdomen y me incliné hacia delante para profundizar el beso.

Al principio, sus labios me resultaron suaves e inseguros, pero luego se abrieron y yo deslicé mi lengua dentro, que se chocó con la suya, tal y como me había dicho Kendal. A él se le escapó un pequeño gemido y mi mundo empezó a girar mientras una sonrisa me tiraba de la comisura de los labios. Las manos en mi cintura empezaron a moverse en un suave círculo hacia las caderas, mientras su lengua hacía lo mismo dentro de mi boca.

«Creador bendito.»

Ese era el mejor primer beso que cualquier chica podría desear. El estómago me ardía de calor y a mi corazón le crecieron alas que me batían en el pecho. Los cálidos labios acolchados sobre los míos hicieron que todo mi cuerpo gritara exigiendo más.

—¡Bueno, se está caldeando el ambiente! —anunció Brenna entre risas —. ¡Quitaos las vendas y conoced a vuestra pareja, tortolitos!

Él apartó de mí todo a la vez: los labios, las manos, el calor, las mariposas. Fue como si me hubieran sumergido en un baño de hielo. Levanté las manos para arrancarme frenética la venda y me encontré cara a cara con la parte de atrás de la carpa blanca.

«Se había ido.»

Sentí un dolor en el pecho. Se me tensó la garganta cuando carraspeé para tratar de no mostrar emociones, pero me sentía como si me acabaran de dejar tirada en el altar. No salías corriendo el Día de Mayo a no ser que pensaras que el beso había sido horrible y no quisieras volver a ver a tu pareja.

Miré hacia la izquierda y el agujero en mi pecho se hizo aún más grande. Nathanial estaba sonriendo a una sonrojada Ruby Ronaldson. Su pelo negro azabache caía con suaves ondas sobre su vestido de seda verde. Ruby era pastelera. Era femenina, usaba vestidos y sabía cocinar: la esposa perfecta, y todo lo que yo no era.

Las lágrimas me nublaron la vista, pero parpadeé para evitar que cayeran. No quería seguir allí; era una estupidez.

Me di la vuelta, me escabullí por la abertura lateral de la carpa y fui en busca de mi madre.

Antes parecía muy asustada, y ahora me vendría bien cualquier cosa que quisiera decirme para distraerme. Lo que fuera para olvidar ese beso que había cambiado mi mundo y aquella dolorosa despedida.

2

Entré en nuestra casa y se me hizo la boca agua con el olor a estofado de pumarino. Se me fueron los ojos a mi mochila de viaje apoyada en la pared. Estaba limpia y parecía completamente llena y lista para salir.

—Mamá, me estás asustando. ¿Por qué me has hecho la mochila? Acabo de volver.

Metió mi montón de ropa sucia en el cesto y se dio la vuelta para mirarme con lágrimas en los ojos.

—Le he dicho a tu hermana que vaya a jugar con Violet para que podamos despedirnos a solas.

Casi se me salen los ojos de las cuencas.

—¿Despedirnos? Mamá, no me voy a ningún sitio. Acabo de volver de un viaje de una semana. —Por no hablar de que me acababan de abandonar en la carpa de los besos y estaba muerta de vergüenza. Quienquiera que fuera aquel besador agitador de mundos, ahora quería evitarlo a toda costa. Quería irme a mi habitación, llorar hasta quedarme dormida y pasarme los próximos dos días en la cama.

Mi madre se frotó las manos y sacudió la cabeza para apartarse los rizos castaños de la cara.

—Te he ocultado un oscuro secreto toda tu vida —dijo, y me quedé petrificada.

Agarré el borde la silla. No estaba preparada para escuchar esas palabras de boca de mi madre.

—¿Qué dices?

Mi madre se acercó, cogió mi mochila de viaje y me la dio.

—Tienes que irte antes de que te encuentren los olfateadores.

Cogí la bolsa, pero la dejé caer a mis pies. Estiré los brazos y agarré a mi madre por los hombros, mirándola fijamente a los ojos.

—¿Qué oscuro secreto?

Eso es algo que jamás quieres oír de alguien a quien quieres. En ese mismo instante estaba de los nervios. ¿Por qué tenía que impedir que me encontraran los olfateadores? Olían la magia en la gente y yo apenas tenía. No les interesaría en absoluto.

Ella suspiró. El aliento le olía a salvia y a romero; me recordaba a mi infancia. Le encantaba mascar hierbas mientras cocinaba.

—Tu padre y yo estuvimos cinco inviernos intentando tener un hijo, pero el curandero dijo que su semilla tenía algún problema.

Sus palabras me atravesaron como un cuchillo y sentí un escalofrío por los brazos. ¿A qué se refería?

—Eres mía. Eres mi hija —gruñó, agarrándome los antebrazos como si intentara convencerme.

Esa declaración me produjo náuseas. Claro que era su hija. «¿Por qué me está diciendo que soy su hija?»

—Pero fue otra mujer la que te dio a luz —dijo.

Yo dejé caer los brazos, me solté de sus manos y me desplomé en la silla detrás de mí. Me pesaba el pecho y respiraba con bocanadas irregulares.

Mi madre cayó al suelo de rodillas frente a mí, con lágrimas recorriéndole la cara.

—Debí habértelo dicho antes, pero nunca era un buen momento, y no quería que pensaras que no eras mía.

Me quedé allí sentada, aturdida, durante todo un minuto, hasta que ella se volvió a levantar y sacó una silla delante de mí.

—¿Quién era? La mujer —pregunté, por fin capaz de inspirar una bocanada de aire completa y controlar el pánico.

Mi madre se mordió el interior del labio.

—Una viajera que estaba de paso. Vestía como una mujer de alta cuna, con seda de colores llamativos y recamada con jade. Fue cuando yo aún trabajaba en la taberna.

¿Soy de «alta cuna»? ¿Era eso lo que me estaba diciendo? La gente de alta cuna era, al menos, mitad dragontina, puede que más.

—¿Qué pasó? —No reconocía mi propia voz. Necesitaba información, y rápido. El agujero en mi pecho ya era demasiado grande y necesitaba llenarlo con algo o me desvanecería.

Mi madre tragó saliva.

—Entró sola a la taberna, con un embarazo muy avanzado, pálida como un fantasma y manchada de sangre. Parecía conmovida, como si hubiera sido testigo de una pelea. Al verla en ese estado, no le hice ninguna pregunta, simplemente la llevé a una habitación.

No dije nada para que continuara. Miró mi mochila y luego se inclinó hacia delante.

—El parto se le adelantó en mitad de la noche. Toda la taberna se despertó con sus gritos. Bardic me mandó a ayudarla, y eso hice.

«¡Por Hades!»

¿Una mujer que huyó de una pelea se puso de parto en Cinder Village? ¿Adónde iría? Cinder Village estaba al extremo del territorio de Embergate, nadie pasaba por allí a no ser que fuera a propósito. Pero allí no iba nadie de alta cuna. Se sabe que hay quien iba para esconderse. La vida cubierta por cenizas no era lo más deseable, así que no venían muchos buscándola. ¿Quería que su bebé naciera allí? ¿Parirme y dejarme donde nadie me encontrara?

A mi madre le temblaron las manos.

—Pedí que avisaran a Elodie. En aquella época, era la que más experiencia tenía en partos, pero me dijeron que estaba enferma con pulmón negro y no podía ayudarme.

Elodie murió de pulmón negro el año que yo nací, y mi madre se convirtió en la matrona del pueblo. ¡Ese debió ser el inicio de su carrera! De camarera de la taberna a matrona del pueblo. Siempre me había preguntado cómo dio ese salto.

—Continúa —le insté.

Mi madre cogió mi mochila y me la acercó con la cara empapada en lágrimas.

—No tenemos mucho tiempo.

Me levanté, cogí la mochila y me la cargué a la espalda.

—No me voy a ir hasta que sepa la historia completa. ¿Por qué tengo que irme? ¿La mujer murió en el parto?

En toda mi vida, puede que haya visto llorar a mi madre dos veces. Una cuando murió mi padre y otra cuando trajo al mundo al bebé muerto de la señora Hartley. En mis dieciocho inviernos, nunca había visto tantas lágrimas.

—El parto duró desde el anochecer al amanecer. En ese tiempo, nos hicimos amigas. Le conté historias de tu padre y yo para pasar el rato o distraerla. Le conté la de veces que habíamos intentado que me quedara embarazada, dónde me crie, cualquier cosa para evitar que llorase de dolor. Ella también me contó cosas. Cosas que daban miedo.

—¿Qué clase de cosas? —Agarré con fuerza las asas de la mochila.

Mi madre se acercó, bajando la voz.

—No entendí del todo lo que dijo. Gran parte parecían cosas sin sentido a causa del dolor, pero hubo una cosa que sí entendí claramente. —Se apartó los rizos de la cara—. Asesinaron a toda su familia por algún tipo de contienda que tenía con el rey dragón. Su magia era una amenaza para él, me dijo. Afirmó que... que ella era pura sangre dragontina.

Se me juntaron las cejas en confusión. Ser pura sangre dragontina la convertía en realeza, y eso no era posible. El rey no tenía hermanas.

Mi madre prosiguió:

—Escapó, pero me advirtió de que, si alguna vez detectaban la magia de su bebé, lo asesinarían.

Los escalofríos me recorrieron cada centímetro de mi piel y me paralicé.

—¿Yo soy ese bebé?

Mi madre asintió y estiró el brazo para acariciarme la mejilla, llorando cada vez más.

—Murió en el parto... Perdió demasiada sangre. Pero pude salvarte a ti y cuidarte y quererte y hacerte mía.

Un gemido salió de mi garganta y me costaba contener las lágrimas.

—Siento muchísimo no habértelo dicho antes. He sido muy egoísta, pero no quería que pensaras que no fuiste deseada o querida. —Mi madre apenas podía hablar.

Fue terrible que no me lo dijera, pero en ese momento la perdoné. Lo entendí. ¿Cuándo era un buen momento para decirle a tu hija que era el fruto de una mujer a la fuga y cuya familia había sido asesinada?

«Nunca.»

—Te perdono. —Me acerqué a ella y nos fundimos en un abrazo apretado.

Me di cuenta entonces de que donde yo era clara ella era oscura y que, en realidad, no nos parecíamos en nada. No como otras chicas y sus madres. No como ella y Adaline.

«Un momento.»

Me aparté y la miré.

—¿Cómo pudiste tener a Adaline si había problemas con la semilla de padre? Te vi embarazada y estuve presente en su parto.

Yo tenía cinco años cuando nació Adaline, pero me acordaba. Era uno de mis primeros recuerdos. Los gritos de mi madre me asustaban.

Mi madre se sonrojó avergonzada y se quedó mirando al suelo.

—Después de que vinieras a vivir con nosotros, tu padre deseaba tanto un segundo hijo que... permitió que... yo yaciera... con otro hombre para comprobar que realmente era su semilla lo que fallaba.

No estaba preparada para esa respuesta y debió de vérseme en la cara.

—Por favor, no juzgues. Es algo muy común, y no hubo ni amor ni pasión entre nosotros —se apresuró a decir.

No estaba juzgando, simplemente estaba... impactada. Mi padre era un hombre muy celoso que una vez amenazó con arrancarle las pelotas a Bardic si le miraba el canalillo a mi madre en la taberna. No me lo imaginaba permitiéndole que yaciera con otro hombre.

—Se sentía culpable porque no podía darme los hijos que deseábamos —dijo por fin—. Dime que lo entiendes.

Necesitaba un trago. No solía beber vino ni hidromiel, pero ahora mismo podría beberme una botella entera. Asentí.

—Lo entiendo. —También quería saber qué hombre del pueblo era el padre biológico de Adaline, pero no me atreví a preguntar. No era importante.

Eso hizo que echara de menos aún más a mi padre. Quería tanto a mi madre y deseaba tanto tener otro hijo con ella que la dejó meterse en la cama de otro hombre para ello. No era más que otra prueba de su bondad.

—Tienes que irte —insistió mi madre—. Di que vas a salir de nuevo a cazar y que volverás en una semana. Te he preparado la mochila para dos semanas, por si acaso.

«Otra semana de viaje.» El polvo, la vigilancia constante por si hay saqueadores o animales al acecho. Dormir en un petate, bañarme en el río, las noches frías... Acababa de volver de todo eso. No quería volver a irme, pero sabía que tendría que hacerlo, después de lo que me había contado mi madre.

—Me iré —murmuré.

Ella suspiró aliviada.

—En una semana todo esto habrá acabado. El rey no hace censo de Cinder Village, así que los olfateadores ni siquiera sabrán que estabas aquí.

Agarré con fuerza las asas de mi mochila y le di un último abrazo a madre.

—Dile a Ada que la echaré de menos.

Mi madre asintió y me acarició el pelo.

Miré por última vez el estofado hirviendo en la cocina, un estofado que jamás probaría, y al pumarino despellejado secándose en el porche. Entonces, me dirigí hacia la puerta.

—¡Espera! —gritó mi madre—. Casi se me olvida. La mujer de alta cuna también dijo que lanzaría un hechizo a tu magia, pero que desaparecía con tu mayoría de edad. Si los olfateadores te atrapan, hazte la tonta. Diles que eres humana con un poco de sangre de dragón diluida.

—Bueno, eso es lo que llevo toda mi vida pensando que soy —balbuceé. Era verdad que tenía un sentido del equilibrio asombroso, era la que más rápido corría en mi clase y podría rastrear a cualquier animal a un kilómetro. Pensaba que podría ser por la pequeña cantidad de magia de dragón heredada de mi padre.

—Adiós, Arwen —dijo mi madre como si no fuera a volver a verme jamás, y eso me inquietó.

—Adiós, madre. —Se me quebró la voz al intentar tragarme mis emociones.

Cuando salí al barullo del pueblo, me pregunté en qué demonios se había convertido mi vida.

3

Había tanta emoción en el pueblo por el Día de Mayo y la llegada de la Guardia Real que fue muy fácil cruzarlo sin que me vieran. Todas las mujeres del pueblo —jóvenes o viejas, dragontinas o humanas; daba igual — abarrotaban el salón de plenos para registrarse con los olfateadores y echar un vistazo a los hombres de la Guardia Real. Yo nunca había visto a un olfateador, pero sabía que eran una mezcla mágica de dragontinos y feéricos, con una destreza asombrosa para oler la magia. La Guardia Real seguramente estuviera allí para mantener el orden. Por mucho que quisiera acercarme para inspeccionar sus armaduras y ver de cerca la cresta, tenía que irme.

Cinder Village no estaba fortificada de ninguna forma. Teníamos una puerta frontal, pero era más una entrada formal que algo que evitara que entrase un ejército. Así que, en lugar de tomar el riesgo de encontrarme con alguien en la entrada, sobre todo con Nathanial, y que me preguntara adónde iba, decidí escabullirme por un lateral en dirección al Gran Río. El gigantesco cuerpo de agua dividía Embergate de nuestro enemigo mortal, Nightfall, y la reina infecta que gobernaba allí. Era una elitista que creía que los humanos estaban bendecidos por el Creador y que cualquier persona con magia estaba poseída por la oscuridad. Si estuviera en su mano, purgaría el reino de Avalier de toda criatura mágica, y ella y «los puros» se harían con el poder y se multiplicarían.

Sacudí la cabeza para sacar a la reina de mis pensamientos y me fui a la puerta lateral que nunca estaba controlada. Las murallas de nuestro pueblo eran de paja; podría abrirme paso cortando un hueco si fuera necesario. Estos muros eran, en general, para decorar o para impedir que entraran las ratas, no para evitar que la gente entrara y saliera. Al acercarme a la puerta, agazapada detrás de una hilera de cabañas, me alegró ver que no solo no había nadie controlando, sino que estaba abierta.

«Gracias al Creador.»

Eché un último vistazo por encima del hombro, crucé la puerta y me preparé mentalmente para otra semana de viaje.

—¿Adónde te crees que vas? —gritó una voz masculina muy grave a mi lado.

Di un grito, me tambaleé hacia atrás y casi caí encima de un arbusto al girarme para ver quién me hablaba. Llevaba una capa negra con capucha que le cubría la cara, pero por lo poco que se veía de la insignia dorada del dragón en su pecho, supe que era un miembro del drayken, el equipo de élite de operaciones especiales dentro de la Guardia Real. Eran tan poderosos que había oído que podían prenderte fuego con un estornudo. ¿Qué hacían allí los drayken? Aquella era una operación que podía llevar a cabo la Guardia Real normal... ¿O no?

—C-c-cazar —tartamudeé.

—¿Las mujeres de Cinder Village cazan? —preguntó con un tono de sorpresa.

—Esta mujer sí —le respondí, y me puse una mano en la cadera. ¿Cómo se atreve a dar por hecho que estoy relegada a la cocina o a ser matrona por lo que tengo entre las piernas?

—Parece que no te has enterado: todas las mujeres en edad de gestar deben ser examinadas por los olfateadores del rey —dijo—. Y a mí me parece que tú tienes edad de gestar.

Con ese último comentario me sonrojé. No podía verle los ojos y, aun así, los sentía sobre mí. ¿Le mentía y le decía que era humana? Temía que el rumor de que los guardias drayken podían oler una mentira fuera verdad, pero también necesitaba alejarme de allí antes de que los olfateadores me encontraran.

—Sí que me he enterado. Pero soy humana, así que no hace falta...

El brillo de su espada hizo que las palabras murieran en mi garganta.

—Huelo las mentiras —gruñó.

«Hades.» ¡Era verdad!

—Prácticamente humana —corregí. Pero ni siquiera eso me parecía ya verdad, no después de lo que me había dicho mi madre—. Además, no quiero casarme y tener hijos para un rey —añadí. Sí quería casarme y tener hijos, pero no con el rey. Quería a Nathanial. Pero incluso solo con pensarlo, al recordar cómo miraba a Ruby mientras la agarraba por la cintura, sentía un pinchazo en el corazón.

El guardia drayken soltó una carcajada profunda y gutural, y casi sonó como si tuviera telarañas dentro, como si llevara muchísimo tiempo sin reírse. Y eso me calentó el estómago, por muy molesto que fuera que se riera de mí.

—¿Rechazarías la mano del rey? —Parecía impactado e intrigado al mismo tiempo.

Me encogí de hombros.

—Me gusta mi vida aquí. ¿Qué iba a hacer con mil piedras de jade? Aquí puedo cazar y tengo todo lo que necesito —dije.

Él dio un paso hacia delante y sentí su mirada sobre mí, aunque todavía no le había visto el color de los ojos ni la forma de la nariz. El calor de su cuerpo era como un horno radiante, y yo tragué saliva a medida que él se acercaba a mí.

Inclinó la cabeza dentro de la capucha.

—Me estás diciendo que, si resultaras elegida como la próxima reina de Embergate y te dieran todo el oro y jade y rubíes del reino, ¿lo rechazarías?

La pregunta me sacudió. No iba a ser elegida como la próxima reina, pero, si lo fuera, ¿lo querría? Era una buena pregunta a tener en cuenta. Tendría todo lo que quisiera. Podría darme baños calientes de sándalo todos los días, tendría todo un equipo a mi disposición, y a mi madre y a mi hermana no les faltaría de nada. Pero también, después de lo que me había contado mi madre y por lo que yo había oído de los líderes de la aldea y todo el estrés que sufrían, sabía que ser reina sería una responsabilidad demasiado grande para la vida sencilla que siempre me había gustado.

Sacudí la cabeza.

—Un gran deber requiere una gran responsabilidad —le dije, y su cabeza se inclinó hacia el suelo como si mis palabras hubieran tenido algún tipo de efecto en él—. No me gustaría cambiar mi sencilla libertad por una de obligación aplastante —dije con rotundidad.

—«Aplastante.» —Su voz era hueca, desprovista de cualquier emoción —. Puede resultar aplastante a veces.

Fruncí el ceño, a punto de preguntarle exactamente cómo de alto era su puesto en la Guardia Real de élite del rey, cuando se llevó un dedo a los labios y silbó con fuerza.

Me estremecí y, en cuestión de segundos, una mujer de pelo oscuro apareció corriendo por la puerta blandiendo su espada en posición de alerta.

Regina Wayfeather.

Era incluso más guapa de lo que me había imaginado. Con el uniforme de combate ajustado de cuero negro, con la cota de malla negra y las hombreras negras, su piel era de un bronce oscuro; lo habitual entre quienes son natales de Grim Hollow, el puerto comercial más grande del reino. Tenía pequeños parches de escamas de dragón negras en las mejillas, lo cual denotaba su poder mágico. Por la espalda le colgaban unas trenzas largas entrelazadas con un hilo rojo. Era una cazadora letal que había liderado el ejército del rey en múltiples combates. Aparentaba unos veinticinco inviernos y lucía dos cicatrices largas y finas en la mejilla izquierda. Pero eso no fue lo que me ancló al suelo. Fueron sus brillantes ojos amarillos. Su poder dragontino estaba activado; unas pequeñas nubes de humo le escapaban de sus narinas ensanchadas.

—Intentaba escapar —dijo el guardia encapuchado—. Llévala con los olfateadores. Huelo su magia desde aquí.

Se me hizo un nudo en el estómago. ¿Qué? ¿Podía? Jamás había mostrado mi magia. ¿Cómo era posible que supiera algo así? Mi madre me había dicho que limitaron mi magia cuando nací, pero puede que se hubiese ido desarrollando poco a poco.

—Sí, mi rey —respondió Regina inclinando la cabeza. Yo me quedé paralizada, petrificada.

«¿Mi rey?»

Al revelarse su identidad, se quitó la capucha y pude verle la cara.

«El rey Drae Valdren.»

Una vez vi un cuadro suyo en Jade City, pero no tan cerca. No así.

Su mandíbula era más fuerte y la nariz más afilada de cerca. Sus ojos verdes me atravesaban con una mirada perpleja. Llevaba el largo pelo negro trenzado y recogido, rapado por los laterales: el típico peinado de los guerreros drayken.

—Su Alteza. —Incliné la cabeza e incluso hice una reverencia incómoda al mismo tiempo, insegura de cuál era el protocolo. Le acababa de decir cosas que no habría mencionado si hubiera sabido quién era.

«Matadme y dadme de comer a los pumarinos.»

Me debatía entre la advertencia de mi madre de no dejar que los olfateadores me encontraran y Regina y el rey mirándome como si fueran a escupirme fuego si salía corriendo.

—No estaba huyendo, iba a cazar —le dije cuando levanté la cabeza.

Una ligera sonrisa apareció en sus labios durante medio segundo y volvió a desaparecer.

—Claro que sí.

Regina enfundó su espada, pero sus ojos no dejaron de brillar. Abriendo mucho el brazo, me indicó que caminara hacia el pueblo. Asentí y pasé por delante de ellos mientras le rezaba al Creador para que este no fuera mi fin.

Puede que mi madre no lo hubiese entendido bien; puede que el rey oliera la magia en mí porque era el rey y podía oler incluso el más mínimo ápice, pero que no fuera suficiente para atraer a los olfateadores. Y, si olieran la magia que hay en mí, ¿qué? El noventa por cierto de esta aldea tenía magia; éramos chuchos mágicos. Ninguno de nosotros era pura raza como lo que buscaba el rey.

¿Verdad?

Ahora ya no estaba segura. ¿La mujer de alta cuna que me había parido era realmente una dragontina pura sangre?

Esperaba que no. Por mi bien, esperaba que se hubiera colado en Ciudad Nightfall y se hubiera acostado con un hombre humano. Volví a entrar en mi pueblo apretando tan fuerte las asas de mi mochila que se me pusieron los nudillos blancos.

«Si alguna vez detectaban la magia de su hijo, lo asesinarían.»

La historia de la mujer de alta cuna que me había contado no paraba de reproducirse en mi cabeza. Quizás mi madre se equivocara. Igual la mujer era una ladrona que había robado ropa noble para aparentar ser de alta cuna. Luego puede que consumiera drogas y se inventara toda la historia.

—¿Por qué has intentado escaparte? —me preguntó Regina. Me sobresalté un poco porque se me había olvidado que estaba detrás de mí.

—Iba a cazar —insistí.

—Claro. Las otras chicas de Grim Hollow también fueron a cazar —dijo con una sonrisa—. ¿Estás embarazada? ¿Tienes novio?

Se me sonrojaron las mejillas con esa insinuación.

—No, es que... No quiero casarme, me gusta mi vida aquí. —Había algo de verdad en eso, y si ella tenía las mismas habilidades que su rey, lo olería. Sí quería casarme. También tener hijos. Pero no con un desconocido y no por obligación. Quería casarme por amor.

Miré hacia atrás para verla sonreír.

—A mí tampoco me gusta el matrimonio —susurró—. Es difícil encontrar un hombre que se enamore de una mujer más fuerte que él.

Eso me hizo sonreír y me cayó bien de inmediato, así que bajé la guardia. Sabía que me caería bien por todas las historias y cotilleos que se contaban en la aldea, pero ahora que la había conocido, lo tenía claro.

—¡Arwen! —El grito sorprendido y ligeramente agudo de mi madre venía del callejón.

Me volví abriendo mucho los ojos.

—Resulta que el viaje de caza va a tener que esperar. Los olfateadores tienen que inspeccionarme antes —le dije.

El miedo en su cara me resultaba evidente, pero esperaba que a Regina no.

—Ah, vale. Te acompaño, entonces. —Extendió la mano para cogerme la mochila y la descargué, agradecida de no tener que soportar más ese peso.

La cabeza me daba vueltas con todo lo que ella podría estar pensando. Hacía un momento se había comportado como si de verdad temiera por mi vida. Sabía que en ese mismo momento debía estar desquiciada. Pero puede

que no pasara nada. Los olfateadores harían lo que tuvieran que hacer: dejarían a todas las mujeres sin magia en Cinder Village y se marcharían.

Me pregunté qué pensaría cualquier vecino del pueblo si supiera que el rey estaba escondido detrás de aquellas puertas. ¿Por qué no entraba? Nunca habíamos recibido una visita de la familia real. No en mis dieciocho inviernos de vida. Para la gente de Cinder Village sería un honor conocerlo, y el hecho de que estuviera escondido fuera me provocaba una sensación de ira en la tripa.

¿Se escondía porque era demasiado bueno para que las cenizas de Cinder Village adornaran sus botas reales? No era demasiado bueno para tomar las enormes cargas de carbón que excavábamos nosotros a Jade City. Ni era demasiado bueno para llevarse a nuestras mujeres.

Antes de darme cuenta, ya estábamos en el gran salón. Todas las mujeres estériles y las ancianas estaban fuera, y Regina tuvo que dar un paso por delante de mí para pedirles que se apartaran y poder pasar.

—Han elegido a Kendal —me dijo Naomie cuando pasé.

Eso me sorprendió. Pensaba que tenía muy poco poder. Podía encender velas con su magia, pero ya está.

Mi madre miró a Regina.

—Maravilloso. Ya no hace falta que continuemos, ¿no? ¿Ya ha elegido?

Regina se dio la vuelta y miró a mi madre con la frente arrugada.

—Ha elegido a muchas posibles candidatas por todo el reino, señora. —Había sospecha en la mirada de Regina. Yo quería decirle a mi madre que se relajara; me complicaría las cosas si Regina pensaba que escondía algo.

—Le pone nerviosa que vaya a conocer a un olfateador —le expliqué a Regina—. Nunca hemos conocido a uno y me han dicho que duele. ¿Es verdad?

Eso no era mentira. Sí que había oído que el olfateo de la magia era incómodo, incluso doloroso en algunos casos. No tenía ni idea de si era verdad o no.

Regina relajó el cuerpo.

—No se preocupe, señora, no le harán daño a su hija.

—Menos mal —dijo mi madre con un tono convincente, pero me di cuenta de que tenía una expresión compungida. Y así cruzamos la puerta

doble del gran salón.

Cuando Regina se volvió y nos dio la espalda, miré a mi madre a los ojos con una mirada que le decía que tenía que relajarse.

Ella asintió mordiéndose el labio.

—¡Tenemos una más! —gritó Regina por encima del murmullo de voces.

Nunca había visto el gran salón tan lleno de gente. Las mujeres encintas de nuestra aldea estaban allí con sus familias, algunas de ellas incluso con sus maridos. No sabía que la notificación del rey incluía a mujeres casadas. Qué horror. ¿Qué se suponía que debía hacer la elegida a reina, dejar a su marido y a su familia para tener una segunda vida en Jade City? ¿Acaso ese hombre no tenía moral? Debía estar muy desesperado por tener un heredero para llegar a evaluar la magia hasta de las mujeres casadas.

La gente de la sala se separó y pasé hasta el abarrotado altar sintiendo sobre mí todos y cada uno de los pares de ojos. ¿Por qué esto tenía que ser un asunto público? Ya estaba lo bastante nerviosa de por sí sin tener a todo el pueblo mirándome.

Cuando la muchedumbre por fin se apartó lo suficiente y pude ver la conmoción, emití un grito ahogado al fijarme en los olfateadores.

Había dos mujeres con el pelo rojo intenso y una piel tan clara que se les transparentaba la red de venas azules en las mejillas y el cuello. Al analizarles las caras me di cuenta de que eran gemelas. Idénticas. Cada una llevaba una máscara de cuero negra atada en la parte de atrás de la cabeza y que ocultaba su ceguera. Las puntas de sus orejas de hada sobresalían entre el pelo, y ambas ladearon la cabeza al mismo tiempo a medida que me acercaba.

Kendal estaba de pie detrás de ellas, orgullosa, mientras el resto de las chicas —las rechazadas, supuse— miraban apoyadas en las paredes.

—Traédmela —dijo una de las gemelas. Yo tragué saliva. Había muchos, muchos rumores sobre los olfateadores. Uno era que nacían ciegos, lo que aumentaba su sentido del olfato. Otro decía que no eran ciegos, pero que sus madres les limitaban la vista con máscaras para forzar una mejora mágica del olfato.

Ahora que veía las máscaras de cuero negras, me preguntaba si el último rumor era cierto y cómo sería no ver nada por elección propia.

Regina me empujó ligeramente por la espalda y aceleré el paso mientras volvía la cabeza para lanzarle una última mirada a mi madre.

Esperaba ver el terror en su cara, pero en su lugar había determinación, y el destello del acero en su mano.

«Ay, Hades.»

4

Entorné los ojos hacia el brillo del acero en la mano de mi madre. ¡Había sacado el cuchillo de caza de mi mochila! Se me abrieron los ojos y se me soltó la boca, pero me recompuse rápidamente para que Regina no se diera cuenta.

Por el amor del Creador, ¿qué pretendía hacer mi madre con eso?, ¿apuñalar a los olfateadores? Mi madre no había matado nada en su vida, ni una mosca. Toda aquella situación la había desquiciado.

Me tropecé hacia delante y, sin verme, la olfateadora estiró el brazo y me puso la mano sobre un hombro.

El corazón me latía tan fuerte en el pecho que lo notaba en las orejas.

Otra mano me tocó el hombro y levanté la mirada para ver a la segunda olfateadora.

Como si fueran un mismo ser, las dos inhalaron a la vez y echaron las cabezas hacia atrás como si pretendieran devorar mi aroma.

Me estremecí y sentí que mi alma estaba desnuda en ese momento. Entonces algo —algo mágico— me acarició, serpenteando sobre mi piel y taladrando mi pecho. Se me entrecortó la respiración y las dos sonrieron a la vez.

—Sándalo —dijo la de la izquierda.

—Margosa —dijo la de la derecha.

—Y un montón de magia —dijo la de la izquierda, ensanchando los agujeros de la nariz.

«Hades.»

—¿Suficiente para darle un hijo al rey? —La voz esperanzada de Regina sonó detrás de mí, y yo me armé de valor.

Ambas se encogieron de hombros al mismo tiempo.

—Más que esta chica. —Inclinaron la cabeza hacia Kendal y hablaron al unísono, como si compartieran una misma mente—. Pero no tanta como la chica de Grim Hollow.

Hundí los hombros, aliviada. Había una chica en Grim Hollow con más magia que Kendal y yo. «Gracias al Creador.»

—Bueno, llevaos a las dos igualmente —les dijo Regina, y yo me puse tensa bajo el agarre de sus manos—. Tendrán que probarlas debidamente, y al final es el rey quien decide a cuál elige.

¿Llevarnos a las dos adónde?

¿A Kendal y a mí? ¿A Jade City?

Apartaron las manos de mí y me escabullí con Kendal para alejarme de las fosas nasales ensanchadas de las olfateadoras.

Se me fueron los ojos hacia mi madre, que miraba fríamente a las olfateadoras, y vi cómo volvía a guardar el cuchillo en mi mochila.

El alivio me recorrió el cuerpo.

—¿Pueden acercarse las familias de las dos chicas a hablar conmigo, por favor? —gritó Regina—. Todos los demás pueden marcharse.

No se movió nadie. Parecía que no querían que acabara el espectáculo.

—¡Fuera! —vociferó Regina, y todo el mundo salió de su trance. Una marabunta de gente se encaminó hacia las puertas mientras la madre y el padre de Kendal se acercaban con cautela a Regina. Yo miré a mi madre cargarse mi mochila a los hombros y seguirlos para colocarse frente a la lideresa de la Guardia Real. Las olfateadoras se dispusieron a salir de la sala, pero, a mitad de camino, se detuvieron y ambas volvieron la cabeza por encima del hombro para mirarme. Inhalando de nuevo, una de ellas gimió, y luego se marcharon.

—Qué mal rollo —susurró Kendal. En realidad, yo no estaba del todo de acuerdo. Sí, daban mal rollo, pero también me fascinaban. Su forma de andar, sin bastones, era casi como si pudieran sentir las sillas y a las

personas que tenían delante y moverse para esquivarlas. Si había algo que me diera mal rollo, era su poder, el cual al mismo tiempo respetaba.

Regina sacó un trozo de pergamino y nos miró a Kendal y a mí.

—¿Habéis empezado las dos vuestros ciclos de sangrado mensual? —preguntó sin emoción alguna.

Abrí mucho los ojos por la intrusión de su pregunta. Ella me miró arrepentida y yo asentí. A Kendal le ardían las mejillas cuando miró a su padre, que carraspeó, pero ella también asintió. En Cinder Village no se hablaba del sangrado mensual delante de los hombres. Era algo privado entre mujeres.

Regina pareció entender eso y le musitó una disculpa a Kendal.

—¿Alguna de las dos ha estado embarazada antes? —nos preguntó, y ambas negamos con la cabeza al mismo tiempo.

Yo no sabía cómo se hacían las cosas en Jade City, pero aquí las mujeres jóvenes mantenían su pureza hasta el matrimonio. Por supuesto, algunas chicas compartían lecho con los hombres en secreto, pero ni se hablaba ni se aspiraba a algo así. Si se extendía el rumor de que te quitaban la pureza antes del matrimonio, no te aceptaría ningún hombre respetable.

Regina comprobó algo en el pergamino y luego nos preguntó nuestros nombres completos. Tras escribirlos, miró a nuestros padres.

—La Guardia Real de Élite drayken llevará a Kendal y Arwen a Jade City para que vivan allí hasta que el rey decida quién será su nueva esposa... —Kendal chilló de emoción y Regina hizo una pausa—. Por cada luna que estén fuera, se os pagarán quinientas monedas de jade.

La madre y el padre de Kendal ahogaron un grito de sorpresa, pero mi madre se quedó en silencio, mirando a Regina con los ojos entrecerrados.

—¿Y qué pasa si no quiero vender a mi hija al rey? —preguntó mi madre con audacia.

Yo me tensé. Regina miró impactada a mi madre.

—Señora, nadie ha dicho nada de venderlas. Se les compensará de forma justa por su ausencia temporal...

—Las monedas de jade no se comen. Mi hija es cazadora, y sin ella no tendremos comida, al igual que un pequeño porcentaje de esta aldea —dijo mi madre con veneno en la voz.

Lo que decía era en parte verdad. Me había convertido en una destacada cazadora en la aldea, y la carne que no nos comíamos la vendíamos o intercambiábamos con los demás, pero con el pumarino que había traído ese día tendríamos comida para, al menos, dos lunas. Las monedas de jade vendrían bien para otras cosas, y podría cambiarlas por comida con los vecinos de Gypsy Rock, el pueblo de al lado, si fuera necesario.

Regina asintió a mi madre.

—Si me hubiera dejado terminar de hablar, sabría que el paquete de compensación también incluye carne, fruta seca, pan con levadura y bombones cada quince días.

—¿Bombones? —La madre de Kendal se animó.

Mi madre se quedó en silencio. No había nada más que debatir sin parecer sospechosa.

—Vuestras hijas serán tratadas como alta cuna, con un equipo de criadas y cuartos privados en el Castillo de Jade —continuó Regina. Vi la decepción dibujada en la cara de mi madre.

—Como no queremos alejarlas de su cultura y de las comodidades de un hogar, cada una de ellas podrá llevar a una criada de su aldea natal, si así lo desean —dijo Regina, y esta vez me animé yo. Miré a mi madre a los ojos y me pregunté si Adaline sería demasiado joven para llevarla conmigo. Probablemente. Nuestra madre aún tenía que cantarle para que se durmiera por la noche.

Iría yo sola, entonces. Era mejor así. No había criadas en Cinder Village, así que dudaba que Kendal llevara a nadie.

—En caso de una propuesta matrimonial, se les presentará un nuevo paquete de compensación en ese momento. Si aceptan, por favor, firmen aquí y sepan que están proporcionándole a todo el reino un gran servicio. —Sacó de su bolso un par de pergaminos más pequeños.

Pensaba que se los entregarían a nuestros padres, pero nos los dio a nosotras, junto a un bolígrafo.

Kendal se puso roja como una remolacha al coger el boli, y yo sabía por qué. Nunca aprendió a leer. Era costurera, así que no lo necesitaba realmente. Yo había aprendido porque fui aprendiz del escriba de la aldea hasta que murió mi padre, cuando un año entero de plagas en el cultivo de

patatas de madre me obligó a iniciarme en la caza para que pudiéramos sobrevivir.

Le señalé la parte en la que ponía «Firme aquí», y Kendal dibujó una X muy grande con su bolígrafo.

Yo miré a Regina durante una milésima de segundo y vi que me observaba con curiosidad.

¿Qué pasaba si no firmaba? ¿Avergonzaría a Cinder Village? ¿A mi familia? ¿Vendría el mismísimo rey, me subiría en su montura y me sacaría de allí a la fuerza? No creía que tuviera muchas más opciones. Si me resistía a aquello, puede que me llevaran igualmente, pero que se negaran a entregarle las monedas de jade y la comida a mi familia. ¿Y dónde me dejaría eso?

Evité a propósito mirar a mi madre. No quería ver su insistencia para que me negara.

Leí el documento para comprobar que ponía todo lo que había prometido Regina y que estaba firmado por el rey.

«Quinientas monedas de jade.»

Hice la cuenta rápidamente. Necesitábamos unas quince monedas de jade al mes para ir tirando. Quinientas suponían que mi madre y Adaline tendrían el estómago lleno y una casa caliente para los próximos tres inviernos. Suponía muchísimas cosas para nuestra vida. Y el contrato decía que pagarían quinientas monedas de jade por ciclo lunar. No decía solo un ciclo lunar. Así que iría al castillo y observaría al rey cortejar a esa chica de Grim Hollow mientras recaudaba mis monedas de jade y mi pan de levadura. Luego volvería gorda y rica.

Agarré el bolígrafo y garabateé mi nombre antes de convencerme a mí misma de dar marcha atrás. Mi letra era horrible. Nunca había practicado tanto como los demás alumnos de mi clase de escritura, pero, aun así, mi nombre se leía claramente en la línea.

«Arwen Novakson.»

—Perfecto. Pues ya podemos irnos. Nos gustaría llegar a Gypsy Rock al anochecer. —Regina nos quitó los contratos y los guardó en su bolso—. Coged lo que queráis. Le diré al maletero que cargue los carros.

—¡Es el Día de Mayo! ¿No podemos cenar con ellas? —preguntó mi madre con una evidente decepción en la voz.

Regina suspiró y miró a mi madre.

—Lo siento mucho, señora. Llevamos toda una luna de viaje. Venimos desde Grim Hollow. Es un asunto real y no puede esperar.

Y así, dio una palmada como para meternos prisa, y yo crucé la sala hacia mi madre. Cuando la alcancé, ella se dio la vuelta y salió dándome la espalda. Un pinchazo de tristeza y rechazo me recorrió todo el cuerpo, y salí detrás de ella.

—Ve con ellas, Nox —dijo Regina a un compañero drayken que estaba junto a la puerta.

No se fiaba de mí, y no podía culparla. Había intentado evitar todo aquello con una salida de caza que no existía, y mi madre se estaba comportando de forma evasiva y extraña.

No hablamos en todo el trayecto a nuestra cabaña y, cuando llegamos a la puerta, mi madre le pidió a Nox que esperara fuera, y así lo hizo.

Cuando mi madre por fin entró en mi habitación y me miró, se me hizo un nudo en el estómago al ver las lágrimas que se deslizaban por su cara.

—No te he sabido proteger —dijo.

—¿Qué? No. —Corrí hacia ella para consolarla—. Madre, estoy bien. Hay una chica más poderosa que yo en Grim Hollow. Se casará con ella y se olvidará de mí, ¡y tendremos quinientas monedas de jade!

Mi madre sacudió la cabeza.

—¿Y si tu poder va creciendo cada día? ¿Y si para cuando prueben tu magia eres más poderosa que la chica de Grim Hollow?

—Entonces huiré —le murmuré.

Mi madre me miró con desaprobación.

—Es el rey dragón de Embergate. No podrías ir a ningún sitio sin que te siguiera.

Sentí un escalofrío por la espalda al oír esa declaración.

Mi madre dio un paso hacia delante y me puso las manos sobre los hombros.

—Si parece que se está desarrollando tu poder y es evidente que puede que tengas una magia más poderosa que la suya...

—Madre, ¡eso es imposible!

Se había vuelto loca y estaba paranoica. Ahora sí que estaba asustada de verdad.

Se inclinó más hacia mí y apretó sus manos sobre mis hombros.

—Escúchame, Arwen. Si tuvieses la sensación de que las cosas fueran así, de que tu magia supusiera algún tipo de amenaza para él, entonces haz que se enamore de ti para que no te mate. ¿Entendido?

¿Matarme? ¿Matarme porque tuviera más poder que él? ¿No era eso lo que él quería? «Puede que no.» ¿A lo mejor quería una mujer con el poder suficiente para darle un heredero, pero no mucho más? Como le había dicho Regina, los hombres no quieren a mujeres que sean más fuertes que ellos. Quizás eso fue lo que le había pasado a la mujer que me dio a luz a mí.

Por primera vez desde que empezó todo aquello, sentí terror de verdad.

—¿Cómo? ¿Cómo hago que me quiera?

Las mejillas de mi madre se tiñeron de rojo.

—Tu cuerpo puede hacer ciertas cosas que un hombre ansía. Hazle pensar en eso cada vez que estés en la habitación, pero no se lo entregues hasta que os caséis.

Ahora eran mis mejillas las que se habían teñido de rojo. Se refería a compartir lecho con él.

Kendal me había hablado de eso. Lo aprendió todo de su tía, que trabajaba en Gypsy Rock, era un par de inviernos más mayor que nosotras y... era muy desinhibida.

—Ah. Vale —musité con vergüenza.

¿Casarme con él? ¿Lo decía en serio?

—Si llega ese momento, sé la reina fuerte que él quiere y dale muchos herederos, pero asegúrate de que te adore para que, cuando ya no le des más hijos, no te mate.

El consejo de mi madre era muy duro. Él no haría tal cosa, ¿verdad? ¿Qué hombre decente haría algo así?

Todo lo que yo había oído del rey Valdren era lo amable que era con su pueblo y cuánto se preocupaba por su difunta esposa, la reina Amelia. La acompañó en las pérdidas de todos sus hijos; todo el mundo lo quería. Era buena persona..., ¿verdad?

«¿Tan buena persona como para esperar a las puertas de Cinder Village? ¿Tan buena persona para mandar a su guardia a por mí y desenvainar su espada? ¿Tan buena persona como para volverse a casar enseguida simplemente para tener un heredero?»

Estos pensamientos me asustaban, así que sacudí la cabeza para deshacerme de ellos.

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Adaline... ¿Voy a despedirme de ella?

Pero mi madre negó con la cabeza.

—Se llevará un disgusto y montará una escena. Déjale una nota y mándale un regalo con el primer envío de comida.

Asentí y fui hacia la mesita de noche que compartíamos, de donde saqué un trozo arrugado de papel y un bolígrafo. Había enseñado a Adaline y a mi madre a leer y a escribir durante los dos años que fui aprendiz del escriba.

Queridísima Adeline:
Te quiero más que a todas las piedras de jade del monte Jade. Cuida de madre. Te enviaré un regalo desde Jade City.
P. D.: No te comportes como una niña mimada.

Con amor,
Arwen

Odiaba despedirme de ella así, sobre todo después de la riña que habíamos tenido esa mañana, pero madre tenía razón: le daría una rabieta y no quería marcharme de la aldea llorando.

—Señora... —La voz del guardia entró en la casa y mi madre gruñó.

—¡Llegáis, os lleváis a nuestras hijas y nos dais cinco minutos para recoger sus cosas y despedirnos! —le respondió con un grito. Él no dijo nada.

—Madre, sé amable —le dije.

Sabía que estaba nerviosa, pero ahora me preocupaba que me metiera en algún problema en Jade City. Si Regina y Nox pensaban que mi madre era antipática, puede que me hicieran la vida imposible.

Mi madre y yo cogimos el baúl que había a los pies de mi cama, donde guardábamos las pieles de invierno, y empezamos a sacarlas y a meter

artículos más prácticos. Jade City estaba cerca del mar; allí no nevaba. Empecé a guardar mis cosas y mi madre salió de la habitación.

—Ahora vengo.

Cuando volvió, tenía entre las manos la armadura de cuero más impresionante que jamás había visto.

—¡Madre!

Ella me sonrió.

—Kendal y yo hemos estado todo el año trabajando en ella. Iba a ser para tu cumpleaños. Son las pieles de todas tus presas. Todas pusieron comida sobre la mesa.

La colocó sobre la cama y yo me senté, pasmada. Era de un cuero de color bronce brillante y bien engrasado. Cada pieza de un animal diferente. Reconocí el pellejo más oscuro de ratino. Madre y Kendal lo habían puesto en el centro del pecho encorsetado, y luego Kendal le había tallado espirales y flores, que era lo que mejor se le daba. Las hombreras eran un adorno tan delicado que no pude resistirme a tocarlas.

—No... no puedo aceptarlo. Me la robarán o la estropearé. Es demasiado bonita. —Era más elegante que los uniformes de la Guardia Real. Tenía más detalles y decoraciones.

—Tonterías. Puede que seas la nueva reina. Sabrás llevarla —dijo mi madre.

Yo sonreí.

—Tienes razón. ¿Me la pongo ahora?

Mi madre asintió. Me quité la túnica y los pantalones y ella me ayudó a ponerme el ajustado traje de caza. Tenía puños de cuero que se abotonaban y un cinturón a juego con una bolsa para guardar monedas de jade. La axila izquierda me molestaba un poco, pero no dije nada porque madre me estaba mirando con lágrimas de felicidad en los ojos. Kendal podría ayudarme a soltar un poco esa costura izquierda en Jade City.

—Es perfecto —le dije, y di una vuelta completa.

Ella asintió, llevándose las manos a la garganta. Había mostrado más emociones en las últimas horas que en toda mi vida.

—Sé... sé que hoy ha sido un día muy intenso, y espero que te sigas sintiendo... hija mía —gimoteó.

El hecho de que ella se planteara lo contrario me rompió el corazón por la mitad. No era raro que, cuando una madre moría en el parto, una tía o una amiga adoptara al bebé como propio. Ese bebé era querido y crecía feliz sin saber nada. Es lo mismo que había pasado en mi caso, solo que la mujer era una desconocida y mi madre había hecho algo bueno.

—Siempre voy a sentirme hija tuya. —Apenas podía hablar.

—¿Arwen? —La voz de Regina llegó desde la puerta y mi madre se estremeció.

—¿No puedes pasar la noche siquiera? —me preguntó—. ¿Tenéis que iros ya a Jade City?

Yo le agarré las manos.

—Parece que se han recorrido todo el reino y esta es la última parada. Ellos también deben tener ganas de volver con sus familias.

Mi madre asintió y me atrajo hacia ella para darme un último abrazo. Aprecié mucho el momento. Era un abrazo sincero entre mi madre y yo, quien ahora sé que no me dio a luz y, aun así, no la quería menos. Cuando nos separamos, cerró mi baúl y salió de la habitación.

—¡Maletero! —gritó por la casa con un acento arrogante de Jade City que me hizo reír.

Segundos después, apareció un hombre con una larga capa de viaje y se cargó mi baúl a la espalda como si estuviera hecho de aire.

«¿Magia?»

Era bajito y delgado, así que tenía que serlo. Ese tipo de magia era propia de los dragontinos que vivían en Jade City y eran muy poderosos.

Seguí a mi madre hasta la puerta, donde nos esperaban Regina y Nox, el otro miembro de la Guardia Real. Un vistazo rápido a sus pecheras confirmó mis sospechas. Casi todos los guardias que había allí no eran meros guardias reales; eran drayken. El rey había traído a su equipo de élite con él para buscar esposa.

La pregunta era: ¿por qué? Su pueblo no iba a hacerle daño. ¿Era la contienda con la reina de Nightfall, en la frontera, más grande de lo que yo pensaba?

—Me despediré de ti aquí. No me apetece llorar delante de toda la aldea —dijo mi madre, apenas capaz de contener la emoción.

Yo asentí, le di un último abrazo y luego, con inquietud, salí de mi casa de toda la vida. Miré hacia atrás por encima del hombro y fruncí el ceño al ver la olla hirviente de estofado.

Después de una semana de caza, no me había comido ni un cuenco del estofado de pumarino de madre. Más le valía al cocinero del Castillo de Jade ser el mejor artesano de comida del reino, porque estaba hambrienta.

5

—Bonita armadura.

Regina arqueó una ceja, sorprendida por mi cambio de ropa. Acabábamos de salir de mi calle y caminábamos hacia el caballo con el carruaje que esperaba en el centro de la aldea.

—Gracias. Lo han hecho mi madre y Kendal —le dije fríamente. Me caía bien, era mi ídolo, pero no me gustaba que me estuviera separando de todo lo que conocía y amaba.

Se volvió a sorprender y me pregunté si acaso pensaba que la costurera de palacio en Jade City era la única con un talento así.

—Disculpa a mi madre. Es... muy protectora —le mencioné a Regina, un poco avergonzada de pronto por lo atrevida que había sido mi madre con ella y Nox.

—Todas las buenas madres lo son —me respondió, y le dijo al maletero que cargara mi baúl en el carruaje negro amarrado a dos caballos reales. Había una docena de caballos esperando en la puerta, todos montados por drayken. Los caballos eran negros y tenían las colas trenzadas, y soñé con montar uno igual algún día, como la Guardia Real. Quizás podría aprender en Jade, aprovechar al máximo el tiempo allí mientras el rey revoloteaba a mi alrededor intentando conseguir un heredero.

Hablando del rey... Escaneé el grupo de guardias y mi mirada se detuvo en el que tenía la capucha puesta.

Los vecinos de la aldea no tenían ni idea de que la realeza estaba entre ellos.

La pastelera principal de la aldea —la señora Holina— y Naomie se acercaron rápidamente a nosotras para darnos un paquete a cada una.

—Para que os recuerde a casa —susurró Naomie.

La señora Holina nos entregó dos hogazas calientes de pan de romero y empecé a salivar. Sabía que volveríamos en una luna, puede que en dos, pero, aun así, me daba mucha pena irme de allí... Lo sentía como una despedida.

—Gracias.

Las abrazamos y nos subimos al carruaje. Yo solo había montado en uno una vez, en mi viaje a Jade City, pero fue más bien en un carro cubierto que un carruaje de verdad. Este estaba laqueado en negro por fuera con incrustaciones de jade y oro, y el interior era igual de elegante. Terciopelo verde para recubrir las paredes, y los asientos eran cómodos y lujosos. Había una pequeña cesta de fruta fresca y una cantimplora de agua en cada asiento. Junto a todo eso, había un abanico doblado de seda morada para aliviar el calor.

—Podría acostumbrarme a esto. —Kendal cogió una fruta y se la metió en la boca.

Yo sonreí y me apreté contra el pecho el paquete que Naomie me había entregado. Pesaba un poco. Aparté lentamente el papel y se me escapó un grito ahogado de sorpresa.

Había una botella entera de aceite de sándalo. Era un regalo muy considerado y generoso. Kendal también tenía una y la sostenía con lágrimas en los ojos.

—Voy a echar de menos mi casa —compartió conmigo Kendal, y yo asentí.

—Volveremos pronto —dije.

El carro dio una sacudida y los caballos comenzaron nuestro viaje.

Kendal arrugó la frente.

—Espero que no. Espero que el rey me elija y no tener que volver jamás.

«Oh.»

Supuse que yo debería sentir lo mismo, pero no era así. Yo esperaba que eligiera a la chica de Grim Hollow o a Kendal para poder volver y seguir con mi vida.

Paramos en Gypsy Rock para pasar la noche. Había sido un día largo de viaje y se me había dormido el culo. Iba a ser un trayecto de tres días, y Gypsy Rock era bastante más agradable que las dunas, así que no iba a quejarme.

—Señoritas, he reservado una habitación compartida en la taberna —dijo Regina—. Espero que no os importe, pero hasta que lleguemos a Jade City no es seguro que durmáis sin la compañía de un guardia.

Kendal y yo asentimos. Podríamos dormir en un granero o dentro del carruaje, de hecho; lo hacíamos a menudo cuando viajábamos, así que no nos importaba.

Al subir los escalones de la taberna, miré por encima del hombro y vi al resto de los drayken guardar a sus caballos en el granero y hablar con la muchacha del establo. El rey tenía la capucha sobre la cabeza, ocultando su identidad. Kendal no tenía ni idea de que el rey viajaba con nosotras, y yo no iba a decirle nada. Él tendría algún motivo para mantener en secreto su identidad, y yo no quería ponerlo en peligro al mencionarlo. Puede que antes fuera un cretino al mostrarme su espada, pero no quería que lo mataran. Si viajaba de incógnito, por algo sería.

—Vamos. La cena está lista —dijo Regina, y me sacó de pronto de mis pensamientos. Le sonreí.

Entramos en la ruidosa taberna y me asaltó el delicioso olor de un estofado. Se me hizo la boca agua y recé para que nos quedáramos a cenar. Había cargado con ese pumarino desde el río; me merecía un estofado de carne. Kendal y yo habíamos comido alguna que otra fruta y pan en el carruaje, pero yo estaba famélica de toda la semana de viaje y quería carne.

La camarera se acercó con una jarra de cerveza.

—Habéis vuelto. ¿Vais a querer cenar en el salón privado otra vez, corazón? —le preguntó a Regina, y ella asintió sin más.

Debieron parar allí de camino a Cinder Village.

Todo el mundo observaba cómo iba aumentando nuestro grupo. La gente se quedó en silencio y se escuchaban susurros sobre la Guardia Real del rey.

Seguimos a la rechoncha camarera y rodeamos las mesas hasta un salón privado con puertas batientes. Había una mesa muy grande para unas veinte personas.

—Hidromiel para los hombres, agua para las mujeres —le dijo Regina, y la camarera asintió y se marchó.

—A mí me gusta tomar un buen hidromiel de vez en cuando —mencioné con una sonrisa. Sobre todo en días como este.

Varios guardias reales detrás de mí se rieron, y eso me molestó. No pretendía que me escucharan.

Regina me lanzó una mirada mordaz.

—Una posible futura reina de Embergate no bebe hidromiel de una taberna; pero puedo pedirte un poco de vino —dijo.

Hice un gesto despreocupado con la mano y sacudí la cabeza.

—No pasa nada.

Estos cánones eran nuevos para mí. Nunca me acostumbraría a oír: «posible futura reina». Tampoco quería beber demasiado; no quería bajar la guardia.

La camarera volvió con una bandeja llena de hidromiel, los hombres la vitorearon y ella sonrió, encantada. Cuando se marchó, uno de los cazadores se fijó en el cuchillo de caza que yo llevaba en la cintura.

—¿Has usado alguna vez ese cuchillo de caza, jovencita? —me preguntó mientras se sentaba y agarraba el asa de su enorme jarra. Tenía cicatrices en los nudillos y por todo el cuerpo. Debía tener al menos cuarenta inviernos, y su piel parecía cuero curtido. No cabía duda de que había pasado años al sol.

«¿Jovencita?»

Adaline era una jovencita, no yo. Saqué el cuchillo de caza y lo solté con un golpe sobre la mesa, para que se quedara clavado en la madera astillada. Todavía tenía algo de sangre de cuando maté al pumarino.

—Justo ayer, de hecho. —Sonreí y él se incorporó en su silla.

Otro guardia le dio una palmada en la espalda.

—Nunca subestimes a una mujer joven y guapa. Me lo enseñó mi exmujer.

Toda la mesa estalló en una carcajada y yo me relajé un poco.

—Está bien; ya puedes guardar tu cuchillo, jovencita. Tienes mi respeto —dijo el hombre de las cicatrices con una sonrisa, y se bebió de un trago la jarra de hidromiel.

Saqué el cuchillo de la madera y lo volví a guardar en la funda antes de irme con Kendal al extremo de la mesa.

Me fijé en que estaba sentada justo enfrente del rey y, por cómo hablaba sin parar, parecía que no tenía ni idea. Él no se quitó la capucha que ocultaba su cara y la escuchaba parlotear sobre los saqueos que habíamos sufrido este año y lo espantoso que era que el rey no hubiera hecho nada al respecto.

Yo sonreí, disfrutando muchísimo de la situación, y saqué la única silla que quedaba vacía. Estaba a la cabeza de la mesa, al lado de Kendal y el rey. Miré a Drae Valdren, o lo intenté, ya que tenía la cara tapada.

—Es como si el rey ni siquiera considerase a Cinder Village parte de su territorio. Desde luego, no nos protege como hace con otras zonas —dije yo, de acuerdo con Kendal.

El rey se tensó visiblemente y yo tuve que esforzarme por ocultar la sonrisa.

—Pero no os culpamos a vosotros, claro. Vosotros solo seguís sus órdenes —le dijo Kendal, y él se volvió al guardia que tenía al lado y le preguntó algo de montar a caballo.

El rey se inclinó hacia delante, apoyándose en los codos para acercarse a mí. Yo me puse rígida y tragué saliva para humedecerme la garganta.

—El rey ha enviado a la élite de su Guardia Real para buscar esposa en Cinder Village. Si eso no es una muestra de amor hacia los vecinos de vuestra aldea, no sé qué lo es —declaró él.

Yo lo miré con los ojos entrecerrados y me incliné también hacia delante.

—¿Una muestra de amor hacia los vecinos de Cinder Village? ¿Y qué tal si nos visita de vez en cuando? El rey nunca viene, y sabemos que es

porque las cenizas de nuestra aldea ensuciarían demasiado sus botas privilegiadas.

La mesa se quedó en silencio. Yo quería ahogarme en hidromiel. ¿De dónde salía esta hostilidad? Había perdido a su mujer y a su hijo hacía solo un invierno y yo me estaba comportando como una auténtica bruja. «Pero es verdad.» Cinder Village era la zona más sucia, pobre y menos deseable de Embergate, y él nunca venía.

—¿Sabes lo que se les pediría a los vecinos de Cinder Village para recibir una visita del rey? —me preguntó con frialdad.

El corazón me martilleaba en el pecho y me arrepentí de haber empezado esa conversación. Los otros guardias hablaban en voz baja, pero sabía que muchos también estaban escuchándonos.

Yo sacudí la cabeza.

—Las calles deben estar alineadas con flores frescas; se le deben ofrecer panes, frutas, carnes y quesos frescos a él y a toda su Guardia Real; se deben vaciar y preparar una terma privada y un hostal con una planta entera para él. Los vecinos deben recibirlo con regalos y cubrirlo de elogios. Sería egoísta por parte del rey visitar un lugar como Cinder Village. Vaciaría sus reservas y afectaría a la percepción que tienen de él.

Yo no me había movido, ni siquiera para respirar, mientras él hablaba.

¿Por eso se había quedado fuera de la muralla? ¿No quería que nadie supiera que era él para que no se vieran obligados a cumplir con unas normas centenarias que dictaban que había que recibirlo de forma extravagante?

Me quería morir.

—Lo siento —mascullé, agachando la cabeza avergonzada.

Las puertas del salón se abrieron y entró la camarera con una olla enorme de estofado y una pila de cuencos.

—Muy bien, guapos: estofado de conejino recién hecho para el cansancio de la carretera. —Soltó la olla y pasó la mano por encima. Salió una ráfaga de fuego de su palma, que calentó el estofado, mientras yo miraba con fascinación. Solo llevábamos un día fuera de Cinder Village y ya estaba viendo que la gente de a pie de allí tenía más magia que nosotras.

Mientras nos servía, no pude evitar reflexionar sobre lo que había dicho el rey. ¿Cuánta gente en Cinder Village pensaba que el rey nos odiaba, cuando en realidad había estado evitando causarnos una molestia todo ese tiempo?

«Aun así, podría haber ayudado con los saqueos.»

El estofado estaba riquísimo, pero no pude disfrutarlo debidamente; no del todo. No mientras pudiera sentir los ojos del hombre con la capucha atravesándome con cada cucharada. Los drayken bebieron, comieron y hablaron escandalosamente, mientras Kendal y yo guardamos silencio sumidas en nuestros pensamientos. Regina los tuvo que mandar callar en varias ocasiones, cuando sus historias fueron «poco adecuadas en la presencia de unas señoritas». En realidad, no me importaba escuchar historias de cazas cruentas o recordar ataques pasados, pero a Kendal sí. Ella se llevó las manos al estómago y se retorció como si le dieran náuseas.

—Entonces, ¿tu padre tiene magia dragontina, Kendal? —preguntó el rey desde detrás de su capucha. Kendal ya empezaba a mirarlo con perplejidad, probablemente preguntándose por qué no se había quitado la capucha para comer.

—Sí. Es capaz de crear pequeñas bolas de fuego a voluntad, y formó parte de la Reserva del Ejército de Cinder Village para enfrentarse a los saqueadores en primavera —dijo con orgullo. Su sopa se había enfriado hacía un momento, así que había utilizado el único truco que sabía hacer para conjurar una llama en la palma de su mano y calentarla.

Yo ni siquiera podía hacer eso.

Podría decirse que su padre era la persona más poderosa en cuanto a magia en nuestra aldea, aparte del señor Korban, que era un cuarto de elfo y tenía algunas habilidades curativas. El padre de Kendal podía crear y lanzar bolas de fuego, lo que nos había salvado de algunos ataques graves de saqueadores en el pasado; también era un borracho empedernido. Ningún hombre servía de nada desmayado en el suelo de la taberna, daba igual lo poderoso que fuera. Pero no iba a decir eso. Era el momento de que Kendal presumiera del linaje de su familia influyente, y yo iba a dejar que lo disfrutara.

Mientras tanto, yo era la basura mágica que se comía el estofado frío.

—Qué maravilla —dijo el rey, como si le contentara que ella fuera lo bastante poderosa como para poder darle un posible hijo.

Luego me miró a mí.

—¿Y de qué parte de tu familia te viene a ti la magia?

Yo me quedé pálida y se me agarrotaron todos los músculos del cuerpo. Evidentemente, no podía decirle que la mujer que me dio a luz era una dragona pura sangre y de alta cuna.

—De mi padre —grazné—. No llega ni a un cuarto, me temo. —Quería desviar la atención, que se interesara más en Kendal o en la chica tan poderosa de Grim Hollow. Sabía que podía oler las mentiras, pero, sinceramente, todavía no había terminado de procesar lo que me había contado mi madre, y mi padre seguía siendo mi padre. Así que no creía que esto fuera una mentira. Cuanto más tiempo pasaba lejos de mi madre, menos me asustaba su historia, pero aun así quería mantenerme alerta.

Me habría encantado verle la cara al rey. ¿Me estaba frunciendo el ceño? ¿O simplemente me estaba mirando inquisitivamente?

—La olfateadora dijo que ella tenía más poder que Kendal —dijo Regina como quien no quiere la cosa, destrozando mi plan de mantenerme fuera de su radar—. Puede que no conozca la historia completa de su familia.

Yo la miré molesta, pero ella estaba mirando al rey.

Kendal se movió incómoda a mi lado.

—Nunca he ido a Jade City. ¿Es verdad que hay una universidad de confección?

«Salvada por Kendal.» Le debía una por eso.

—Así es —dijo el rey con serenidad. Yo sentía que aún seguía mirándome. Empezaba a molestarme no poder verle la cara.

—¿No tienes calor con la capucha? ¿No puedes quitártela para cenar? —dijo Kendal.

Puede que Kendal fuera simple, pero no era estúpida. La capucha durante la cena era algo raro, y ella empezó a dirigir todas sus preguntas a él, como si supiera que era un hombre importante.

El resto de hombres se quedaron callados y empezaron a mirar al rey y a Kendal alternativamente.

—Kendal, tiene la cara terriblemente desfigurada —dije yo de pronto, y algunos de los hombres rieron disimuladamente.

—Ay, lo siento mucho —dijo Kendal. Siempre era muy educada.

Los ojos que —sospechaba— me habían atravesado durante toda la cena, brillaron amarillos de pronto, y un humo negro comenzó a salir de la capucha.

Me quedé helada.

Regina se levantó tan rápido que su silla se cayó hacia atrás.

—Bueno. La cena estaba riquísima. Voy a acompañar a las señoritas a la cama. Mañana nos espera un largo día de viaje.

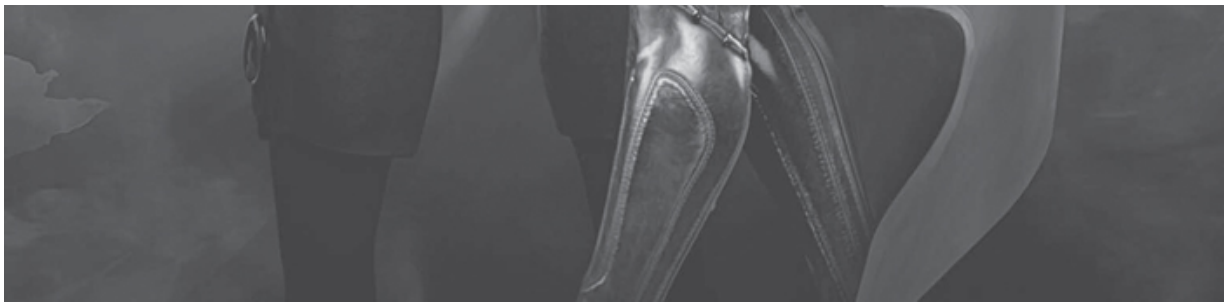
Kendal también se levantó, con cara de alarma, e hizo una reverencia a los hombres.

—Gracias por la cena.

Yo me levanté la última sin apartar la vista de los dos ojos amarillos en el interior de la capucha que me devolvían la mirada.

—Buenas noches —dije por fin, y me di la vuelta para salir del salón detrás de Regina y Kendal.

No sabía si me estaba esforzando en que el rey me odiara tanto que no me escogiera como esposa, o si de verdad me caía mal. Puede que un poco las dos.



6

Después de instalarnos en nuestra habitación compartida, me aseé en el baño, agradecida de tener agua corriente caliente como en las termas de Naomie, y luego me fui directa a la cama. Había pasado toda una semana durmiendo en tierra dura o en cuevas. Esta era la primera vez que dormía en una cama blanda de verdad, así que me dormí en cuanto apoyé la cabeza en la almohada.

Por desgracia, no pude parar de soñar con los dos ojos amarillos que me miraban fijamente desde el interior de la capucha.

En algún momento de la noche, se escuchó un golpe fuerte en la puerta. Abrí los ojos de repente y el corazón me empezó a latir con fuerza en el pecho.

—¡Regina! —rugió una grave voz masculina.

Con la visión nublada por el sueño y la única iluminación de la luz de la luna, apenas vi a Regina cruzar la habitación a toda prisa para abrir la puerta.

—¿Qué ocurre? —Regina parecía tan aturdida como yo.

—Ve al establo. —Era Nox. Se asomó a la habitación justo cuando yo me incorporé en la cama—. Han visto al ejército de Nightfall cruzando el Gran Río. El rey espera tus órdenes. —El guardia habló rápido pero seguro, y tuve la sensación de que se me llenaban las venas de hielo.

¿El ejército de Nightfall había entrado en Embergate?

Eso era... eso era un acto de guerra.

Me levanté, completamente espabilada ahora que todos los vestigios del sueño habían desaparecido, y corrí hasta Kendal, que todavía estaba profundamente dormida.

—Kendal, despierta.

La sacudí y ella gimió, mirándome con los ojos adormilados.

—¿Qué pasa? —La voz dormida de Kendal perforó la habitación.

—El ejército de la reina de Nightfall está... ¿atacando? —No estaba del todo segura, pero ¿para qué, si no iba a entrar en nuestro territorio?—. Tenemos que irnos con el rey.

—¿El rey? —gritó.

Ah, es verdad; no lo sabía. «Uy.»

—Vestíos. Ya —ordenó Regina.

Me metí en mi traje de caza y Kendal se puso uno de sus vestidos de diario. En cuestión de dos minutos, estábamos abajo y cruzando la calle en dirección al establo.

El rey estaba allí, sin capucha, caminando por el granero. Cuando llegamos hasta él, Kendal se hundió en una profunda reverencia.

—Alteza.

Él le asintió y después me miró a mí con una expresión comprimida antes de volverse hacia Regina.

—Aconséjame —le ordenó.

Caray, ¿Regina estaba de verdad al mando del ejército? Era algo brutal. Pero no tenía tiempo para pararme a pensar en ello, porque mi corazón latía cada vez más fuerte.

Regina asintió.

—Sospecho que la reina de Nightfall se ha enterado de que estás buscando una nueva esposa. Sabe que no tenéis heredero. Intentará acabar con vos.

«¿Intento de asesinato?»

Kendal se balanceó como si estuviera a punto de desmayarse. Yo me acerqué a ella por si acaso.

—Debería escupirles fuego a todos y achicharrarlos —gruñó él.

Olía a humo. Seguramente le saliera de la boca y de la nariz, pero estaba demasiado oscuro para verlo.

—Mi rey, no podéis hacer eso. El ejército de Nightfall compensa la carencia de magia con innovación. Os enviarán al espacio con sus proyectiles metálicos. Ya lo sabéis.

Sentí un escalofrío por los brazos. Había oído hablar de los inventos de la reina de Nightfall, pero nunca había visto uno. ¿Proyectiles metálicos como flechas? ¿O algo más siniestro? Una simple flecha no podía lanzar al espacio al rey dragón, así que era evidente que tenía que ser otra cosa.

El rey Valdren soltó un gruñido grave e inquietante, y Regina se acercó a él.

—Ya sabéis lo que tenéis que hacer.

La llama parpadeante de la antorcha apenas le iluminaba la cara, pero vi la determinación en su mirada.

—No dejaré que tú y los drayken peleéis mis batallas.

Regina soltó una carcajada y el rey se tensó.

—Ese es precisamente nuestro trabajo —le respondió ella, y luego le clavó un dedo en el pecho—. Mi lord —rugió Regina, perdiendo la paciencia—, me encargasteis la tarea de protegeros a vos y a las mujeres durante este viaje y, a cambio, os pedí que acatarais mi plan. ¿Sois un hombre de palabra o no?

Me encantaba ver este lado suyo. Era muy fuerte e intrépida. La miraba con envidia.

De los labios del rey salió un gruñido de frustración, luego sus ojos volvieron a ponerse amarillos y me buscaron como si me atravesasen el alma.

Luego empezó a desvestirse.

Pero ¿qué...?

Primero se quitó las hombreras metálicas y se las dio a Regina; luego la pechera. Yo no podía parar de mirar impactada y fascinada mientras se quitaba la camiseta de cuero de dragón negro, mostrando su abdomen.

Por fin encontré mi voz.

—¿Qué...? ¿Qué haces?

Regina cogió la ropa y me miró.

—Os va a llevar volando a ti y a Kendal a Jade City, donde activarán la alarma por la invasión.

¿«Volando»? Había dicho volando. Iba a...

Cuando me di cuenta de lo que estaba pasando, sentí un nudo en el estómago. ¡El rey dragón iba a adoptar su forma animal y a volar!

Sentí emoción y terror por todo el cuerpo en la misma medida.

Seguí la mirada de Regina mientras el rey se bajaba los pantalones y Kendal se quedó completamente flácida a mi lado. Corrí hacia ella y la agarré entre mis brazos antes de que cayera al suelo.

—Mi lord, ¡vais a conseguir que a estas pobres aldeanas les dé un ataque al corazón! —le advirtió Regina mientras él se quedaba en ropa interior.

Su cuerpo perfectamente bronceado parecía cincelado a la perfección. La piel le cubría los músculos sin un gramo de grasa. Tenía cicatrices en los brazos —dos cortes largos que parecían de una espada— y pequeñas marcas de flechas. Sentí como si el corazón se me aferrara al pecho, pero no podía apartar la vista. Nunca había visto a un hombre desnudo.

A la orden de Regina, nos dio la espalda y la ropa interior le cayó a los pies.

«Bendito sea el Creador.»

Al ver las nalgas desnudas de Drae Valdren sentí un calor por todo el cuerpo que me subía hasta el pecho.

Regina se dio la vuelta para mirarme e inclinó ligeramente la cabeza.

—Por favor, disculpad la falta de decoro. Es una emergencia.

Yo asentí con la sensación de que el corazón se me iba a salir del pecho y a caer al suelo. No me importó. Había algo emocionante en ver desnudo al rey de Embergate, una emoción que me gustaba.

Estaba a punto de preguntar cómo iba a llevarnos volando exactamente, cuando el rey soltó un gruñido y me quedé paralizada. Se me fueron los ojos a su silueta desnuda justo cuando cayó al suelo en posición fetal.

Lo observé mientras me preguntaba si el bronceado de su piel se transformaría en brillantes escamas negras de dragón. Ahogué un grito cuando empezaron a brotarle unas protuberancias en la espalda que crecían como enredaderas en un árbol.

—Más rápido, mi rey; temo que el ejército de Nightfall esté cerca —le dijo Regina sacando su espada.

¿Más rápido? ¿Como si fuera algo que pudiera controlar?

Yo sabía que podía transformarse en un dragón, naturalmente. Era el único de nosotros con magia dragontina suficiente como para ello, pero verlo era otro milagro completamente diferente.

Las protuberancias negras de su espalda crecieron hasta convertirse en unas alas curtidas. En ese momento, un mareo se apoderó de mí y temí desmayarme como le había pasado a Kendal. Su cuerpo creció y se puso a cuatro patas, con las manos convertidas en garras.

—He traído la silla por si acaso ocurría algo así. —Regina se apresuró al compartimento del equipaje y cogió una gigantesca silla de montar de cuero negro con una cesta arriba. Yo estaba tan abrumada por haber sido testigo de la transformación mágica de un hombre en dragón que se me había olvidado por completo que tenía a Kendal en los brazos. Entonces se levantó, miró al dragón que había ahora en el establo con unos ojos amarillos brillantes y nariz humeante, y volvió a desvanecerse.

Regina miró a Kendal con decepción.

—Qué poca osadía.

Yo quería defender a Kendal, pero tenía razón. Era aprensiva y se desmayaba con la más mínima cantidad de sangre.

Me quedé maravillada con la forma de dragón del rey. Quienes vivían en Jade City debían de verlo volar por encima de ellos continuamente, pero en Cinder Village solo conocíamos esa muestra de poder de oídas. Su dragón se elevaba casi a tres metros de alto, una enorme masa de músculo y escamas. La cola se movió a un lado y mis ojos se detuvieron en los pinchos que tenía en la punta.

Observé cómo Regina, y ahora otros dos guardias reales, ataban una silla de montar en la espalda del rey, y nos indicaron que nos acercáramos. Era una cesta con estribos y, cuando la bajaron, pude dejar a Kendal descansar tranquilamente dentro, a mis pies.

—Por si hubiera algún giro durante el vuelo —explicó Regina, atándome la cintura.

En el nombre de Hades, ¿qué acababa de decir? ¿Íbamos a volar bocabajo?

Le puso el cinturón a Kendal, que seguía inconsciente, y luego le dio una palmadita en el hombro al rey.

—Volad rápido. Enviad refuerzos.

Él la miró, asintió y se dispuso a salir del granero. Yo agarré los laterales de la cesta porque no paraba de balancearme de un lado a otro. La marcha de un dragón era muy diferente a lo que yo me había imaginado, y Kendal se despertó con el movimiento. Me miró en pánico.

—El rey se ha transformado en dragón y nos va a llevar volando a Jade City —le dije rápidamente para que no se pusiera nerviosa y volviera a desmayarse.

La pobre solo fue capaz de mirarme con los ojos como platos y asentir con el labio inferior temblando. Kendal siempre había sido un poco frágil, mentalmente hablando. Yo pensaba que algunas cosas eran demasiado para ella.

«Agarraos, voy a despegar.» La voz del rey sonó en mi mente y mis ojos se abrieron mucho de golpe.

«¿Puedes... hablar telepáticamente?», pensé, sin saber muy bien si me respondería.

«Soy el rey de los dragontinos. ¿De qué serviría que me transformara en dragón si no pudiera comunicarme con mi gente?», respondió, y despegó.

Kendal y yo soltamos un aullido cuando se levantó del suelo agitando las alas extendidas. Las sacudía tan rápido que el viento rodeaba todo mi cuerpo y enviaba mi pelo por todas partes.

Mientras subía cada vez más sobre Gypsy Rock, miré hacia abajo, a Regina y la Guardia Real, que se habían subido en sus caballos. Nunca había visto Embergate desde esta perspectiva. El sol se estaba despertando y los primeros rayos de brillo naranja irradiaban sobre la tierra. A lo lejos, si entornaba los ojos, podía ver las puertas de paja de Cinder Village.

Era increíble.

—¡Quiero bajar! —gritó Kendal con un tono agudo, claramente asustada.

Yo quería subir más. Quería que me crecieran alas y volar hacia tierras lejanas. Quería más.

—¡Uooooooo! —No pude evitar ese grito de alegría que me salió de los pulmones mientras el rey giraba bruscamente a la izquierda y volaba hacia Jade City a toda velocidad. Yo me reía cuando el aire frío de la mañana me presionaba la piel y hacía que mi melena rubia me cubriera toda la cara.

Era la experiencia más emocionante que había tenido nunca. Estaba a punto de volver a gritar de felicidad cuando vi al ejército de la reina a lo lejos y noté un peso enorme en el estómago. Cientos de motas metálicas brillaban bajo el sol naciente, un presagio desgarrador del día que estaba por llegar.

Kendal lloraba con la cara apretada contra el suelo de la cesta, hecha una bola a mis pies y rezando por su vida. Yo me agaché y le di unas palmaditas en la espalda para intentar tranquilizarla, mientras mi mente no paraba de pensar en la imagen del ejército de la reina.

¿Cuánto tardaríamos en llegar a Jade City volando? ¿Podría enviar el rey a su ejército a tiempo? Seguramente no, si tenían que ir de Jade City a Gypsy Rock a caballo.

Fruncí el ceño al ver una bandada de pájaros que se acercaba a nosotros. Volaban sobre el ejército, pero lo que me preocupaba era que las alas de los pájaros brillaran bajo la luz del sol igual que los hombres en tierra.

«¿Metal?»

El rey viró hacia la izquierda, en dirección a Jade City, y yo volví la cabeza para no perder de vista a los pájaros.

«Algo no va bien.»

A medida que se acercaban, me di cuenta de lo grandes que eran.

«Alteza...» Volví a mirar hacia delante, intentando comunicarme mentalmente con él, sin saber muy bien cómo iniciar el proceso. Pero simplemente pensé algo y se lo lancé.

«¿Qué pasa?», preguntó, volando más rápido y fuerte que antes.

Volví a mirar hacia atrás porque no sabía si mis sospechas eran correctas.

«¿Ve la media docena de pájaros que nos siguen?», le pregunté.

Él giró rápidamente la enorme cabeza de dragón sobre un hombro y luego asintió antes de volver a mirar hacia delante.

«Sí.» Parecía distraído, como si mi conversación lo desconcentrara.

Saqué mi cuchillo de caza de la vaina de mi muslo con la esperanza de no asustar a Kendal, que tenía aún la cara enterrada entre las manos a mis pies.

«No son pájaros.» Intenté parecer tranquila, pero hasta yo escuché el miedo en mi voz telepática.

Volvió a mirar hacia atrás. Empezó a salirle fuego de la nariz al estrechar los ojos hacia los brazos y piernas humanos que colgaban de los «pájaros».

«Otro de los inventos de la reina de Nightfall. ¿Un artilugio para que las personas vuelen?» Parecía desconcertado.

El corazón me latía con fuerza en el pecho al volver a mirar hacia atrás. Los hombres nos estaban alcanzando y, efectivamente, tenían alas metálicas agarradas a la espalda con correas de cuero, pero les dejaban los brazos y las piernas colgando y, ahora mismo, cada uno de los hombres blandía una espada metálica con la mano derecha.

«¡Tienen espadas!», le advertí al rey, y afiné la mirada hacia uno de los otros hombres-pájaro.

«¡Hades!», maldijo el rey, avanzando aún más rápido mientras sus alas cortaban el aire con facilidad. *«Siento pedirle esto a una señorita, pero... ¿sabes luchar? Dijiste que eras cazadora, ¿no?»*

«¿Señorita?» Yo no era una señorita. No de verdad. No era delicada ni me asustaba fácilmente, como Kendal.

«Sí —gruñí—. *Ya había sacado el cuchillo.»*

«Mira hacia abajo: verás unos estribos. Mete los pies y desátate el cinturón para poder levantarte.»

¿Levantarme sin cinturón? ¿Había perdido la cabeza? Me temblaban las manos por los nervios, exactamente igual que antes de matar a una presa, y deseé llevar encima mi arco. Estaba en el maletero del carruaje en Gypsy Rock.

—Arwen, ¿qué pasa? —lloriqueó Kendal. Echó un vistazo hacia atrás y soltó un grito de terror.

—Tú quédate tumbada y cúbrete la cabeza —le ordené mientras introducía la bota en los estribos cosidos al arnés, abriendo las piernas para que Kendal quedara entre ellas. Había una especie de hebilla metálica que

utilicé para apretarlos hasta que sentí que los pies estaban bien aplastados. Era mejor apretarlo demasiado que dejarlo suelto. Me desabroché el cinturón e intenté levantarme.

Tuve que intentarlo dos veces, pero lo conseguí, aunque el viento casi me tira de nuevo.

«Estoy de pie», le dije al rey.

«Bien. Ahora agáchate y coge mi espada de la alforja a tu derecha.»

¿Su espada? ¿El rey dragón quería que cogiera su espada?

«Umm, no sé si...»

«Es una orden. ¡Coge mi espada ahora mismo!», rugió en mi cabeza. Me asusté, pero me agaché rápidamente y abrí la hebilla que cerraba la alforja. Cuando metí la mano y saqué la espada, apenas podía sostenerla con una mano. Tuve que volver a envainar mi cuchillo para poder sujetarla con las dos. Cuando la empuñé con más seguridad, observé impresionada su belleza. Estaba cubierta con más rubíes y piedras de jade de las que jamás pensé que podrían caber en la empuñadura de una espada.

«La tengo.»

«Muy bien. Ahora clávasela a cualquier cosa que intente caer sobre mí. Yo me encargaré de todo lo demás.»

Sus palabras no parecían reales. ¿Lo decía en serio? Quería que... ¿apuñalara a un hombre? O sea, yo había sacado mi cuchillo como defensa propia, pero ahora que me enfrentaba a la idea de matar a un hombre, sentí náuseas. Un cervino, un conejino, un pumarino, un ratino... Podía matar a cualquier animal, pero ¿a un hombre? Nunca había matado a un hombre. Nunca había matado a nada que no fuera a dar de comer a mi familia.

El rey empezó a girar, virando a la derecha, y me di cuenta de que iba a atacarlos de frente.

«Alteza, nunca he matado a un hombre. Solo a animales. Solo para comer.» Me pesaba el pecho al respirar.

«Pues imagínate que son animales. Es lo mismo.» Esa fue su respuesta.

Antes de poder pensármelo más, teníamos la pelea encima.

7

El rey voló directo hacia los hombres-pájaro de Nightfall y yo me armé de valor. Eran seis y volaban formando una V a varias alturas. Justo cuando empecé a preocuparme por cómo íbamos a sobrevivir a estas probabilidades, un chorro de fuego de dragón salió disparado de la boca del rey en una llamarada gloriosa que empapó de lleno a dos de los hombres. El calor del fuego me calentó la cara, pero no me hizo daño.

Me estremecí al escuchar sus gritos de agonía, que hicieron que me subiera bilis por la garganta. Dos de los hombres se revolcaron en el aire y empezaron a girar en un intento de apagar las llamas. En cuestión de segundos, cayeron como piedras hacia el suelo; sus aparatos alados ya no eran capaces de sujetarlos.

No tuve demasiado tiempo para pensar en ello, porque uno de los hombres voladores que estaba más arriba venía ahora directo a nosotros.

Me fijé en que su espada era tan larga que podría haberme atravesado antes de poder siquiera arañarlo con la pequeña hoja de mi cuchillo de caza. Tuve suerte de que el rey me hubiera ofrecido la suya, pero también estaba a punto de matar a un hombre o de herirlo de gravedad. O de morir yo...

«Es un animal, es un animal...», me decía a mí misma a medida que él se acercaba.

El hombre masculló un gruñido amenazante y vi la cresta de Nightfall sobre su pechera. Era humano. Alguien que, según nos habían enseñado, era un pobre ser indefenso cuando se enfrentaba a una persona mágica. Pero a

mí no me parecía para nada indefenso. Ninguno de los integrantes del ejército de Nightfall lo era, fuera humano o no. Para empezar, estaba volando y parecía querer arrancarme la cabeza.

Sus alas se retractaron de pronto y cayó en picado como una roca.

Yo estaba acostumbrada a movimientos repentinos —los pumarinos que merodeaban por las laderas de Cinder Mountain eran muy rápidos, pero yo lo era más—. Con un grito de guerra, me abalancé hacia delante para chocarme con él. Le clavé la espada en el vientre al mismo tiempo que me agaché para esquivar la suya. Lo atravesó como si fuera de mantequilla, pero luego el peso de su cuerpo me golpeó. Caí con fuerza contra la silla, y el arañazo de la espalda me recordó, con una nueva punzada de dolor, que seguía ahí. El hombre gruñó cuando mi espada ahondó en su vientre, luego Kendal empezó a dar auténticos alaridos. Debía haberse quitado las manos de la cara. Con el subidón de adrenalina, salí de la cesta ignorando el dolor de la espalda. Mientras empuñaba firmemente la espada, aproveché el impulso para empujarlo hacia un lado, aferrándome a la empuñadura para no perderla.

Su cuerpo se deslizó de la hoja con facilidad y cayó hacia el suelo. Yo intenté recuperar el aliento.

«¿Estás bien?» La voz del rey me llegó justo cuando él soltaba otra bocanada de fuego a otros dos hombres-pájaro que se acercaban a nosotros.

«Sí», le dije, mirando la hoja cubierta de sangre y las manchas que había dejado en mi nuevo traje de caza.

«He matado a un hombre. He asesinado a un humano.»

El viento y los latidos de mi corazón fueron los únicos sonidos que escuché durante unos minutos. Me encontré ofreciéndole una oración al Creador para que me perdonase. No creía que proteger mi vida estuviera mal, pero tampoco disfrutaba de lo que acababa de hacer.

La oración me tranquilizó y miré hacia arriba para ver que solo quedaba un hombre. Un hombre muy inteligente que se estaba retirando.

Me volví a sentar, reposé la espada en mi regazo y me miré con espanto las manos.

Kendal eligió ese momento para levantar la cabeza. Al ver toda la sangre, volvió a chillar con todas sus fuerzas y se desmayó.

«¿Qué pasa?», preguntó el rey volando con movimientos erráticos, como si estuviera esquivando un ataque.

«Nada: Kendal ha visto la sangre. Se asusta con facilidad», mascullé, y el cuerpo del rey se relajó bajo nosotras. Su vuelo se niveló y, de nuevo, pusimos rumbo a Jade City.

Miré el cuello del rey dragón, las brillantes escamas de su espalda y la forma en la que reflejaban el sol de la mañana. Casi parecían metálicas y me tenían absorta. Me incliné tímidamente hacia delante y le acaricié la piel, aunque no sabía si podía hacerlo. Su cuerpo se estremeció bajo mi tacto, y aparté la mano de inmediato, con los ojos como platos.

«Ay, Creador.»

¿Me había... me había pasado de la raya? Ahora me sentía estúpida y recé para que él pensara que había sido Kendal, aunque era una estupidez: seguía inconsciente, hecha una bola a mis pies. Se hizo un silencio incómodo durante demasiados minutos y pensé en que igual debía disculparme.

«¡No acabo de acariciar al rey como si fuera un caballo! En el nombre de Hades, ¿en qué estaba pensando?»

Cuando apareció Jade City en la distancia, empecé a preparar mentalmente las palabras para una disculpa. Habíamos llegado mucho más rápido de lo que imaginaba, tras sobrevolar cientos de pequeñas cabañas de roca a las afueras de la ciudad. La robusta muralla de piedra jade nos recibió cuando volamos por encima de ella.

Los guardias en las torres nos vieron acercarnos y soplaron un largo y grave cuerno para avisar de nuestra llegada.

El rey Valdren bajó en picado y nos acercó a los tejados. Aguanté la respiración ante la panorámica de esta magnífica ciudad. Era absolutamente impresionante. Los niños corrían por las calles de adoquines adornadas con flores y apuntaban hacia el cielo.

—¡El rey! ¡El rey!

Los comerciantes se asomaron, y yo intenté fijarme en la artesanía del mercado, pero volábamos demasiado rápido. En Jade City se vendían las joyas más bonitas de todo el reino. Eran famosos por sus cuentas de cristal glaseado con fuego de dragón. Todavía era temprano, pero la ciudad ya

bullía con actividad y, aunque me moría de ganas de hacer turismo, había un asunto muy importante que tratar. Yo estaba cubierta de sangre de un hombre muerto, y Kendal ya estaba consciente, pero temblando a mis pies.

Nos acercamos al gigantesco Castillo de Jade, que parecía brillar verde bajo los rayos del sol. Era algo digno de ver. Estaba construido con jade, tenía cinco pisos de altura y era más amplio que casi toda Cinder Village. Era ignífugo, a prueba de flechas y de prácticamente todo: el lugar más seguro del reino. El rey rodeó el castillo para llegar a la parte de atrás, a lo que casi parecía un campo de entrenamiento. Había establos y campos abiertos, y hombres corriendo de un lado para otro, poniéndose armaduras y cogiendo espadas. La llamada del guardia de la puerta debía haber sido una llamada a la guerra. O quizás el rey los había avisado telepáticamente. No sabía cuál era el rango de sus capacidades.

Bajó hacia la hierba y aterrizó suavemente. Un guardia se apresuró hacia nosotros, con los ojos como platos al verme. Yo seguía empuñando la espada del rey con los nudillos blancos, y estaba cubierta en sangre seca y pegajosa.

—¡Mi *lady*! ¿Estáis herida?

Sacudí la cabeza.

—Ayúdala a ella primero. —Señalé a Kendal, que asomó la cabeza y miró a su alrededor: al patio y a los hombres que se preparaban para la guerra. Abrió los ojos como un búho y le tembló el labio inferior.

—Dejad que os ayude a bajar, señorita. —El guardia le ofreció una mano y ella la agarró.

Mientras la ayudaba a bajar, una mujer bajita y robusta con barbilla puntiaguda y pelo castaño recogido en un moño apretado corría hacia nosotros.

—¡Ay, pobre mía! —musitó sobre Kendal.

Yo bajé de un salto de la silla, como si saltara de una roca, y me quedé de pie frente al rey. Empezó enseguida la transformación a su apariencia humana. Sus hombres le quitaron la silla de encima y yo le di la espalda porque no sabía si podría soportar verlo completamente desnudo por delante. Puede que me desmayara como Kendal si ese era el caso. Poco

después, apareció detrás de mí llevando únicamente un par de pantalones anchos y me miró con una expresión ilegible.

—¿Estás bien? —Su pregunta estaba llena de compasión y preocupación, y yo no estaba preparada para eso. Tampoco estaba preparada para ver la definición de sus abdominales de cerca.

El corazón me martilleó en el pecho al recordar cómo le había clavado la espada al guerrero de Nightfall en el vientre. Asentí y luego me senté en el césped para limpiar su espada.

—Gracias por dejármela —le dije tras decidir que disculparme ahora por acariciarle la piel sería demasiado raro. Era mejor que ambos olvidáramos que había ocurrido.

Él inclinó la cabeza a un lado y sus ojos verdes brillaron amarillos al examinarme. Recorrió con la mirada mi traje de caza de cuero y la sangre que lo cubría.

—Si no te convierto en mi esposa, puede que tenga que alistarte en mi ejército. —Su tono era bromista, pero no pude evitar la sonrisa torcida que apareció en mi cara.

¿Podía unirme a la Guardia Real? ¿Ser una drayken? Ese pensamiento abrió algo dentro de mí que nunca había sentido.

Un sueño. Una posibilidad. «Un futuro con importancia.»

Antes de poder decir nada, la mujer con el moño apretado tiró suavemente de mi brazo.

—Venid, queridas. El campo de batalla no es lugar para señoritas. —La mujer robusta tiró de mí para que la siguiera. Y así hice, incapaz de sacarme las palabras del rey de la cabeza.

«¿Decía en serio lo de unirme a su ejército?» Porque estaría muy dispuesta a ello.

—Soy Annabeth, la jefa de las criadas del Castillo de Jade. Vos debéis de ser las posibles futuras esposas de Cinder Village, ¿verdad? —nos preguntó a Kendal y a mí mientras nos alejábamos de los hombres que corrían con armas y se subían a los caballos. Yo quería volver, salir a pelear con ellos en Gypsy Rock, pero sabía que no me lo permitirían.

No sabía si me terminaría acostumbrando al término «posible esposa».

—Yo soy Kendal.

—Yo Arwen —dije cuando Annabeth abrió una puerta que nos llevó a un salón extravagante. Las paredes, los suelos, todo era de jade. En mi vida había visto una riqueza semejante y me impactó un poco. Tanto, que no me había dado cuenta de que había dejado de andar.

—Os acostumbraréis, querida. Los baños también son de oro puro —comentó Annabeth.

Yo me reí. Era graciosa.

Me miró seria.

—No es broma.

Oh. Me moví incómoda y sus ojos recorrieron fijamente mi cuerpo por primera vez.

—Necesitáis un buen baño antes de conocer a las otras.

—¿Las otras?

Ella asintió.

—Las otras posibles esposas.

Vaya. ¿Cuántas había? La chica de Grim Hollow y posiblemente una o dos de Jade City... ¿Habría alguna más de alguno de los pueblos cercanos al Gran Río?

—Me vendría genial un baño —murmuré, y ella nos indicó que la siguiéramos hasta otro salón. Yo ya estaba perdida. Cuando giramos por otro pasillo, vi que había más de una docena de puertas, cada una con una criada delante.

«Hades bendito.»

¿Tenían criadas esperando a los invitados? Debe recibir muchas visitas.

Annabeth me acompañó hasta la última puerta y sonrió a una muchacha de pelo negro rizado que intentó no mirar con espanto mi apariencia sangrienta, pero no lo consiguió. Parecía unos inviernos más mayor que yo, puede que tuviera unos veinte.

—Ha habido un contratiempo y Arwen va a necesitar un baño antes de comer —le advirtió Annabeth.

La joven del pelo rizado carraspeó e hizo una reverencia.

—Sí, señora.

Abrió la puerta y yo entré mientras Annabeth llevaba a Kendal a la habitación de al lado y le presentaba a su criada.

Kendal se despidió de mí con la mano, haciéndome saber que estaba bien. Cerré la puerta de mi nueva habitación y me di la vuelta.

—Hades bendito. —Ahogué un grito y mi nueva criada se sobresaltó—. Uy, no ha sido muy propio de una señorita, ¿verdad? Tengo que trabajar en eso, supongo —le dije. A no ser que fuera a unirme al ejército del rey. En ese caso, podría decir todas las palabrotas que quisiera.

Ella me hizo una profunda reverencia.

—Soy Narine. Estoy aquí para ayudaros en todo lo que necesitéis.

Yo moví la mano nerviosa.

—Yo soy Arwen. —Le devolví la reverencia y ella se quedó rígida, con los ojos como platos. Arrugué la cara—. Yo no tengo que hacerte reverencias a ti, ¿verdad?

Su fachada cayó y estalló en una carcajada, algo que agradecí. No podía vivir con una persona emocionalmente muerta a mi alrededor continuamente.

—No —dijo, y cortó rápidamente la risa—. Siento haberme reído, mi *lady,* no...

—Oh, por favor, conmigo puedes comportarte normal, tranquila o lo que sea. No soy una señorita; soy una cazadora de Cinder Village. —Le enseñé la sangre y la suciedad incrustada bajo mis uñas y ella retorció la cara.

—¿Cazadora? Vamos a asearla. Tendrá que convertirse en una señorita si quiere casarse con el rey.

Me encogí de hombros.

—¿Y si no quiero casarme con el rey?

Arqueó las cejas pero no dijo nada. Salió de la habitación para darme tiempo a que asumiera por completo el espacio tan lujoso.

La moqueta era de felpa extremadamente suave de color azul oscuro. El sofá era de una tela dorada brillante que posiblemente tuviera oro de verdad, y la pequeña zona de la cocina estaba tan limpia que me daría miedo cocinar en ella. Había una zona de descanso, un dormitorio, una habitación de invitados, ¡y dos aseos!

Era oficial: esta habitación era más grande que mi cabaña de Cinder Village, y mucho más elegante, también.

—*Lady* Arwen, vuestro baño está listo. —La voz de Narine me llegó mientras yo miraba por la ventana las frondosas colinas verdes, donde el ejército montaba a caballo. Había cientos de hombres.

—Me pregunto si entraremos en guerra con Nightfall —reflexioné en voz alta.

Narine chasqueó la lengua.

—Eso es cosa de los hombres. Vos tenéis que lavaros y centraros en la competición.

Solté una carcajada.

—¿Competición? ¿Así es como lo llaman? ¿Media docena de mujeres compitiendo por la mano del rey cuando lo único que quiere es nuestro útero mágico?

Ella pareció afligida y me sentí mal por hablarle tan bruscamente. Evidentemente, no estaba acostumbrada.

—Lo siento. Me gusta decir lo que pienso —admití.

Ella me miró y me sorprendió la ira que reflejaba su cara. Sin mediar más palabra, se dio la vuelta y yo la seguí hacia el aseo.

«Vale, habla menos y deja de cabrear a la criada», me dije. Hablaba mucho cuando me ponía nerviosa. Era uno de mis defectos.

—¡Creador mío! —grité cuando entramos en aquel gran espacio. Estaba completamente cubierto de jade blanco, con una enorme bañera de cobre en el centro. De ella salían columnas de vapor hacia el techo, y olía a limón fresco. El papel de pared tenía un patrón floral dorado y morado con un borde de piedra jade. Era el baño más bonito que había visto en mi vida.

—Podría acostumbrarme a esto —le dije a Narine, y empecé a desvestirme.

—Pues no lo hagáis si no os tomáis en serio esta competición —dijo ella entre dientes.

Era evidente que la había molestado con mis palabras. Intenté aliviar el daño que ya había hecho.

—El rey es un buen hombre y la mayoría de mujeres estarían encantadas de casarse con él.

Otra vez esa mirada, una que hacía que ya no quisiera estar con ella. Esto no iba bien.

—Puedo bañarme sola —mascullé, y con un asentimiento cortés se marchó, cerrando la puerta un poco más fuerte de lo necesario.

Hades bendito, ¡esa mujer era una pesadilla! ¿Sería muy cruel de mi parte pedirle otra criada a Annabeth? Ya sé que era afortunada por tener una criada, pero ¿quién iba a querer estar con alguien que te miraba mal y daba portazos continuamente? A ver, había dicho que no quería casarme con el rey, pero ¿era para tanto? ¿Se casaría ella con él si la sacaran a fuerza de su pueblo y la lanzaran a competir con otras mujeres? Era una barbaridad y estaba mal. Yo me casaría por amor; fin de la historia.

Después de desnudarme, me metí en la bañera y solté un suspiro por el confort del agua caliente. Todavía estaba enfadada con Narine, pero no iba a dejar que me arruinara el baño. Seguramente debería pedir un cubo de agua caliente la próxima vez, para no acostumbrarme a los lujos.

Me froté rápido, haciendo hincapié en la herida de la espalda que ya apenas notaba. Quería darme prisa para no estar a remojo en la sangre del hombre que había matado. Cuando terminé, salí y me puse el vestido limpio de algodón azul que estaba doblado en la silla y las sandalias de cuero teñido de dorado que me quedaban media talla grande. Parecía que iba a salir a pasear por un jardín. Como debía vestirse una señorita, supongo.

Había un cepillo para el pelo, perfume y maquillaje en la encimera, pero yo no quería nada de eso. Tampoco sabría cómo maquillarme; mi madre nunca lo había comprado ni usado. Pero sí me cepillé la larga melena, si no se me enredaría. Tuve un momento para pensar en lo desagradecida que debía haberle parecido a Narine por no querer casarme con el rey. En su cabeza, el solo hecho de ser considerada ya sería un gran honor, y yo tenía que ser más agradecida. Al fin y al cabo, él iba a pagar quinientas monedas de jade solo por tenerme aquí durante una luna. Decidí ir a buscar a Narine para disculparme y poder explicarle mi versión de las cosas.

No era fácil que te sacaran de tu hogar y te llevaran a un lugar nuevo con la expectativa de que quizás te casaras con un desconocido y gestaras a sus hijos, aunque ese desconocido fuera tu rey. Por no hablar de que mi madre me había advertido de que el rey podría matarme si detectaba mi magia, que aún tenía que mostrarse. Tenía un buen motivo para decir lo que había dicho, pero ella no lo sabía.

Salí del aseo y recorrí un pasillo que me llevó al salón. Cuando estaba a punto de abrir la boca para llamar a Narine, escuché su voz desde la entrada.

—Mi chica no para de llorar, no sé qué hacer —dijo una voz desconocida.

—Mi chica ni siquiera quiere estar aquí ni casarse. Así que ya puedo despedirme de mi dinero del premio —le respondió Narine.

«¿Dinero del premio?»

—Ay, Narine, cuánto lo siento. Sé que necesitas ese dinero para pagar la boda de tu hermana pequeña.

Narine gruñó.

—Qué más da. Da igual lo bien que las peinemos, maquillemos y les enseñemos buenos modales; el rey elegirá a la más poderosa.

—Annabeth nos ha dado a las dos chicas de Cinder Village. Estoy segura de que nos odia.

Carraspeé con fuerza. Narine dio un brinco y cerró la puerta de un portazo.

—¡Mi *lady*! No hay excusa para lo que habéis oído. Lo siento mucho y...

Le hice un gesto despreocupado con la mano.

—¿Qué dinero? ¿Por eso te has enfadado tanto conmigo? ¿Te van a dar dinero si el rey me elige?

Ella tragó saliva, fijó sus ojos marrones en los míos y asintió.

—Una motivación para que las criadas nos esforcemos al máximo en prepararos para conocer al rey y guiaros durante toda la competición. Annabeth ha prometido que la criada que gane recibirá cien monedas de jade.

Asentí. Eso explicaba que se hubiera enfadado tanto cuando dije que ni siquiera quería casarme.

—¿Y necesitas el dinero para casar a tu hermana? —pregunté.

Sabía que las bodas eran diferentes en Jade City. Un asunto mucho más importante y elaborado.

Ella asintió, mordiéndose el labio.

—Mi madre falleció en el parto. Papá también murió hace dos inviernos, sirviendo en el ejército del rey. He criado a mi hermana yo sola, así que tengo que encargarme de pagar su boda.

Vaya, Hades, si eso no conseguía hacerme sentir mal, nada lo haría. Me sentía identificada. Yo también cuidaba de mi familia. El sueldo de comadrona de mi madre era esporádico. En Cinder Village no nacían demasiados bebés.

Fruncí el ceño.

—Lo siento. Ahora entiendo que te haya molestado que lo primero que dijese nada más conocernos fuera que esperaba no conquistar el corazón del rey.

Ella sacudió la cabeza.

—Aun así, no hay excusa para lo que me habéis oído decir. Si Annabeth se enterara...

Me reí.

—¡No soy una chivata! Tu secreto está a salvo conmigo. Todos necesitamos desahogarnos de vez en cuando. Me alegro de que tengas una amiga.

Levantó la cabeza de golpe con estupefacción.

—¿No estáis enfadada? ¿No diréis nada?

Me encogí de hombros.

—A ver, no me ha hecho gracia que hayas insinuado que las chicas de Cinder Village somos ciudadanas de segunda; pero qué va, no estoy enfadada. —Me desplomé en el sofá y puse los pies sobre la mesita que había enfrente.

Ella suspiró de alivió.

—Gracias, mi *lady*. Seré más respetuosa a partir de ahora, lo prometo. Y no tengo nada en contra de Cinder Village, simplemente he pensado que, al ser casi todos sus habitantes humanos y raza mixta, las mujeres no serían las más poderosas del reino.

Cinder Village era conocida por eso, así que no podía enfadarme por esa suposición.

Me froté la barbilla.

—Me imagino que iré a bailes y cenas elegantes, ¿verdad?

Se le iluminaron los ojos.

—Oh, sí, señorita. Annabeth ha coordinado varios eventos para ayudar al rey a conocer a todas las señoritas.

—¿Y supongo que me darán un vestido elegante para esas ocasiones? —Señalé el vestido de diario que llevaba puesto. Aunque solo era algodón, estaba teñido de un tono de azul muy caro. Los volantes en el cuello y el dobladillo eran unos detalles muy elegantes que no se veían en los vestidos de diario de Cinder Village.

Subió y bajo la cabeza emocionada.

—Sí, tengo que acompañarla a la modista para que le tome las medidas.

Sonreí y me puse de pie.

—Pues vamos a hacer una cosa: los vestidos o cualquier otro regalo que me hagan, me los pondré una vez y te los daré para que puedas venderlos y pagar la boda de tu hermana.

Se le abrió la boca, la cerró y se le volvió a abrir.

—Estoy segura de que eso no está permitido.

—¿Por qué no? ¿No puedo hacer regalos cuando me apetezca? —pregunté.

Se le iluminaron los ojos de la emoción.

—¿Haríais algo así? ¿Después de lo que he dicho?

—Claro. Porque yo también tengo una hermana pequeña y sé lo que es querer cosas que no puedo permitirme —le respondí.

Se le dibujó en la cara una sonrisa torcida.

—Supongo que entonces he tenido suerte de que me tocara una chica de Cinder Village.

—Supongo que sí.

8

Estuve más de una hora con la modista, rezando para que, además de los vestidos, también me hiciera tres pares de pantalones y alguna túnica corta. Me dijo que no las tres primeras veces, tras afirmar que los pantalones y las túnicas no eran para las mujeres. Luego le pregunté que, si Regina era una mujer, quién le había hecho los pantalones y las túnicas. La modista suspiró y me dijo que lo haría. Luego le pedí que intentara quitar la sangre del traje de caza que me había hecho mi madre. Cuando dijo que sí a todo, le di las gracias y me fui con Narine al almuerzo.

—El rey está fuera solucionando unos asuntos del reino, así que no comerá con vosotras —me dijo Narine.

«Asuntos del reino.» Es decir: el ataque de la reina de Nightfall sobre Gypsy Rock del que me moría por saber algo. Comer con el rey me importaba un bledo; lo que quería era saber cómo iba el ataque.

—¿Sabemos algo de Gypsy Rock? ¿Cómo va la batalla? —le pregunté.

Ella levantó una ceja.

—¿Cómo sabéis eso?

Hice un gesto despreocupado con la mano.

—Estaba allí. ¡He venido hasta aquí volando a lomos del rey dragón! ¿De dónde crees que salió toda esa sangre?

Ella asintió.

—Sí, me lo habían dicho. No puedo decir gran cosa, pero una fuente me ha informado de que ha llegado un mensajero hace unos minutos.

Me detuve en seco en el pasillo.

—¿Y...?

Me miró desconcertada.

—No sé, no estaba allí y son mensajes privados que solo pueden leer el rey y sus asesores.

Crucé los brazos y fruncí el ceño.

Narine me señaló unas puertas enormes.

—Esta comida será una buena oportunidad para evaluar vuestros modales en la mesa.

No pude evitar que se me escapara una carcajada.

—Narine, por favor, no te molestes. Mi madre nos daba de comer chuletas delante de la chimenea desde que era un bebé. No voy a impresionar a nadie con mis modales en la mesa.

Ella suspiró, y vi claramente el momento en el que se rindió conmigo. Desapareció la luz en sus ojos al dar por perdida la esperanza de convertirme en una refinada reina de Jade City.

Me volví a parar y me incliné hacia ella, bajando la voz.

—Oye, si de verdad quieres intentarlo, puedo pedir otra criada. Escuché a uno de los guardias principales del rey decir que había una chica de Grim Hollow que era bastante poderosa. ¿Igual puedes ir con ella?

Ella me sonrió con educación.

—No podemos cambiar.

Me lo temía.

—Bueno, entonces, ¿hacemos lo de revender mis vestidos?

Otra sonrisa educada.

—Sí, señorita. Gracias. Es un detalle que no olvidaré nunca.

Me sentí mejor por solucionarle un poco las cosas y por tener una aliada, pero aun así me sentía un poco culpable por ni siquiera intentar casarme con el rey y hacerla ganar cien monedas de jade.

Narine abrió las puertas y yo entré en la sala. Me asaltó de pronto la visión de más de cien mujeres con vestidos de colores y sandalias de cuero dorado.

«Por Hades.»

Miré a Narine.

—¿Seguro que es aquí? —pregunté, aunque en el fondo sabía que sí. En ese momento fui consciente de que el rey había convocado a todas las mujeres en edad de gestar con el más mínimo ápice de magia.

—Sí —asintió.

Me sentí sucia y aliviada al mismo tiempo. Sucia porque todas fuéramos vestidas igual, porque nos hubieran dado el mismo vestido y las mismas sandalias como marcas de un rebaño; pero aliviada de que hubiera tantas mujeres y fuera imposible que el rey me eligiera a mí como su esposa entre todo un mar lleno de opciones. Yo no era tan especial, y mi magia ni siquiera había hecho acto de presencia. Con suerte, estaría en casa para la próxima luna llena y el rey Valdren tendría a su esposa con su útero mágico.

—¡Comida! —Corrí hacia la mesa en la que estaba sentada Kendal y me senté a su lado. Estaba hablando con otras chicas, y en el centro de la mesa había una variada selección de comida. Carnes, quesos, pequeños panes y tartas diminutas esparcidas por la mesa. Cogí dos de cada, llené mi plato hasta arriba y ataqué.

Narine sacó una silla a mi lado y me observó.

Yo gemí mientras mojaba un pequeño pastel de carne en una especie de salsa picante de queso que nunca había probado.

—Hades bendito —volví a gemir.

Narine me golpeó suavemente en el hombro.

—No se gime ni se dicen palabrotas en la mesa —me regañó.

Kendal se rio, como otras dos chicas.

—No vas conseguir enseñarle modales a esta —se burló Kendal, pero sonrió para que yo supiera que estaba bromeando. Después de verla desmayarse tantas veces y de escuchar a su criada decir que había estado llorando, sentí lástima por ella. En Ceniza yo no salía muy a menudo con ella. No me gustaban los cotilleos ni estar a la última en moda, así que no teníamos mucho en común; pero aquí... aquí éramos las chicas de Cinder Village y teníamos que permanecer unidas.

Asentí mirando a Narine.

—Si quieres, puedes pasar el tiempo que me lleve comer haciendo algo que te guste. No hay forma de salvarme. —Me metí un rollo de pan enorme

en la boca para demostrárselo y Narine hundió los hombros, mirándome con cara de asco.

—Bueno, si estáis tan segura...

—Lo *ehtoy*... —Mi voz sonaba amortiguada por el rollo de pan. Narine se frotó la sien.

Cuando se fue, me tragué el trozo de pan y sonreí ante mi triunfo. Técnicamente no era tan mala en la mesa, pero no me apetecía que me dieran lecciones de modales como a una chica de Jade City. Quería comer tranquila y charlar con Kendal, no aprender para qué eran los tres tamaños de tenedores.

Me incliné hacia Kendal y bajé la voz.

—¿Cómo estás?

Me sonrió tímidamente. Tenía los ojos muy rojos, como si hubiera estado llorando, pero tenía mejor aspecto que cuando volamos hacia allí en el lomo del rey.

—Mejor ahora que no estoy montada en un dragón —dijo con severidad.

Asentí.

—Con suerte, no tendrás que volver a hacerlo —le dije.

Ella sonrió.

—Al menos no así.

Tardé un poco en entender lo que había querido decir, y se me abrió la boca por el chiste guarro. Kendal era un comodín. Era formal la mayor parte del tiempo y animaba a las demás a mantenerse puras, pero también era la que más sabía sobre compartir lecho con un hombre de todas las personas a las que yo conocía. Ella decía que era por visitar a su tía en Gypsy Rock, pero ahora ya no estaba tan segura.

Le di un golpe en el hombro con una sonrisa.

—¡Muy buena!

Ella estalló en una carcajada y yo también me reí. Me sentí ligera y despreocupada por primera vez desde que había llegado allí.

A lo mejor aquello no estaba tan mal.

Los siguientes días pasaron lentos y yo estaba a punto de morirme del aburrimiento. Lo único de lo que querían hablar las otras chicas era de costura y de flores y de cuántos hijos querían tener. Todas parecían muy emocionadas por estar allí, y estaban deseosas de conocer al rey y conseguir que las convirtiera en sus esposas.

Yo, por el contrario, estaba deseosa de tener alguna información sobre la guerra. Habíamos tenido alguna escaramuza de vez en cuando, pero no una guerra propiamente dicha, que yo recordase. Lo último que me había dicho Narine fue que el rey y su ejército estaban conteniendo a la reina de Nightfall y a sus hombres en el Gran Río, pero que había sido una hazaña agotadora y cada día salían más tropas. Mientras tanto, las posibles esposas seguían despertándose y poniéndose vestidos y ondulándose el pelo, esperando a que el rey llegara y eligiera a una de ellas.

Era nauseabundo.

Hablando de nauseabundo:

—No me encuentro bien. Por favor, diles a las otras que siento mucho no disfrutar de su compañía durante la comida, pero creo que hoy me voy a quedar aquí —le dije a Narine.

Era medio verdad. No me encontraba bien, pero por muy simpáticas que fueran todas, no echaría de menos la compañía aburrida de las otras chicas. Una conversación más sobre los preciosos lirios del jardín y me pondría a gritar. Cada vez que intentaba contar una historia de caza, ¡me mandaban callar!

No eran mi compañía preferida.

Narine frunció el ceño, se acercó para ponerme la mano sobre la frente y luego se alejó con un siseo.

—Buscaré a un curandero.

Fue corriendo hacia la puerta y yo me reí.

—No, estoy bien. Solo me duele la cabeza y necesito echarme una siesta —musité, pero, por la mirada de terror en sus ojos, me pregunté si tendría manchas en la piel o las mejillas rojas. La varicela había matado a una décima parte de la aldea cuando era pequeña y yo no la había pasado.

—Estáis ardiendo —fue todo lo que dijo, y se marchó.

Me tambaleé hasta la cama, sintiéndome de pronto temblorosa, y me llevé la mano a la frente. A mí me pareció normal, pero ¿una persona con fiebre puede notárselo a sí misma?

Solo estaba cansada. Tan cansada que parecía que me ardía el cerebro. Me tumbé, sin saber muy bien cuánto tardaría en llegar el curandero, y asustada por el repentino giro de la situación.

Me quedé frita y me despertaron un tiempo después.

—¿Señorita Novakson? Soy la doctora Elsie —dijo una mujer con el pelo verde intenso mientras se inclinaba hacia mí y me tocaba la cabeza con algo parecido a una cuchara metálica.

Se le pusieron los ojos como platos y miró a Narine, que estaba a su lado.

—Prepara un baño de agua fría, con hielo —dijo la doctora.

—¿Hielo? —susurré.

La doctora me miró con preocupación y mi mirada se desvió a las puntas de sus orejas para confirmar que, efectivamente, eran puntiagudas.

«¿Una elfa?»

Los elfos eran conocidos por sus habilidades curativas, al contrario que sus hermanos feéricos; y los dragones también tenían algo de magia curativa.

—Señorita Nov...

—Llámame Arwen —gemí, notando cómo me caía una gota de sudor por el cuello. El ligero malestar que había sentido antes se había convertido en toda una enfermedad. Me ardía el estómago y parecía que alguien me estaba aplastando la cabeza.

—Arwen, soy una elfa-dragón con un grado de especialidad en enfermedades híbridas. Tengo un doctorado en enfermedades de dragontinos y de humanos, así como formación en curación élfica.

Bla, bla. Me estaba muriendo y ella no paraba de presumir de sus títulos. ¿Era dragharem? Era bastante raro; casi imposible, en realidad. Nunca había conocido a uno, pero me ardía el cerebro, así que en este momento tampoco me importó demasiado.

—Estoy muy cansada. Quema. Agua —mascullé, empezando a sentirme delirante.

La mujer se inclinó hacia delante, me clavó la nariz en el cuello e inhaló. Me recordó a un maldito olfateador y me pareció increíblemente grosero invadir el espacio personal de alguien de esa forma.

—¡Oye! —La aparté de un empujón. Empezaba a ver líneas onduladas salir de mi cuerpo, como cuando ves el calor emanar de una roca muy caliente a mediodía.

«Pero ¿ qué...?»

Los ojos de la doctora se abrieron aún más y me miró parpadeando repetidas veces.

—No hueles a híbrido —dijo en un grito ahogado.

«Ay, Hades.» Recordé de pronto las palabras de advertencia de mi madre.

—¿Qué? —Me reí para restarle importancia, cien por cien segura de que estallaría en llamas en cualquier momento. El calor lo absorbía todo.

—Y hueles como si estuvieras cubierta por un hechizo mágico que se está agotando —dijo con un tono casi acusador.

—¡¿Qué?! —grité.

Tenía algo en la mirada: compasión y repulsa a partes iguales, como si fuera mi culpa que alguien me hubiera hechizado.

—¡El baño de hielo está listo! —gritó Narine. La doctora salió de su ensimismamiento y metió una mano bajo mis piernas y la otra detrás de mi cuello.

Me levantó, gruñendo por el peso, y me llevó corriendo al otro lado de la habitación.

El olor a piel quemada flotaba en el ambiente, y me dio una arcada mirando a la doctora. Ella se retorcía de dolor mientras el humo se elevaba hacia el techo. Siguiendo la trayectoria del humo, miré hacia abajo para ver, horrorizada, que era su piel la que se estaba quemando. Y yo era la que la quemaba.

«En nombre de Hades, ¿qué es esto?» ¿Cómo era posible?

—Voy andando —dije, pero mis palabras salieron como un gorjeo y unos puntos negros empezaron a bailar en los bordes de mi visión.

Cuando la doctora llegó a la bañera, me soltó como si fuera un carbón ardiendo. Mi cuerpo se estrelló en la frialdad del hielo, estalló un siseo de

vapor y la oscuridad me empujó hacia su dulce abrazo.

9

Mi consciencia volvió con el sonido de unas voces murmurando.

—¿Por qué parece que ha explotado una bomba en el baño? —La voz grave del rey invadió mi mente, pero estaba demasiado débil para abrir los ojos.

—Mi lord, no sé cómo explicarlo. Ella... explotó de poder —dijo la doctora Elsie—. En mi vida había visto tanto fuego de dragón. Menos mal que Narine y yo somos parte dragontinas; si no, nos habríamos quemado vivas. Pude crear un escudo con mi magia élfica para protegernos del estallido.

Se me aceleró el corazón con todo lo que estaba oyendo. ¿Estaban hablando de mí?

Por fin conseguí abrir los párpados y miré a los pies de mi cama. El rey Valdren estaba de pie con los brazos cruzados sobre el pecho musculado. Tenía los brazos llenos de cortes secos y cicatrices, y manchas negras de carbón por el cuello. Acababa de llegar de una batalla.

—¿Qué significa? —le preguntó a la doctora. Volví a cerrar los ojos por si acaso me miraban. Yo también quería saber qué significaba. Lo último que recordaba era estar ardiendo, literalmente, y luego la doctora Elsie me sumergió en agua fría y me desmayé.

La voz de la doctora era tan suave que apenas la escuchaba.

—Mi lord, apestaba a hechizo. Como si alguien la hubiera hechizado para ocultar sus poderes y el hechizo se hubiera deshecho de pronto y no

pudiera contenerlos más.

«Hades.» Eso no era bueno. Todo lo que mi madre me había dicho se estaba cumpliendo.

—¿Por qué iban a querer ocultar sus poderes? —preguntó el rey, perplejo.

—No lo sé, pero si buscáis a alguien capaz de gestar un hijo vuestro..., ella debería ser una de las principales aspirantes —la escuché susurrar muy cerca del rey—. Olía a pura sangre.

Yo me tensé al sentir los ojos del rey sobre mí. Mi corazón latía con tanta fuerza —y a tal velocidad— que estaba segura de que toda la habitación podía escucharlo.

«¿Aspirante principal para útero real?»

«No.» Eso no es lo que debería estar haciendo. Mi madre me había dicho que no llamara la atención y volviera a casa. Pero luego exploté con fuego de dragón delante de la médica personal del rey y, de pronto, me habían puesto a la cabeza de la clasificación.

—Es imposible que sea pura sangre —dijo despectivamente.

—El olfato de un elfo curandero no miente —respondió ella.

—Eres mitad elfo. —Su voz tenía una peligrosidad que me asustaba.

—Pues es casi pura sangre —aseveró la doctora—. Estoy segura. Si queréis, mandad a los olfateadores a que lo confirmen.

Se quedaron los dos en silencio y luego el rey habló prácticamente en un susurro.

—¿De verdad crees que es lo suficientemente poderosa como para gestar hasta el final? No puedo enterrar a otro hijo. —La voz del rey se quebró, y el muro de hielo que había levantado alrededor de mi corazón se derritió en un instante.

La pena en su tono me consumió. Tuve que tragar para evitar un quejido.

—Dejémosla descansar —dijo la doctora de pronto, y temí haber gimoteado de verdad. Mis ojos se abrieron justo a tiempo para verlos salir de la habitación.

Cuando escuché que se cerraba la puerta, me puse de costado y me quedé mirando el papel pintado estampado con el emblema del dragón

dorado.

No era más que un hombre que quería un hijo, y su magia era tan poderosa que la mayoría de cuerpos femeninos no eran capaces de gestar para él. ¿Tan malo sería si lo hiciera yo? Yo quería ser madre en algún momento, pero quería enamorarme antes y que mi hijo naciera como fruto de ese amor. Con todo ese espectáculo, me daba la sensación de que el rey quería un heredero, pero no una mujer. Y yo no estaba dispuesta a eso.

Solo tenía que rezar para que mi magia se quedara en mi interior el resto del tiempo que me quedaba aquí y que él eligiera a otra persona como su próxima reina. Quería que tuviera su heredero, pero no conmigo; no como resultado de una competición. No pensaba ser un premio.

Me volví a dormir pensando en Nathanial y en la carpa de los besos. La forma en la que miraba a Ruby Ronaldson significaba que, aunque yo volviera a casa, ellos ya estarían prometidos.

Tardé dos días en recuperarme de la fiebre y del incidente de la explosión dragontina accidental. Me hice la tonta con la doctora y le dije que no tenía ni idea de ninguna magia y que, hasta donde yo sabía, solo tenía unos rasgos mínimos de dragontina. La doctora Elsie y Narine sufrieron algunas quemaduras leves que ya se habían curado, pero por lo general estaban bien. La reparación del baño tardaría una semana, pero, mientras tanto, podía utilizar el otro baño de invitados. Una cosa de ricos.

La mañana siguiente me desperté con el silbido de Narine. Abrí los ojos y la miré. Estaba dando saltitos con las manos en la espalda.

—¿Qué? —mascullé. Narine no mostraba esa felicidad sin motivo.

—¡Vais a comer con el rey en unas horas! —gritó.

Me incorporé de golpe, frotándome los ojos.

—¿Qué?

Narine asintió.

—Y os ha llegado un vestido para la ocasión.

Por eso estaba tan emocionada.

Bajé la cabeza.

—Vale. Pues coge el vestido y véndelo antes de que lo use. No quiero mancharlo.

Ella frunció el ceño.

—Pero... mi *lady,* solo tenéis vestidos simples de diario, no son adecuados para una comida con su alteza real.

Saqué las piernas por un lado de la cama y levanté los brazos para estirarme.

—Su alteza real me ha visto matar a un hombre mientras montaba a su espalda: no espera a una señorita. Acércame mis pantalones y la túnica.

Si iba a comer a solas con él y no en un gran evento con el resto de mujeres, quería ser yo misma. Me preocupaba que fuera a hacerme un interrogatorio sobre mi linaje ahora que la doctora Elsie le había dicho que había olido un hechizo en mí.

Narine arrastró los pies y se agarró al alféizar de la ventana como si fuera a desmayarse.

—Mi *lady*..., no podéis... llevar pantalones para comer con el rey.

—Puedo y lo haré —le informé. No sería alguien que no era para un hombre que podía terminar matándome si descubría mi magia.

«No, gracias.»

Narine respiró hondo unas cuantas veces.

—Esto podría dejarme mal con Annabeth —dijo.

Le hice un gesto despreocupado con la mano y fui hacia el baño.

—Le diré que eres increíble y que yo te obligué a que me dejaras ponerme mi ropa favorita.

Se le escapó una sonrisa.

—¿Queréis ver el vestido antes de que lo venda?

Empecé a lavarme los dientes y asentí. Ella salió del baño y volvió con un vestido de seda rosa y morado, con flores bordadas a mano y volantes en las mangas.

Escupí en el lavabo y la miré.

—Es precioso.

Lo era. A Kendal le quedaría genial.

Sin perder la esperanza, me hizo un gesto para que lo cogiera.

—Véndelo. Y te dejaré que me peines.

Asintió con un gruñido.

—Al menos poneos un corsé sobre la túnica para acentuar la cintura. No conseguiréis un marido escondiendo esa figura bajo ropa holgada.

Al pensar en el consejo que me había dado mi madre de seducir al rey en caso de que las cosas no fueran a mi favor, caí en que Narine tenía razón.

Asentí.

Era un buen acuerdo.

Unas horas más tarde, me miré en el espejo con una sonrisa.

Me puse unos pantalones de caza ajustados de ante negro, una túnica real de seda azul corta y ajustada —nunca había visto nada igual— y una cintura de cuero negro que terminaba justo debajo del pecho. Me aseguré de que Narine no lo apretara demasiado, y hasta me agaché para comprobar que podía moverme sin problemas.

Narine me había ondulado el pelo y me había hecho una trenza sobre un hombro. Incluso dejé que me maquillara.

—Creo que habéis inventado un nuevo estilo. —Narine me miró frotándose la barbilla—. Me gusta.

Me puse las manos en la estrecha cintura.

—Me encanta. —Cogí mi cuchillo de caza, lo guardé en una funda en la cintura y Narine sacudió la cabeza.

—¡Para una comida con el rey! ¿Os habéis vuelto loca? —Me quitó el cuchillo y lo guardó en un cajón cercano.

Le saqué la lengua. Ella ya tenía un comprador para el vestido. Diez monedas de jade, sin verlo.

Llamaron a la puerta.

Narine fue a abrir y me miró afligida.

—Es Annabeth, viene a llevaros a la comida.

Asentí, consciente de que ella estaba preocupada por cómo podría quedar el hecho de que no me hubiera puesto el vestido.

Fui a encontrarme con Annabeth y la observé mientras ella analizaba mi modelito.

—¿Has visto qué traje de pantalón tan elegante? He insistido en ponérmelo. Creo que arrasará en la corte cuando sea reina —dije con acento de Jade City.

Annabeth compartió una mirada de preocupación con Narine.

—He intentado convencerla de que se pusiera el vestido —dijo Narine nerviosa.

Annabeth miró con pena a Narine, y luego me miró a mí.

—Parece... algo que se pondría Regina.

Sonreí. Menudo cumplido.

—Gracias.

Después de desearle un buen día a Narine, Annabeth me llevó por una red de pasillos hasta unas puertas dobles más pequeñas.

—Es el comedor privado del rey —dijo Annabeth, y abrió. Le echó un último vistazo a mi ropa y sacudió la cabeza.

—Buena suerte.

Intenté que los nervios no se apoderaran de mí. ¿El rey había pedido comer conmigo para investigar sobre mi magia? ¿O iba a quedar en privado con todas las mujeres para evaluar sus habilidades como esposas?

Entré en el comedor y Annabeth cerró la puerta tras de mí. Me di la vuelta y estudié la habitación. Estaba cubierta con moqueta negra y las paredes también eran negras, con el emblema del dragón dorado. Habría estado demasiado oscuro de no haber sido por la magnífica lámpara de araña y la enorme ventana abierta que daba al jardín. Era una habitación masculina que encajaba a la perfección con el rey dragón.

En el centro había una pequeña mesa para cuatro personas. De pronto, me sentí muy extraña por estar allí. ¿Habría comido ahí con la reina Amelia?

Un golpe seco llamó mi atención hacia la ventana y me acerqué para asomarme. El rey estaba tirando con arco en el jardín. Eso sí que era una cita. Busqué la puerta al jardín para unirme, pero guardó el arco y vino él hacia mí. Se abrió la puerta trasera de la habitación y entró un hombre con un carrito lleno de comida.

—Ah, hola. —Me acerqué a la mesa, pero no me senté. No quería sentarme en la silla favorita del rey ni nada por el estilo.

Un segundo más tarde, entró el hombre del momento. Llevaba una túnica de seda negra que le llegaba más abajo de las rodillas y unos pantalones de ante muy parecidos a los míos. Posó sus ojos sobre mí e hizo un repaso lento de todo mi cuerpo, antes de que una sonrisa involuntaria apareciera en sus labios.

—¿Annabeth la ha visto vestida así? —preguntó.

Asentí.

—Le ha encantado —mentí, sabiendo que él podía olerlo.

—Mentirosa.

Sonreí. Vale, estaba de buen humor. Esto iba bien.

—Gracias, Ferlin —le dijo el rey al hombre que había colocado dos platos llenos de comida caliente en la mesa.

—Las señoritas primero —dijo el rey, señalándome la silla que tenía más cerca de mí. Yo asentí, me senté y me coloqué la servilleta en el regazo.

Ferlin sacó su carrito y yo me quedé mirando el delicioso plato que tenía delante: cangrejo, patatas y una especie de ensalada verde.

—Me muero de hambre. No he desayunado —informé. Cogí el tenedor y ataqué aquella exquisitez de plato. Me esforcé en comer trozos pequeños y masticar despacio para que no me tomara por una cerdina, pero, aun así, me miraba atentamente.

Él cogió su tenedor e hizo como si escribiera sobre la mesa.

—Se niega a ponerse vestidos, come como una niña muerta de hambre... ¿Algo más que debiera saber? —me preguntó medio sonriendo.

Tuve que aguantarme la risa. «El rey es gracioso.» Me gustaba ver esa faceta suya. Cogí mi tenedor y lo imité, fingiendo que escribía en la mesa.

—Ahora mismo está saliendo con cien mujeres a la vez, solo me quiere por mi útero. —Le sonreí desafiante.

Le brillaron los ojos de alegría con mi broma.

Volvió a hacer como que escribía en la mesa.

—Sabe asumir una broma y devolvérmela.

Yo me reí.

—No pensaba que fueras un tipo divertido.

Él se encogió de hombros.

—Eres diferente a las demás. Eso me gusta. Contigo puedo relajarme.

Eso fue muy bonito. Hizo que me preguntara si habría gente en su vida con la que sintiese que no podía ser él mismo.

—No me gustan los vestidos, las flores y el maquillaje tanto como a las otras mujeres, eso es cierto —afirmé.

Él se llevó un bocado a la boca.

—¿Te gusta el cangrejo? ¿Lo habías comido antes?

—Está riquísimo. Solo lo había comido una vez, cuando vine a Jade City hace unos años.

Él pareció sorprendido.

—¿Ya habías estado aquí?

Asentí.

—Cuando la reina Amelia... Para la boda real. —Me callé al darme cuenta de lo que había dicho—. Me lo pasé muy bien. —Lo dejé así, y me arrepentí de haberla nombrado; no sabía cómo de doloroso era para él escucharlo.

Él me miró con una sonrisa lánguida mientras se llevaba más comida a la boca, pero nuestra cita cogió un tinte oscuro. Nos quedamos en silencio un tiempo y yo me sentí fatal.

—Siento haberla sacado. No lo he pensado —dije por fin.

Él hizo un gesto despreocupado.

—Tranquila. Es solo que la echo de menos. Era mi mejor amiga.

—¿Cuánto hacía que la conocías antes de casaros? —pregunté, pero no sabía si hacer esas preguntas era lo correcto.

Él tragó saliva.

—No es algo que se sepa, así que, por favor, no digas nada. Nuestros padres nos prometieron al nacer.

Ahogué un grito.

—¿Prometidos al nacer? ¿Siempre supiste que te casarías con ella?

Él asintió.

—Siempre.

«Un matrimonio concertado.» Era algo más común en el reino feérico que aquí, pero sí que ocurrían. Aun así, yo no sabía cómo me sentiría si me hubieran organizado toda la vida. La había llamado su mejor amiga, pero ¿se refería a que solo eran eso? ¿O también había amor romántico? Me ardía la lengua con preguntas sin hacer que me obligué a tragarme.

—¿Cuándo empezaste a cazar? —Cambió de tema, y yo lo agradecí.

Tragué con fuerza y el trozo de cangrejo me cayó en el estómago como una piedra.

—Cuando murió mi padre. Yo tenía nueve años.

Se quedó inmóvil.

—¿Los hombres de tu aldea no ayudaron a tu familia? Pensaba que la comunidad de Cinder Village estaba muy unida.

Yo asentí.

—Lo estamos. Nos ayudaron todo lo que pudieron, pero con mi hermana pequeña, tres bocas que alimentar y mi madre, que no quería casarse solo para conseguir comida..., acepté la responsabilidad de ser quien proporcionaba el alimento.

Colocó su mano sobre la mía y se me acumuló el calor en el estómago al mirar sus sinceros ojos verdes.

—Eso es algo muy admirable, Arwen.

Fue como si absorbieran todo el oxígeno de la habitación. Su mano sobre la mía me hacía respirar con dificultad. Y debió de darse cuenta del efecto que tenía sobre mí, porque retiró la mano un segundo después.

—¿Ya te encuentras mejor? ¿Has vuelto a tener fiebre? —Otra vez cambió de tema. Parecía un experto.

Me centré en mi cena porque no estaba segura de que mi cuerpo se fuera a ceñir al plan.

«¿Cuál era el plan? Ah, sí, ¡no enamorarte del rey!» Él no quería amor, solo quería mi útero mágico y podía matarme si descubría quién era mi madre biológica. Aun así, tenía que admitir que lo había juzgado mal. No era lo que pensaba.

—No, ya estoy bien.

—¿Sabías que te habían hechizado para ocultar tus poderes? —preguntó como si nada, pero vi cómo se le tensó el cuerpo. No terminaba de confiar en mí, y olía las mentiras, así que tenía que andarme con cuidado.

Sacudí la cabeza.

—No he tenido nada que ver con ningún hechizo. —Era la verdad, pero no respondía del todo a la pregunta.

Él pareció satisfecho con la respuesta.

—Tendré que enseñarte a controlar tus poderes a medida que se vayan desarrollando por completo. No vaya a ser que te enfades y escupas fuego encima de alguien.

Se me pusieron los ojos como platos.

—¿Crees que puedo escupir fuego? —Estaba realmente impactada solo con pensar en poder hacer algo así.

Él se encogió de hombros.

—Puede ser. En los próximos días trabajarás conmigo o con Regina para comprobarlo.

Me hundí en la silla al sentirme de pronto muy incómoda con la idea de que el rey me pidiese una demostración de mis poderes.

—No... no sé si quiero hacer eso. Nunca antes he tenido magia dragontina.

Él hizo un gesto despreocupado.

—Cuando estés lista.

Sentí el alivio por todo el cuerpo y cambiamos a una conversación más relajada: cuál había sido el animal más grande que había cazado, cuál era el suyo y nuestras armas favoritas.

—A mí me gusta mucho el arco. —Incliné la cabeza hacia donde lo había visto practicar.

—Yo prefiero la lanza —dijo, terminándose el último trozo de cangrejo.

Siguió mi mirada hasta la instalación de tiro con arco en el jardín.

—¿Quieres probar?

Me puse de pie, ansiosa.

—¡Pensaba que no me lo preguntarías nunca!

Agitó la cabeza con una sonrisa y luego me dijo que lo acompañara fuera. Una vez en el jardín, me dio un arco de tamaño mediano. Reconocí de inmediato el oro élfico.

—Me lo regaló el rey elfo cuando era adolescente —me dijo—. Creo que es de tu tamaño.

Bajé el arco y se lo ofrecí.

—No debería utilizar un regalo tan especial.

Él hizo un gesto despreocupado.

—Te queda bien —fue todo lo que dijo antes de coger un arco más grande para él.

Recorrí la suave madera de aliso con los dedos y acaricié la filigrana gravada en oro. Saqué una flecha de la cesta, coloqué el culatín en la cuerda y tiré varias veces para probar la tensión y sentir bien el arma.

Notaba que el rey me miraba cuando levanté el arco y encajé el codo, tirando hacia atrás de la cuerda. Lo alineé con el punto central de la diana de madera y respiré hondo. Reajusté la punta y sostuve la respiración hasta soltar la flecha.

Atravesó el aire y se clavó en la madera con un ruido sordo.

Justo en el centro.

Miré al rey, que asintió.

—Impresionante.

Me hice a un lado y él se colocó en la posición del lanzador.

Sacó una flecha, no tardó ni medio segundo en alinearse, y la soltó. Aterrizó un centímetro por encima de la mía. Antes de que me diera tiempo a decir nada, cogió otra flecha y la lanzó, y luego otra y otra. En treinta segundos, había soltado media docena de flechas y había dibujado un círculo alrededor de la mía en el centro.

Cuando me miró con una sonrisa burlona, puse los ojos en blanco.

—Presumido.

De su garganta salió una risa grave y profunda que me calentó el vientre.

—¿Sería una cita si no presumiera? —preguntó.

«Una cita.» Lo había llamado una cita. Mi cuerpo se enrolló como respuesta a esa palabra. De pronto, ya no estaba tan enfadada por estar compitiendo por ser su esposa. ¿Tan malo sería? Parecía un buen tipo, era guapo, divertido y sabía disparar con arco. En ese momento, me pregunté si me había invitado a comer a solas porque la doctora Elsie le había dicho que era una de sus mejores probabilidades para tener un heredero. No quería que me eligiera por mis capacidades gestantes.

—No es una cita propiamente dicha hasta que no me coma el postre —añadí bromeando.

Él inclinó la cabeza en señal de acuerdo.

—Pues vamos a las cocinas.

—Me duele un poco la tripa... ¡pero no puedo parar! —exclamé una hora después.

El rey me estaba observando lamer chocolate de mi tenedor y sus ojos me envolvían mientras volvía a sacar la lengua para comerme la última miga de tarta del cubierto.

Estábamos sentados en una mesa pequeña en la cocina, y el cocinero del Castillo de Jade nos había dado una tarta entera de chocolate y frambuesa para compartir.

Miré al rey inquisitivamente mientras disfrutaba de ese día que habíamos pasado juntos. No había sido lo que me esperaba y, sinceramente, quería más.

—¿Qué es la cosa más asquerosa que has comido?

Arrugó la cara con mi pregunta.

—Ratino.

—Ni de coña has comido ratino. —Le señalé con el dedo—. Mentiroso.

Él sonrió con facilidad, algo que parecía hacer mucho en mi presencia. Tenía los dientes muy blancos y rectos. Cuando sonreía ampliamente se le formaba un pequeño hoyuelo en la mejilla derecha.

—De verdad. Los drayken y yo nos quedamos atrapados en una cueva durante tres días en una batalla contra la reina de Nightfall hace dos inviernos. Intentaron matarnos de hambre.

¡Ostras! No pensaba que su alteza real comiera ratino; pero también era un guerrero, así que tenía sentido.

—Un ratino fue la primera presa que llevé a casa después de que muriera mi padre —le dije.

Su cara se ensombreció y asintió.

—Las punzadas del hambre no son quisquillosas, lo sé.

Bajé la barbilla.

—No lo son.

Me miró a los ojos y sentí emociones encontradas. Mentiría si dijera que no disfrutaba de su compañía. No me gustaba el sentimiento del deber por darle un heredero, pero no podía seguir engañándome...: me gustaba.

Extendió la mano y me cogió un mechón de pelo rubio para ponérmelo detrás de la oreja, y sentí un escalofrío por la espalda. Su mano se quedó quieta y me acarició la mejilla con dos dedos. Se me cerraron los párpados,

pero en ese momento la puerta se abrió de golpe y nos sobresaltó a los dos. El rey retiró la mano y mis párpados se abrieron.

—Mi lord, hay una emergencia en Grim Hollow —dijo un guardia.

El rey me miró una vez más.

—Gracias por comer conmigo, Arwen.

Yo asentí, todavía sintiendo sus dedos sobre mi mejilla, aunque ya no estuviera tocándome. También quería darle las gracias y preguntarle qué estaba pasando en Grim Hollow, pero para cuando recuperé el sentido ya se había ido y me había dejado completamente confusa.

10

Esa noche era la primera vez que me arreglaba para un baile de bienvenida y para conocer al rey «oficialmente». No había sabido nada de él desde nuestra cita de hacía unas noches. Tenía la esperanza de que esa noche no hubiera tantas mujeres como para que no tuviese tiempo de hablar conmigo. Esos últimos dos días no había podido parar de pensar en la sensación de mi mejilla cuando sus dedos la acariciaron.

—¡Ha llegado vuestro vestido! —trinó Narine desde la entrada cuando una ayudante de la modista entró con el vestido verde esmeralda más bonito que yo había visto jamás. Brillaba con la luz, tenía un corsé ajustado y una cintura que parecía una campana.

Era para una reina.

Me había comprometido con Narine. Para los grandes bailes con el resto de chicas, me pondría los vestidos; pero si tenía alguna cita o para pasearme por el castillo, llevaría pantalones.

—¡Por Hades! —grité cuando la costurera lo dejó sobre el sofá y me hizo una reverencia antes de salir.

Miré a Narine.

—Por esto te darán bastante dinero, ¿no?

Ella sonrió.

—Ya tengo un comprador por veinte monedas de jade.

Todos los días me daban ropa nueva, como si repetir modelito fuera un crimen. Algunos de los vestidos de algodón me los había quedado para mi

madre y Adaline. A mí me gustaban mis pantalones y túnicas de seda. La modista me había hecho cuatro pares, y me los ponía siempre que pudiera evitar ponerme un vestido.

—Tendré cuidado de no mancharlo —le prometí.

Ella me miró entonces con una mirada seria.

—Nunca olvidaré todo esto. A este ritmo, ¡tendré la boda de mi hermana pagada para la próxima luna!

La miré con una sonrisa genuina en la cara.

—¡Me lo voy a probar!

Nunca me había interesado demasiado la moda, pero no me importaba lucir como una reina durante unas horas. Iba a disfrutar mi tiempo en Jade City para tener muchos recuerdos divertidos con los que volver a casa.

El pensar en volver a casa ahora, después de mi cita con el rey, me producía un pinchazo de tristeza en el corazón.

—He estado practicando trenzas con Mida, otra criada. Tengo una idea que me gustaría probar en vuestro pelo con unas cuantas piedras de jade que le he pedido al joyero real. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó un saquito.

—¡Qué divertido! Haz lo que quieras —le dije mientras ella desabrochaba la espalda del vestido.

Me quité la ropa —ya me sentía cómoda desnudándome delante de Narine; me había ayudado a bañarme muchas veces—. Narine me dijo que levantara los brazos y deslizó el vestido sobre mi pequeño cuerpo. El interior estaba forrado de seda para que la tela brillante no me picara.

—Coged aire —dijo Narine.

Yo fruncí el ceño.

—¿Para qué?

Tiró de la cuerda del corsé y de pronto se me aplastaron las costillas.

—Aah. —Cogí aire para ensanchar el pecho y ella lo aflojó un poco, riéndose.

—Lo has disfrutado —le dije de broma.

—Solo un poquito.

Después de vestirme, me hizo prometer que no me miraría en el espejo, y me acercó un viejo libro para leer mientras me peinaba.

Yo leía muy despacio —nunca había tenido la oportunidad de leer novelas enteras—, pero para cuando terminó de peinarme, me había leído seis capítulos de una fantasía apasionante sobre un hombre lobo y un demonio de las sombras que se enamoraban.

—¿Quién ha escrito esto? —pregunté mirando la portada de cuero.

Tenía las iniciales J. E. grabadas en oro.

—Vive en el pueblo, es de alta cuna —dijo Narine, y me dio un golpecito en el hombro—. ¿Lista para mirar?

Dejé el libro bocabajo para poder retomarlo por donde lo había dejado y asentí.

Tuve que andar muy despacio para no caerme al colocarme ante el espejo. Cuando me vi, me quedé muda durante un segundo, porque no reconocía a la mujer que tenía delante.

—Estoy superlimpia —exclamé, porque en mi vida había visto mi piel, mis uñas y mi pelo tan impecables.

Narine se rio.

—Estáis más que eso. Estáis preciosa.

Me quedé mirándome unos instantes y ahogué un grito cuando vi el entramado que había conseguido hacerme en el pelo. Era como si me hubiera trenzado una red en la coleta con pequeñas joyas esparcidas.

—¡Eres una artista! —exclamé.

Narine se sonrojó.

—Qué va. Solo me gusta ser creativa.

Puse los ojos en blanco.

—Eso es lo que hacen los artistas.

Después de ponerme un poco de maquillaje, nos fuimos para el salón de baile principal, donde nos iban a servir la cena.

Todas las chicas con las que me crucé me dijeron algo bonito del pelo, y todas las veces Narine sonrió orgullosa. Kendal llevaba un vestido de fiesta rojo impresionante que le quedaba genial con el pelo. Nos sentamos juntas y empezamos a charlar enseguida. Las chicas se habían enterado de que había estado enferma hacía unos días, pero no sabían qué había tenido.

—¿Estás mejor de la fiebre? —me preguntó Joslyn, la chica de Grim Hollow.

Parecía que ella y Kendal se habían hecho muy amigas. Esa noche se había puesto un vestido dorado con cuentas negras que complementaba su piel dorada y su pelo oscuro.

Sonreí.

—Sí. Gracias.

Empezaron a aumentar los murmullos en la sala. Me volví y vi que el rey acababa de entrar. Estaba devastadoramente guapo en su uniforme de cuero negro de la Guardia Real. Escaneó a la multitud con ansia y sus ojos se detuvieron en mí.

Me tensé cuando sus pupilas brillaron amarillas durante una milésima de segundo. Se inclinó para susurrarle algo a Regina, que estaba a su lado, y ella asintió y se marchó.

Tragué saliva, porque no sabía si le había dicho algo sobre mí o no. Desde luego, parecía que sí.

—Siento mucho haber estado tan ausente estos días. —Su voz resonó por toda la sala y todo el mundo se quedó en silencio—. Ha habido una escaramuza en la frontera, pero ya nos hemos encargado y está asegurada.

Hubo un suspiro colectivo y luego él continuó:

—Me encantaría poder conoceros a todas personalmente y elegir a mi esposa basándome en la compatibilidad... —Hizo una pausa—. Pero eso no me ayudará a conseguir el resultado que deseo, que es un heredero sano.

Se hizo un silencio sepulcral. Nadie se esperaba esa sinceridad, o al menos yo no.

—Quiero que todas disfrutéis de la comida. Iremos llamándoos en grupos de cinco para poner a prueba vuestra magia. Si mis médicos opinan que vuestra magia dragontina no es suficiente, os marcharéis a casa con el pago acordado de todo el mes.

La habitación estalló en bocanadas de sorpresa y susurros. Kendal, Joslyn y yo nos miramos recelosas. Era evidente que el rey tenía prisa, y muchas de las chicas se lo estaban pasando muy bien jugando a los disfraces, pero parecía que la diversión se había acabado. Yo no sabía si manifestar o no la magia suficiente para quedarme durante la prueba. El rey acababa de decir que me darían mis quinientas piedras de jade, me quedara o no el mes entero. Le daría algo a Narine para ayudarla con la boda de su

hermana y me llevaría el resto para mi madre. Pero... ¿quería irme a casa? ¿No volver a verlo jamás? O peor, ¿ver cómo se casaba con otra? Puede que fuera mejor que la alternativa: manifestar demasiada magia y que descubriera quién soy de verdad; una pura sangre con, aparentemente, magia suficiente como para hacerle daño. ¿No era eso lo que había dicho mi madre?

Después de haber pasado tiempo con el rey, estaba segura de que no me haría daño si descubría quién era.

«¿Verdad?»

11

Fue una noche preciosa que recordaría para siempre. Era tal y como me imaginaba que sería la boda de alguien de alta cuna. Había cuatro conjuntos de música de cuerda, un bufet inmenso de comida, baile... Fue mágico. Excepto porque Regina estuvo apartando grupos de cinco chicas de los que volvían o una o ninguna. La sala empezaba a vaciarse y Kendal y yo no podíamos bailar más. Las expectativas de lo que se avecinaba nos tenían al límite.

—¿En qué crees que consistirá la prueba? —pregunté, pero Joslyn me mandó callar.

—¿Lo pasáis bien, señoritas? —La voz del rey resonó detrás de mí y me puse nerviosa.

—Sí, mucho —dijo Joslyn embobada.

—Es un evento precioso —respondió Kendal.

—¿Y tú, Arwen? —me preguntó.

Me giré en mi silla y señalé mi plato vacío.

—La comida está exquisita.

—¿Me concedes un baile? —preguntó con la mano extendida.

Me quedé helada y empecé a sudar. «¿Bailar con él? ¿Por qué?» Él no había bailado con nadie más.

Miré a Kendal, que tenía los ojos como platos, como diciéndome que no se rechaza un baile con el rey.

Me puse de pie.

—Eh, claro, pero te aviso: soy un pato mareado. —Acepté su mano y dejé que me llevara a la pista de baile. La cabeza me iba a mil.

Me miró con curiosidad y sus ojos se detuvieron en mis labios. Tragué saliva con fuerza para humedecerme la garganta. Bailar de forma salvaje y libre con Kendal era una cosa, pero bailar agarrada con el rey de Embergate era otra historia.

Me sostuvo por la cintura y me cogió la mano mientras nos balanceábamos de un lado a otro al ritmo de la música. Me costaba respirar estando tan cerca de él, con su cuerpo ligeramente presionado contra el mío. Notaba sobre mí los ojos de todas las personas que había allí y, aun así, me parecía muy natural. Sentía que había nacido para estar entre sus brazos y no quería soltarlo.

Se inclinó hacia mi oreja y me dijo:

—Estás arrebatadora.

Me dio un vuelco el estómago.

—Gracias. ¿Cómo fue el problema en Grim Hollow? —pregunté.

Él me miró.

—Fue la reina de Nightfall. Perdí varios hombres, pero ellos perdieron más.

Eso era un alivio.

—Háblame de tus padres —me preguntó de pronto.

Yo me tensé un poco, pero luego sonreí para cubrir los nervios.

—Mi padre trabajaba en la mina de Cinder Village. Iba a beber a la taberna todos los fines de semana, y allí conoció a mi madre. Era la camarera.

Él me miró fríamente, como si estuviera buscando alguna mentira en lugar de tener un interés real en lo que le estaba diciendo.

—Y me dijiste que tu padre era un cuarto dragontino, ¿verdad?

Le solté la mano y di un paso atrás, como si me hubiera quemado.

—¿Me estás interrogando o quieres conocerme? —voceé, lo cual provocó que varias chicas que había cerca se volvieran a mirarnos.

Se le empezaron a poner las mejillas rojas y se acercó a mí para volver a abrazarme, esta vez con más énfasis que antes. Presionó la mano en mi

espalda, apretando su estómago contra el mío. Se inclinó hacia mi cuello y me susurró al oído:

—Solo quiero averiguar cómo es posible que una chica que afirma ser un cuarto dragontina explote como una bomba mágica en uno de mis baños. Una chica que me gusta e interesa mucho.

Sentí un escalofrío por la espalda por su tono acusatorio, pero también por el aliento cálido que me recorrió el cuello y por la declaración de que yo le gustaba.

Aun así, no pude evitar sentir mucha rabia en mi interior, y me eché hacia atrás para mirarlo.

—¿Por qué no te hago yo alguna pregunta a ti?

Sus ojos pasaron de verdes a amarillos.

—¿Por qué deseas tanto un heredero como para cortejar a cien mujeres a la vez, cuando tu mujer acaba de morir hace apenas un invierno?

Su cara se transformó de pronto en una máscara de terror y me arrepentí enseguida de mis palabras. Sus manos cayeron de mi espalda y dio un gran paso hacia atrás para apartarse de mí.

—Mi lord, siento...

Él me hizo un gesto condescendiente con la mano y se dio la vuelta. Se marchó del salón y yo recé al Creador para que me tragara en un agujero gigante para no tener que volver a verlo después de algo tan hiriente. ¿Por qué lo había hecho?

Miedo. Tenía miedo de gustarle, porque supondría que podría estar de verdad en la competición por ser su esposa. Y si la advertencia de mi madre era real..., tenía que evitarlo a toda costa.

Volví enfurruñada a mi sitio, donde Joslyn y Kendal me miraron nada más sentarme.

—Bueno, ¿qué ha pasado? —preguntó Kendal—. Parece que se ha ido dolido.

Yo sacudí la cabeza, indicándole que no quería hablar del tema, y cogí mi plato. Iba a comer dos trozos más de tarta. Así, cuando el rey me mandara a casa, tendría el estómago lleno.

La noche se me empezó a hacer eterna. Solo quería volver a mi habitación y dormir. Pero parecía que Regina se había propuesto elegirme la última. Cuando por fin entró en el salón y nos hizo un gesto a Kendal, Joslyn y a mí, suspiré de alivio. Lo único que quería era acabar con aquello y entrar en un coma inducido por tarta de chocolate. Me estaba arrepintiendo del tercer trozo.

Me levanté con las otras chicas y caminé con las piernas temblorosas hasta la puerta, donde nos esperaba Regina.

Parecía tan cansada como yo. Debía de ser casi medianoche, pero quedaba claro que el rey tenía mucha prisa por encontrar a su próxima esposa, así que habían apresurado todo el proceso. A mí no me importaba. Después de lo que le había dicho, tendría suerte si no me colgaba en la plaza del pueblo.

Regina nos sonrió a las tres y luego nos hizo un gesto con la cabeza para que la siguiéramos.

¿Le habría contado el rey lo que le había dicho? Si era así, me sentía muerta de vergüenza. ¿Quién le hablaba así a la realeza? ¿Qué me pasaba? Lo peor era que me gustaba. Le había dicho algo horrible a alguien que me gustaba y ahora me sentía como una mierda.

Seguimos a Regina por un pasillo muy largo hasta otro par de puertas.

Se me había creado una bola de nervios tan grande que, cuando las abrió y apareció el rey de pie al final de la habitación, grité un poco.

Los tres pares de ojos cayeron sobre mí, y tragué con fuerza.

—Me ha parecido ver una araña —expliqué.

«Relájate, Arwen. Va a ir todo bien.»

Entramos en la sala y me impactó la cantidad de gente que había. Media docena de olfateadores, varios guardias reales, la doctora Elsie y un anciano con un libro encuadernado en cuero. Estaban todos de pie junto a la pared y en el centro de la sala había un cristal azul hielo sobre un pedestal de piedra blanca. Cogí aire y el olor del humo me golpeó en la nariz; entonces vi las marcas chamuscadas.

—Kendal, por favor, acércate y toca la piedra reveladora —dijo Regina. Kendal me miró con miedo.

Ser la primera era una mierda.

Yo la miré y asentí para apoyarla, mientras mi mente mascaba las palabras «piedra reveladora». ¿Revelaba el alcance de nuestros poderes? Yo esperaba por Hades que no fuera así. Sobre todo después de que mi hechizo se hubiera agotado por completo, o lo que quiera que hubiesen sido la explosión y la fiebre en el baño.

El anciano abrió el libro de cuero por una página concreta y luego miró a Kendal fijamente. Mientras tanto, los olfateadores levantaron las barbillas y abrieron los agujeros de la nariz, como si esperaran un tufillo a magia.

Todo aquello daba muy mal rollo. Quería salir corriendo. Pensaba que el hecho de que los olfateadores hubiesen ido a mi aldea había sido lo máximo de las pruebas mágicas, pero esto me resultaba mucho más intrusivo.

En mi cabeza, la advertencia que me había hecho mi madre resonaba como una trompeta:

«Corre. Corre. Corre».

Como si hubiese sentido mi pánico, Regina se colocó detrás de mí y yo me quedé allí, paralizada, sin poder huir.

Los tacones de Kendal se escucharon por toda la sala cuando se acercó a la piedra y se detuvo delante de ella. Extendió las manos mirando al rey.

—¿Solo tengo que tocarla?

El rey Valdren parecía cansado.

—Sí. La piedra presentará un ejemplo más potente de tu poder para que podamos evaluar tu habilidad para gestar un hijo que se transforme en dragón.

Su voz sonaba muy monótona. Era evidente que no estaba disfrutando.

Kendal se mordió el labio inferior y agarró la piedra. Sus manos estallaron con unas llamas naranjas en una circunferencia de un metro y yo ahogué un grito. Kendal nunca había mostrado tanta magia. Esta piedra debía poner tus poderes al límite.

Eso me asustó muchísimo. Si ya había explotado en el baño, ¿qué me haría hacer esta piedra?

Kendal volvió la cabeza y me miró con orgullo, y yo le levanté el pulgar, pero también pillé al rey mirando a la doctora Elsie, que negó con la cabeza.

Regina se acercó a ella con el ceño fruncido.

—Gracias, Kendal. Acompáñame.

Un momento... ¿Por qué la doctora había sacudido la cabeza? ¿Significaba que Kendal se iba a casa? Quería preguntar, pero ya había puesto a prueba mi suerte aquella noche, cuando le dije al rey que se iba a casar demasiado pronto después de la muerte de su adorada esposa.

Regina volvió y me pregunté adónde habría llevado a Kendal.

—Joslyn. —Le hizo un gesto para que se acercara y se me olvidaron todas las preocupaciones por Kendal.

¡Me estaban dejando para el final! Eso era muy cruel. Quería acabar con esa estupidez cuanto antes. Joslyn avanzó con una sonrisa confiada y agarró la piedra azul sin dudarlo.

Unas infernales llamas naranjas de dos metros de alto salieron disparadas hacia el techo, y todo el mundo dio un paso atrás entre «oooohs» y «aaahs».

Miré al rey, que estaba evaluando a Joslyn, recorriéndole el cuerpo con los ojos con mucha más atención que antes.

Miró a la doctora Elsie, que asintió con entusiasmo.

Regina parecía aliviada cuando se acercó y urgió a Joslyn a salir de la sala. Cuando volvió, todas las miradas se volvieron hacia mí.

«Hades. No quiero hacerlo.»

La doctora Elsie se inclinó hacia la oreja del rey y le susurró algo. Él la miró con sorpresa y carraspeó.

—Dad todos cinco pasos hacia atrás, por favor —ordenó.

Todo el mundo se quedó mirándolo con incredulidad, yo incluida.

¿Creía la doctora Elsie que iba a volver a explotar? ¿Como en el baño? Porque eso solo ocurrió aquella vez al romperse el hechizo que ocultaba mis poderes..., ¿verdad?

Ya estaban todos al fondo de la habitación y se alejaron aún más, hasta que tocaron la pared con los talones. Era de chiste que mi magia pudiera llegar tan lejos.

—Estamos todos muy cansados, señorita Novakson. Por favor, empiece. —El rey tenía la voz entrecortada, y la vergüenza me quemó las mejillas. Quería disculparme por lo que había dicho en la pista de baile, pero ahora no era el momento. Intenté retrasar lo inevitable dando pasos cortos y

cautelosos hacia la piedra. Mientras tanto, el consejo de mi madre no paraba de resonar en mi cabeza.

«Si crees que va a descubrir tus poderes, haz que se enamore de ti.»

Se me fueron los ojos hacia el rey, que me miraba fijamente, como si estuviera deseando enviarme de vuelta a casa, y suspiré.

Puede que el amor ya no estuviera sobre la mesa; lo había fastidiado. Pero ¿igual todavía me dejaba formar parte de la Guardia Real?

Ni de coña.

A medida que me acercaba a la piedra, el vello de los brazos se me puso de punta y me costaba respirar. Era casi como si estuviera caminando sobre el agua o sobre un montón de arena. El aire estaba denso de poder; cuanto más me acercaba a la piedra, más me costaba respirar. ¿Las otras chicas también habían sentido esto? Si era así, no lo habían mostrado.

Estiré los dedos. Sentí una corazonada a centímetros de la piedra. Todas las células de mi cuerpo me decían que corriera. La única otra vez que había sentido algo así fue justo antes de que un enorme osorino negro me persiguiera durante cinco kilómetros río abajo.

Dudé y miré al rey, que me observaba con sospecha. Entonces, mi mirada se desvió hacia Regina, que estrechó los ojos. Si me negaba, ¿me atacarían? ¿Me obligarían? Me asusté por primera vez desde que accedí a todo aquello.

«Tengo que hacerlo.» Ahora deseaba haber hecho lo que me mi madre me había aconsejado: provocar que el rey deseara mi cuerpo, porque nada iba a salvarme en ese momento si la cosa esa mostraba de dónde venía mi auténtico linaje.

«Protégeme, Creador», recé, y agarré la piedra.

En cuanto la toqué, supe que había cometido un terrible error.

Un poder puro y sobrenatural me rasgó todo el cuerpo, y me consumí en unas llamas azules. El calor envolvió toda mi piel, el fuego azul estalló hacia fuera y la sala se llenó de gritos. Un dolor insufrible me desgarró los hombros como si algo tirara de mí hacia atrás.

Me tambaleé, las llamas se iban desvaneciendo, y miré por encima del hombro para ver qué había tirado de mí. Al ver dos alas de dragón azules, ahogué un grito. Miré a mi alrededor en busca de los ojos del rey Valdren.

El rey me miraba fijamente, completamente impactado. El anciano con el libro de cuero fue corriendo hacia él y le susurró frenético al oído. Yo empecé a llorar, asustada por lo que estaba pasando, por lo que todo esto significaba, y la doctora Elsie se acercó a mí.

—¡No! —El rey bloqueó el paso a la doctora Elsie y miró a sus guardias —. Agarradla —dijo.

«¿Qué?»

—¿Mi lord? —Regina parecía confusa, y sus guardias dudaron.

—¡AGARRADLA! —rugió el rey Valdren, y su nariz empezó a soltar humo.

La traición y el impacto de lo que dijo me atravesaron el corazón.

Dos guardias corrieron hacia delante y me cogieron por debajo de los hombros mientras yo seguía llorando y temblando de miedo.

¿Qué estaba pasando? ¿Cómo era posible que hubiera alas en mi espalda? ¿Por qué mi fuego era azul y no naranja como el de todos los dragontinos?

—Mi lord, está asustada. No sabe qué significa —le imploró la doctora Elsie.

Yo lo miré, rogándole piedad con los ojos, pero él me miró con furia.

—Lo primero que me dijo era mentira. Ya no puedo confiar en ella.

Me había estado mintiendo a mí misma hasta entonces pensando que mi cita con él podía haberlo ablandado. Parecía que quisiera quemarme viva.

Los guardias me arrastraron y yo no me molesté en corregir lo que acababa de decir. Tenía razón.

12

Estaba tumbada en el petate dentro de la celda que estaba debajo del castillo. Lejos quedaba el precioso palacio de jade con incrustaciones doradas. Ahora estaba rodeada de piedra gris y húmeda. Se acabaron las tartas de chocolate y los bailes elegantes; había pasado las últimas veinticuatro horas aliviándome en un orinal con ese ridículo vestido puesto que ya estaba completamente estropeado. Las alas de dragón azules que habían brotado de mi espalda ya se habían ocultado para cuando los guardias me llevaron allí abajo. Regina me había ido a ver un momento para decirme que el rey me estaba investigando por deslealtad.

Parecía arrepentida por tener que decir esas palabras, y luego se marchó. Las primeras doce horas lloré llena de rabia. Luego se me secaron las lágrimas y dejaron paso a la ira. En aquel momento estaba dispuesta a matar a alguien.

«Cómo. Había. Podido.»

«Lo único que hice fue un comentario impulsivo sobre que se estaba casando demasiado pronto, luego me brotaron unas alas y, de pronto, ¿soy desleal?»

Si lo que mi madre había dicho era verdad, que mi magia era una amenaza para él, entonces no era culpa mía y yo no podía hacer nada. Ya no iba a acobardarme ni a lloriquear delante de él. Cuando me llevara a la plaza de la ciudad para sentenciarme, no dejaría caer ni una lágrima ni agacharía la cabeza.

No iba a pedir perdón por haber nacido.

El sonido de unos pasos llamó mi atención. ¿Otra bandeja de comida? ¿O quizás Regina para revelarme mi destino?

Me puse de pie, me sacudí el vestido polvoriento y levanté la barbilla con orgullo.

Cuando el mismísimo rey apareció delante de los barrotes, no pude evitar el pequeño gruñido que me rasgó la garganta.

Tragó con fuerza, analizándome, recorriéndome el pelo con los ojos y mirando luego el vestido desaliñado y mis pies descalzos.

—Me gustaría interrogarte. Si me dices la verdad y no mientes ni una sola vez, te perdonaré la vida.

—¿Perdonarme la vida? —grité como un gatino salvaje—. ¿Qué narices he hecho para merecer morir?

Sus ojos se estrecharon para analizarme más detenidamente. Miró a la derecha, a alguien a quien yo no veía, y asintió.

—Abre las puertas.

El corazón me latía con fuerza en el pecho cuando Regina apareció en mi campo de visión y desbloqueó la puerta.

—Lávate y ven a verme a mi despacho. Recuerda: exijo que me digas la verdad, Arwen —declaró, y se marchó con el repiqueteo de sus botas.

A Regina la siguieron dos guardias y, detrás de ellos, mi criada: Narine.

No pude evitar que se me escaparan las lágrimas cuando la vi. Vino corriendo hacia mí para abrazarme.

—Siento mucho haber manchado el vestido —le susurré al oído.

Ella se apartó y me miró impactada.

—¡Me da igual el vestido! ¿Estáis bien?

—Vamos, podréis hablar mientras se baña —dijo Regina, metiéndonos prisa y mirando a los guardias.

Yo asentí y seguí a Narine por una red de escaleras y pasillos hasta que llegamos a mi habitación, donde había dos guardias custodiando la puerta. Regina se quedó en el salón y Narine y yo fuimos al baño.

En cuanto nos quedamos solas, sentí una cascada de emociones que me abrumaron.

—¿Kendal está bien?

Narine asintió.

—La han mandado a ella y a la mayoría de las otras chicas a casa hoy mismo, con un saco de monedas y comida extra. Está de camino a Ceniza en un carruaje.

Eso era un alivio.

—¿Sabe lo que me ha pasado?

Narine sacudió la cabeza.

—Me dijeron que les dijera a todas que no os encontrabais bien. Que volvíais a tener fiebre.

Bien. No quería que le dijera nada a mi madre. Mientras Narine me preparaba el baño, nos pusimos las dos a deshacer el precioso peinado que me había hecho, dejando las joyas en la encimera para devolvérselas al joyero de palacio.

Estuvo callada durante todo un minuto, hasta que por fin preguntó:

—Mi *lady*..., ¿qué ha pasado? ¿Deslealtad?

Claro. No se lo habían dicho. Por supuesto.

Me encogí de hombros.

—Le hice un comentario sobre casarse demasiado pronto después de la muerte de su mujer y luego hice una especie de prueba mágica en la que me brotaron unas alas azules de dragón de la espalda, y me metió en el calabozo.

Se quedó rígida.

—¿Os transformasteis?

—Supongo. No realmente, solo las alas, ¡y no lo hice a propósito! —prometí.

No se movió. Tenía las manos paralizadas en mi pelo y me miraba con una expresión de asombro total.

—Solo la realeza pura sangre puede transformarse.

«Realeza pura sangre.»

Mi madre me había dicho que la mujer que me dio a luz era de alta cuna, pero no que fuera de la realeza, ¿no? Eso la convertiría en reina, y cuando yo nací la única reina viva era la madre del rey Valdren, que, evidentemente, no huyó ni tuvo una hija secreta ni murió en el parto.

Ay, Hades, si resultaba que yo era la hermana perdida del rey Valdren iba a vomitar.

Por la mirada confusa que tenía, parecía que Narine me había leído el pensamiento. Me acompañó hasta la bañera y me ayudó a desvestirme.

—Habéis oído hablar de la reina perdida, ¿verdad? —me preguntó, apenas susurrando.

¿«La reina perdida»?

Sacudí la cabeza. No sabía si la piel de gallina en mis brazos era por su historia o por mi desnudez. Me metí en la bañera, incapaz de disfrutar de verdad del baño con mi vida en la cuerda floja.

Narine empezó a lavarme el pelo.

—Hace unos siglos había dos familias de dragones reales. Embergate también estaba dividida en dos territorios, y cada una de las familias reales abarcaba una parte. Grim Hollow y Jade City eran el hogar del clan dragón Noche Oscura, que es el del rey Valdren. Y Gypsy Rock y Cinder Mountain eran del clan dragón Eclipse.

¿«El clan dragón Eclipse»?

¿Por qué no había oído nunca esa historia? Probablemente porque estaría sacada de algún libro de historia sofisticado que no había llegado a Cinder Village. Pero, aun así, una pensaría que se contaría de boca en boca.

—No tenía ni idea —le dije.

Ella asintió.

—Está prohibido hablar de ello. Mi madre me lo contó cuando yo era muy pequeña.

¿Estaba prohibido hablar de una historia? No me parecía bien.

—¿Qué le pasó a la otra familia real? —Lo último que quería era saber la respuesta a esa pregunta, pero la hice igualmente.

Ella miró a la puerta, al otro lado de la cual estaba sentada Regina.

—La reina del clan Eclipse le declaró la guerra al clan de la Noche Oscura y los mató prácticamente a todos. El porqué no lo sé.

Sentí cómo se me drenaba la sangre de la cara.

—¿La reina de Eclipse?

Ella asintió.

—La reina de Cinder Mountain. Tenía un tipo de magia especial. La llamaban «la asesina de reyes». Era capaz de robar la magia de otros dragontinos y mezclarla con la suya para convertirse en todopoderosa.

Mi corazón debió detenerse, porque ya no lo sentía. Solo sentía... entumecimiento y... sorpresa. Tanta sorpresa que, por un momento, me olvidé de respirar.

No. Que no sea verdad. «Que sea mentira», recé.

Narine continuó, prácticamente susurrando.

—Cuando la reina del clan Eclipse intentó matar al rey del clan de la Noche Oscura, que en aquel momento era el tatarabuelo del rey Valdren, perdió. Pero se dice que su hija huyó y se escondió en los acantilados de Gypsy Rock con su marido. Y que el linaje real continuó.

El corazón me latía con intensidad.

—¿A qué te refieres?

Narine se mordió el labio inferior y me miró.

—Me refiero, mi *lady*, a que creo que sois la reina perdida del clan Eclipse.

El corazón se me hundió en el estómago y no era capaz de hablar. ¿Cómo? No podía ser. ¿Una reina? Tenía que ser una broma.

Negué con la cabeza y me reí nerviosa.

—Es un buen cuento para niños, sin duda —murmuré—. Además, solo me han salido alas.

Narine miró al suelo.

—Esta vez —masculló.

¿Qué significaba eso? ¿Que la próxima vez me transformaría por completo? No podía soportarlo más. En un intento de escapar de la conversación, hundí la cabeza en el agua.

Me vino a la cabeza el recuerdo de las alas colgando de mi espalda y sopesé la historia de Narine. Encajaba más o menos con la de mi madre. Que la mujer que me dio a luz había huido de una batalla, que estaba cubierta de sangre, y dijo que habían asesinado a toda su familia, ¿no? Puede que, hace dieciocho inviernos, cuando nací, el rey dragón de aquella época la encontrara y los matara a todos. Intenté recordar palabra por

palabra lo que me había contado mi madre, pero con tanto estrés no lo conseguía.

Pero había dos cosas que sí recordaba...

Mi madre biológica había dicho que asesinaron a su familia por la magia que tenían.

Y había dicho que me matarían a mí si desarrollaba esa magia.

Pronto necesitaría aire, pero no quería salir del agua y de la seguridad de su abrazo. Aguanté otro instante, pero luego emergí y cogí aire, aliviada al ver que Narine me había dejado sola. Había ropa limpia doblada en una silla frente a la ventana.

Puede que ese fuera el último baño que me daba. El rey Valdren había tenido un pequeño detalle al permitir que me aseara antes de mi interrogatorio, pero sabía a lo que estaba a punto de enfrentarme. El rey podía oler las mentiras, por lo que ese interrogatorio iba a ser una bomba de verdades de proporciones épicas que haría que me mataran, sin duda.

Yo tenía una sola cosa que él deseaba: mi útero; así que tenía que rezarle a Hades para que quisiera con tanta ansia un heredero que antepusiera mis capacidades para gestar a acabar con mi vida.

Había llegado el momento de hacerle caso al consejo de mi madre y hacer que se enamorara de mí. Fuera posible o no.

Cuando salí del baño, Narine miró la túnica sin abotonar y sonrió. La había dejado abierta solo para mostrar un poco el canalillo. También me había dejado el pelo suelto y ondulado porque en alguna ocasión había oído decir a los hombres de la taberna que les gustaba así. No me enorgullecía de lo que estaba haciendo, pero estaba lo bastante desesperada como para hacerlo. Necesitaba que el rey me viera como algo más que una amenaza, que era lo único que era en ese momento.

«Una asesina de reyes.»

Sobre todo después de lo que me había contado Narine. Si eso era cierto y mi tatarabuela casi había acabado con todo su clan, yo estaba en grave peligro.

Me despedí de Narine con la mano y ella me ofreció una sonrisa nerviosa de ánimo. Regina se puso de pie con una cara vacía de emociones y me hizo un gesto para que la acompañara. Necesitaba aliados si quería salvar mi vida, y Regina ya había sido amable conmigo antes.

—¿Deslealtad por tener alas? ¿Cómo es posible? Ni siquiera sabía que podía hacer eso hasta que hice esa prueba —le dije mientras salíamos de la habitación.

Ella mantuvo la cabeza al frente y no dijo nada.

—¿Te ha contado lo que hice en Gypsy Rock? ¿Que maté a un guerrero de Nightfall montada en su espalda? ¡Lo protegí! —grité.

Ella se detuvo y me miró. Sentí los latidos del corazón en la garganta.

—He luchado muchas batallas junto al rey. Es un hombre que no toma decisiones irracionales. Confío en que tiene sus motivos para trataros... así —explicó. Y siguió caminando.

Vale, no me había dicho precisamente que sería mi aliada, pero me servía.

El camino hasta la sala de tortura o adonde quiera que me llevaran era largo. Pasamos por una biblioteca, las cocinas, dos salas de entrenamiento y, por fin, llegamos a un par de puertas.

Respiré temblorosa cuando Regina llamó con los nudillos.

Me volví hacia ella con una desesperación repentina.

—Si me mata, dile a mi madre y a Adaline que las quiero.

Ella parecía afligida, como si la idea del rey matándome fuera absurda. Pero había estado veinticuatro horas encerrada y me iban a interrogar por deslealtad, así que ella asintió y la puerta se abrió.

El rey estaba de pie con su armadura de batalla y la mandíbula apretada.

—Gracias, Regina. Puedes esperar aquí.

Ella asintió.

—Sí, mi lord.

Él abrió del todo la puerta. Detrás de él vi una sola silla en el centro de la habitación. Se me escapó un pequeño gemido y me lo tragué al entrar en la sala. La puerta se cerró detrás de mí y miré a mi alrededor. No había ventanas, solo cuatro apliques en la pared que ardían con llamas de dragón naranjas.

—Siéntate —me ordenó, y tragué saliva con fuerza al tiempo que tomaba asiento.

Levanté la cabeza para mirarlo de frente y él caminó hacia mí, con la cara bañada por el brillo naranja de las llamas. No parecía tan enfadado como esperaba, más bien curioso.

Cuando sus ojos se detuvieron en mi túnica abierta, no pude evitar sonreír victoriosa para mis adentros. Poniéndose justo en frente de mí, estiró la mano y yo me quedé quieta. Agarró la túnica y empezó a abotonarla.

—Buen intento, pero hace falta algo más que una mujer bonita para distraerme —dijo, y volvió a dejar caer mi blusa sobre el pecho.

La vergüenza me quemaba las mejillas. ¿Sabía cuál era mi plan?

¿Me acababa de llamar bonita?

—Acabemos con esto. No he hecho nada.

Me crucé de brazos y lo miré con furia. Jamás iba a olvidar que me había obligado a usar un orinal durante las últimas veinticuatro horas, como si estuviera enferma en un hospital.

Él se quedó de pie delante de mí, lo cual destacó la diferencia de altura.

—Eso lo determinaré yo. —Sus ojos brillaron amarillos—. A ver: cuéntame todo lo que sepas de tu poder, y si no mientes, puede que recupere la confianza perdida contigo.

«¿Confianza perdida?» Apenas lo conocía.

Lo miré con el ceño fruncido.

—¿Por qué no me cuentas tú también todos tus secretos para ganarte mi confianza?

Él estrechó los ojos.

—No necesito tu confianza.

Eché la cabeza hacia atrás y me reí.

—Claro que sí, si quieres poner un hijo en mi vientre. —Me agarré el vientre. Sus ojos brillaron como el sol y sus mejillas se tornaron ligeramente rosas.

Se aclaró la garganta y una pequeña parte de mí se sintió triunfal por haberlo hecho sonrojar.

—¿Cuánto hace que sabes que puedes transformarte en dragón? —preguntó, ignorando todo lo que había dicho.

Puse los ojos en blanco.

—Anoche fue la primera vez.

Él entrecerró los ojos como intentando sentir una mentira.

—Es verdad —dije, engreída.

Eso hizo que abriera los agujeros de la nariz.

—¿Eres una asesina que ha venido a matarme? —preguntó, y no pude evitar reírme. La mirada en sus ojos borró la sonrisa de mi cara.

—No —le dije honestamente.

Él frunció el ceño, como si le frustrara que estuviera diciendo la verdad.

—¿La mujer que te crio es tu madre de verdad? —dijo de pronto, y el corazón me dejó de latir durante un instante.

Había ido a matar, y mis labios hicieron una mueca. Mi madre de verdad. ¿Qué significaba eso? Sabía qué quería decir, pero para mí sí era mi madre de verdad. Sabía que no podía seguir mintiéndole o me mataría, pero, por respeto a mi madre, diría mi verdad.

—Sí, siempre será mi madre de verdad, pero... no me dio a luz. —Levanté la barbilla, maldiciendo la maldita lágrima que me caía por la mejilla.

Él parecía en conflicto, sin duda sopesando mi respuesta.

—¿Cuánto hace que lo sabes?

—Me lo contó el día que vinisteis a llevarnos a Kendal y a mí —dije.

Su expresión se suavizaba con cada verdad que revelaba, y me di cuenta de que sí que tenía que ganarme su confianza. ¿Qué vida iba a tener si mi propio rey no confiaba en mí?

—¿Te dijo qué eres? —preguntó con un toque de compasión en la voz.

¿Qué quería decir eso?

—¿Qué soy? —pregunté, asustada de pronto por la posible respuesta.

La severidad volvió a su mirada.

—¿Qué te dijo tu madre el día que fui a buscarte?

Me mordí el interior del labio. Mi madre me había dicho que no confiara en él, pero ya se había descubierto mi tapadera, así que tenía que acudir al Plan B: hacer que se enamorara de mí, algo que iba superbién.

«No.»

Estaba en el Plan C, que era: «Evita que te maten».

Solté el aire que estaba aguantando.

—Primero, cuéntame algo que me ayude a confiar en ti. No puedo oler las mentiras, pero sí que me pregunto por qué estás tan desesperado por conseguir un heredero cuando acabas de perder a tu amada esposa.

Su cara adaptó una expresión de dolor y se frotó la mandíbula, analizándome.

—Mi magia está conectada con los dragontinos —dijo, y yo asentí. Eso ya se sabía—. Con cada día que pasa sin que geste un heredero para fortalecer y doblar la magia, nuestro pueblo se debilita, y yo me debilito.

Ahogué un grito.

—Pronto no podré transformarme, y las personas conectadas a mí perderán su magia.

Su verdad me golpeó como un montón de ladrillos. Los dragontinos sin magia morían. Había una historia muy famosa sobre una mujer dragontina a la que un rey hada le había absorbido la magia y, en lugar de convertirse en humana, se había consumido hasta morir. No éramos nada sin nuestra magia... Era lo que mantenía con vida a nuestra forma humana. Incluso siendo híbrido, nadie podía vivir sin su mitad humana.

—Yo... —No sabía qué decir.

—Te toca. —Me miró con los ojos verdes y asentí. Había compartido algo conmigo, algo muy personal; ahora era mi turno.

—La mujer que me dio a luz estaba de paso por la aldea. Mi madre me dijo que llegó con un embarazo muy avanzado y que era de alta cuna. Estaba cubierta de sangre y le habló de una batalla en la que habían asesinado a toda su familia por su magia.

Él frunció el ceño.

—¿Hace dieciocho inviernos? No quedaban dragones del clan Eclipse por aquel entonces, a no ser... —Una revelación le cambió la cara y se apoyó en la pared con un fuerte golpe en la espalda—. Mi abuelo murió hace dieciocho inviernos. Luchando contra una amenaza para la corona, o eso me dijo mi padre.

Los dos nos quedamos en silencio. ¿Estaba diciendo que su abuelo mató a toda la familia de mi madre biológica y que ella entró en parto prematuro?

Entonces, ¿la historia de Narine era cierta? ¿El clan Eclipse? ¿La reina perdida?

Yo carraspeé.

—La mujer le dijo a mi madre que habían asesinado a su familia por su magia, y que si alguien detectada esa magia en su hija..., en mí, me matarían. Luego murió desangrada.

El rey se empapó de mi verdad y dejó escapar un suspiro sufrido, mirándome atentamente.

—Tenía razón. Debería matarte.

No estaba preparada para sus palabras, para su verdad, y un fuerte impacto me recorrió todo el cuerpo.

Ahogué un grito.

—¿Por qué? ¡No te he hecho nada! —Miré hacia la salida y fantaseé con escapar, pero era imposible que lo sorteara y, si lo hacía, Regina estaría esperándome al otro lado.

Él sacudió la cabeza.

—¿De verdad no sabes lo que eres? ¿Lo que tu magia puede hacerme? ¿A mí o a cualquier dragontino?

—¡Evidentemente no! ¡Si descubrí ayer que tenía alas! ¡Y me metiste en la cárcel! ¡No he tenido tiempo de ir a la biblioteca a investigar!

Me lanzó una mirada de furia para advertirme que mi actitud no era bien recibida.

«¡Este hombre me saca de quicio!»

Se acercó a mí y se inclinó hacia delante, colocando sus manos a ambos lados de mi silla para que su cara quedara a centímetros de la mía. Al estar tan cerca de él, me quedé sin oxígeno y mi cuerpo se llenó con un calor palpitante para el que no estaba preparada. Se me nubló la mente y, mientras lo miraba directamente a los ojos, me pregunté si iba a besarme.

—Arwen Novakson, eres la reina perdida del clan Eclipse y tu magia es tan poderosa que podría devorar la mía, por lo que me matarías a mí y a todos los dragontinos conectados conmigo. Tú, Arwen, eres la asesina de reyes.

Me quedé inmóvil, sin atreverme siquiera a respirar. El dolor, la vergüenza y el miedo me recorrían todo el cuerpo en la misma medida. Los ojos se me llenaron de lágrimas y me nublaron la vista. «Narine tenía razón.»

—No —conseguí decir, y él se apartó de la silla y empezó a andar por la sala.

—Sí. Hace siglos, tus familiares hicieron un trato con la reina de Nightfall para matar a mi padre y drenar la magia de nuestra gente, con la finalidad de cumplir el sueño de la reina de Nightfall: una utopía humana desprovista de magia.

—No —le discutí, aunque no sabía nada de mis familiares siquiera como para saber si era o no verdad.

—Sí —gruñó, y le salieron de la nariz unas ondas de humo negro—. Tenemos informes detallados. Espías, que envió mi tatarabuelo, que fueron testigos de las reuniones entre la reina de Nightfall y la reina del clan Eclipse.

El corazón me latía con fuerza en el pecho.

—Entonces, ¿tu tatarabuelo mató a la reina del clan Eclipse?

—O mataba o lo mataban. —Cruzó los brazos sobre el pecho y me miró.

—Pero la gente conectada con ella...

—La magia del clan Eclipse no está conectada con su pueblo como lo está la mía. Sus reinas no necesitan herederos para tener poder. Es algo único de ellas. —Parecía muy molesto por eso.

Fruncí el ceño.

—Entonces, ¿dónde está ahora la gente del clan Eclipse, los que tienen magia azul como yo? Si no estaban conectados a ella, tampoco morirían con ella.

Él suspiró.

—La reina del clan Eclipse los mató a casi todos. Quería que su familia fueran los últimos dragones que quedaran en el reino. Absorbió sus poderes y se hizo prácticamente inmortal.

«Inmortal.»

Una persona con al menos un cuarto de magia dragontina vivió hace unos cien años, y una persona de la realeza pura sangre hace ciento cincuenta. Si absorbió la magia de cientos de dragontinos... Sacudí la cabeza, intentando procesarlo todo.

—Pero los del clan Eclipse... ¿los mató ella? ¿No aparecería eso en los libros de historia?

Entonces me di cuenta.

—La plaga... no fue una plaga, ¿verdad? —Me acordé de las historias de la gente deteriorándose y muriendo, siendo descubiertos en sus tiendas secos como cáscaras. Ocurrió hace unos dos siglos... probablemente en la misma época que esto.

Él negó con la cabeza.

—No fue una plaga. Esa historia fue una tapadera para que la gente no entrara en pánico. La asesina de reyes puede absorber la magia de cualquier dragontino: los convierte en cenizas y se hace ella más poderosa.

Me puse de pie de un salto y él se asustó.

—Todos esos niños... —Me puse a llorar y me dieron náuseas al recordar las historias de los niños pequeños que habían muerto en «la plaga».

—La reina del clan Eclipse los mató. Murieron todos. —Su tono era firme.

Me golpeó una enorme tristeza. No podía respirar y me temblaban las piernas. Me caí al suelo y un sollozo me desgarró la garganta.

No podía parar de pensar en los niños pequeños que se llevó la plaga..., pero no había sido una plaga. Fue mi tatarabuela. Yo no tenía nada que ver con ese genocidio y, aun así, me dolía en el alma y me penetraba hasta lo más profundo de mi ser, pero acepté que yo tenía un papel en todo aquello, aunque solo fuera por haber nacido.

La rabia me corría por las venas. Tenía más preguntas que respuestas, y todos mis familiares estaban muertos, así que jamás obtendría esas respuestas. Estaba tan enfadada que notaba la piel ardiendo.

—Te sale humo de la nariz —me dijo él.

Miré hacia abajo. Un pequeño bucle de humo blanco subía hacia el techo. Se me escapó un chillido y me tambaleé hacia atrás, intentando

alejarme de eso.

—Relájate. —El rey levantó las manos—. Puede que salga tu fuego de dragón.

Lo miré con rabia.

—No puedo evitarlo.

Él me ignoró.

—Respira hondo y cálmate.

¡Será estúpido! Odiaba que me dijeran que me relajara cuando estaba enfadada. El humo era cada vez más denso y estaba muy asustada.

¿De verdad escupiría fuego por la boca? Si era así, podría quemar al rey, y entonces sí que tendría un motivo para matarme.

Cerré los ojos e inspiré lentamente; el sabor chamuscado del fuego me salpicó la lengua durante un segundo y luego solté el aire.

Abrí los ojos y lo vi a unos centímetros de mi cara.

—Ya estoy tranquila. No hace falta que me mates —dije con todo el sarcasmo del que fui capaz.

—Eso lo decidiré yo. —Su tono era mucho más serio de lo que me habría gustado.

Noté cómo desaparecía toda la sangre de mi cara.

—Mi rey, yo jamás drenaría tu poder ni mataría a tu pueblo.

La sorpresa inundó sus ojos. A lo mejor fue porque lo había llamado «mi rey», o puede que fuera porque había escuchado la verdad de mi declaración.

—Si te mato, mataría también a mi propia hermana. ¡Piensa un poco, idiota! —le solté, muy enfadada con él.

—¡Sí que soy un idiota! ¡Soy un idiota porque me gustas! —me gritó, y luego me miró con una vulnerabilidad para la que no estaba preparada.

Apretó la mandíbula, pero yo no me arrepentí de llamarlo idiota. Había sido sincera con él todo ese tiempo, y él lo sabía. Dio un paso hacia mí, sin retirarse, y mi cuerpo quiso estar más cerca del suyo. Incluso ahora, sabiendo que mi destino dependía de él, quería sentir sus brazos a mi alrededor.

—¡Tú a mí también me gustas, diablos! —grité, y entonces, antes de darme cuenta, fui hacia él y presioné mis labios contra los suyos.

Su inspiración de sorpresa absorbió mi aliento hacia su boca y me hizo dudar de lo que estaba haciendo. Antes de que pudiera retirarme y enfadarme conmigo misma por dar el primer paso, sus manos me agarraron por la cintura y me apretaron con fuerza contra su cuerpo. Entrelacé mi lengua con la suya y de su garganta salió un gemido enfadado mientras me consumía. El hecho de estar tan cerca de él, apretada contra él, hacía que en realidad anhelara algo en mi interior. Anhelaba estar aún más cerca; anhelaba que fuéramos una sola persona juntos. Su lengua se enredó con la mía otra vez y una descarga de energía pasó entre nosotros. Prácticamente como el día de la carpa de los besos.

«Era él.»

Me aparté sorprendida y me llevé las manos a la boca.

El pecho del rey jadeaba mientras me miraba con los ojos amarillos, al tiempo que luchaba contra mi destino ¿Me había imaginado esa pequeña descarga que acababa de pasar? ¿Me había imaginado que ese beso había sido muy parecido al de la carpa de los besos? «No pudo ser él.» Había estado esperando detrás de la muralla, ¿verdad? La mente no paraba de darme vueltas con aquella nueva hipótesis.

Tras lo que me pareció una eternidad, él suspiró con aspecto cansado.

—Te declaro inocente de deslealtad y podrás pasear libremente por el castillo, pero no salgas de Jade City hasta que averigüe qué hacer contigo, ¿de acuerdo?

Se me hundieron los hombros con el alivio de que mi muerte inminente había quedado cancelada. Esperaba que no creyera que mi beso había sido para intentar cambiarlo, pero después de haber entrado allí con la túnica desabrochada, me temí que eso era exactamente lo que pensaba. Imaginé que simplemente ignoraríamos el beso.

«Me parece bien.» Me estaba poniendo demasiado nerviosa pensando que se había parecido mucho al de la carpa de los besos como para ponerme a analizarlo.

—Un momento, ¿cómo que «hasta que averigües qué vas a hacer conmigo»? —No seguía pensando en matarme, ¿verdad?

Se apretó el tabique de la nariz.

—Que tengas un buen día, Arwen —me despidió.

Resoplé, pero antes de que me diera tiempo a protestar, Regina abrió la puerta.

—Os acompaño a vuestra habitación, mi *lady*.

¿La había avisado él?

Cuando pasé por su lado, lo miré con la esperanza de poder expresarle lo que sentía con una mirada. Pero no sabía muy bien cómo me sentía. Quería besarlo otra vez, pero también quería darle un tortazo por ser un idiota y encarcelarme e interrogarme. No debió gustarle lo que vio, porque apretó la mandíbula.

«Uy.»

Regina y yo caminamos en silencio hasta la habitación y, cuando llegamos a la puerta, me miró.

—Os dije que no era más que un rey.

Tenía razón. Yo pensaba que me iba a torturar y a matar, y lo único que habíamos hecho había sido gritarnos el uno al otro durante media hora y luego besarnos.

—Gracias —dije en voz baja. No me podía creer que había pasado los últimos días con mi ídolo y que ella hubiera sido testigo de todas estas cosas de las que me avergonzaba.

—Buen día, mi *lady*. —Hizo una reverencia y me dejó en la puerta de mis aposentos.

Cuando entré en la habitación, Narine me estaba esperando mientras se retorcía, nerviosa, los dedos.

—¡Estáis viva! —exclamó.

Yo asentí.

—Puedo moverme por el castillo, pero no puedo salir de la ciudad —le dije.

Se me fueron los ojos hasta el vestido verde esmeralda mojado que estaba tirado en el suelo, junto a sus pies, y al cuenco de agua sucia con un cepillo que había a su lado. Estaba muy sucio de polvo y manchas que no salían.

—Lo siento mucho.

Ella me hizo un gesto despreocupado.

—Ya me las apañaré. Me alegro de que estéis bien.

Eso era muy bonito, pero una auténtica mierda.

—¿Cómo? ¿Cómo te las apañarás?

No conseguiría vender ese vestido, y ya no me darían más. No podría pagar la boda de su hermana.

Se mordió el interior del labio, casi llorando.

—Ya veré, ¿vale? ¿Os importa si hoy me voy temprano para poder hablar con el comprador y solucionarlo?

Señaló el vestido.

Yo asentí, devastada por la culpa.

—Claro.

Con una sonrisa tímida, cogió el precioso vestido verde esmeralda y se fue.

Dejarme sola con mis pensamientos alborotados fue una mala idea. Mi cabeza les daba vueltas a cientos de cosas diferentes: la hermana de Narine no podría casarse porque yo había estropeado el vestido; posiblemente el rey siguiera pensando en matarme; a Kendal la habían mandado a casa; Joslyn y alguna otra chica más seguían allí, compitiendo por la mano del rey, una mano en matrimonio que mentiría si dijera que yo no quería. Ese beso —¡Creador bendito, ese beso!— me había dejado completamente confundida. ¿Y yo era una reina perdida? Era demasiado.

Necesitaba dar un paseo.

Salí de la habitación y del ala de los dormitorios y fui en busca de la biblioteca; a lo mejor encontraba algún libro sobre la reina perdida o el clan Eclipse. Estaba segura de que era por allí, pasando la cocina, pero cuando llegué me di cuenta de que no había salida. Me di la vuelta al acordarme de que, en realidad, la biblioteca estaba en la otra dirección.

Pasé por una habitación con la puerta entreabierta. La voz del rey Valdren se filtró hacia el pasillo.

—¿Cuál de ellas tiene más posibilidades de darme un hijo sano? —le preguntó a alguien.

—Técnicamente, Arwen es la que tiene más magia. —Fue la doctora Elsie la que respondió, y al escuchar mi propio nombre, me quedé paralizada—. Pero no tenemos ni idea de qué podrían engendrar un

miembro de la realeza Eclipse con uno de la realeza de la Noche Oscura. La magia que se creara podría ser... increíblemente poderosa o catastrófica.

Nadie dijo nada durante un minuto. Y yo debería haberme marchado..., pero no pude. Quería escuchar su respuesta. Al fin y al cabo, aquello me incumbía.

—Joslyn es la opción más segura, mi lord —dijo la doctora Elsie.

—Pero ¿Arwen también es una opción posible? —La esperanza en el tono del rey me provocó mariposas en el estómago.

—Me temo que he de desaconsejároslo, mi lord —dijo una voz masculina. Me pareció la del anciano con el libro de cuero de la sala de la prueba. Debía ser un asesor importante.

—Es una asesina de reyes. Una reina del clan Eclipse. Tiene poder para aniquilaros a vos y a todo su clan. No podéis olvidaros de eso.

—No lo he hecho —gruñó el rey—. Pero la he interrogado y ella no tiene culpa de nada. No tenía ni idea de su linaje.

¡Me había defendido! Tenía el cuerpo pegado a la pared, expectante por escuchar cómo terminaba la conversación.

—Pero, ahora que sabe el poder que posee, las tierras que podría reclamar..., ¿qué hará con esa información?

¿«Tierras que reclamar»? ¿Pensaban que quería un palacio y un trono en Cinder Mountain? Qué estupidez.

—Yo os recomiendo que acabéis con ella antes de que ella os haga lo propio a vos —dijo el hombre, y el miedo me paralizó.

—¡Maestro Augustson! —le riñó la doctora Elsie.

La voz del rey Valdren sonaba tan áspera que podría cortar cristal.

—¿Es eso lo que le aconsejó a mi abuelo hace dieciocho inviernos? ¿Un consejo que acabó con su vida y que alzó a mi padre al poder?

Estaba deseando mirar dentro de la habitación para ver las caras de todos. ¿Quería saber de verdad si así fue como había muerto la familia de mi madre? ¿Si el abuelo de Drae los había matado, obligando a mi madre a huir a Ceniza y a darme a luz?

—Joslyn es una buena opción, mi lord —concluyó el hombre, sin responder a la pregunta.

—Estoy de acuerdo. Tiene más magia que la que tenía la reina Amelia. No mucha más, pero sí un poco —dijo la doctora Elsie.

«Silencio.» El silencio más largo que había soportado jamás.

—Muy bien, si esa es vuestra evaluación, lo acepto. Decidle a Joslyn que la elijo a ella y empezad a controlar sus ciclos mensuales. Podemos casarnos en una luna. Yo me encargaré de Arwen.

Sus palabras me rompieron el corazón y sentí un escalofrío por la espalda al mismo tiempo. Empecé a caminar rápido por el pasillo de vuelta a mi habitación.

«Se va a casar con Joslyn.»

«La apuesta segura.»

Debería alegrarme por ella, por él, por mi hermana y por todos los dragontinos a los que salvaría el heredero que engendrasen, pero también estaba enfadada. Él no quería a Joslyn. Solo quería un hijo, y se iba a casar con ella por obligación para proteger su pureza y su imagen. Supongo que ella debería estar agradecida de que no fuera a tratarla como una fulana. Pero, por algún motivo, escucharlos hablar de Joslyn y de mí en términos de rango mágico me molestaba mucho.

Pero ¿podía culparlo? Su gente, todos los dragontinos dependían de que él tuviera un heredero. ¿Haría yo lo mismo en su lugar? «Probablemente.» Pero, durante un instante, había parecido que quería elegirme a mí, y eso me emocionaba. Sí, nos habíamos gritado y él me había encarcelado, pero... había algo. Una conexión profunda que no podía explicar, algo que no había sentido nunca.

Me olvidé de mis ganas de ir a la biblioteca y entré en mi habitación a hacerme una bola debajo de las mantas. En cualquier momento, vendría alguien a decirme que me iba a casa o que me iban a colgar. Estaba segura.

Ahora sabía qué había querido decir el rey con eso de que él se encargaría de mí. Estaba pensando en si casarse conmigo por mi útero mágico o si matarme porque yo tenía el poder de matarlo a él.

«Yo me encargaré de Arwen.» Sus palabras me atormentaban. ¿Qué significaba eso? No seguiría el consejo de ese hombre, ¿verdad?

Me quité las mantas de encima y me puse de pie.

Iba a matarme. Estaba claro que iba a matarme. Solo tenía que derrotar a un dragón más, como había hecho su abuelo, y ya no tendría más problemas.

Corrí por toda la habitación buscando por los cajones el traje de caza que me habían hecho mi madre y Kendal. Lo encontré en el último cajón de la cómoda, prácticamente limpio, con mi cuchillo de caza encima.

«Gracias, Narine.»

Lo cogí, lo metí en un bolso vacío y me metí el cuchillo en el cinturón. Fui corriendo a la pequeña cocina de mi salón y metí también un poco de fruta deshidratada y de quesos, y llené la cantimplora. A lo mejor, si conseguía robar un caballo, podría llegar a las puertas principales antes de que se dieran cuenta de que me había ido e hicieran sonar la alarma.

Salí a hurtadillas de mis aposentos y caminé deprisa por el pasillo, aunque intentando no parecer una fugitiva.

Cuando pasé al lado de Annabeth, la jefa de las criadas, la saludé con la mano.

—¡Hace un día muy bonito para un paseo! —dije.

Ella sonrió y asintió.

—Los jardines están preciosos en esta época del año.

Sí, iba a los jardines; no levantaba ninguna sospecha. Cuando llegué al final del pasillo que llevaba al exterior, empujé las puertas y salí corriendo.

Al principio estaba un poco desconcertada. Solo había estado fuera unas cuantas veces y tardé un poco en orientarme. Las caballerizas y los establos de los caballos estaban a la derecha, así que fui hacia allí justo antes de escuchar un grito a mis espaldas.

—¡Arwen, espera! —ordenó el rey.

El pánico se apoderó de mí. Pasé corriendo junto a una de las criadas de los establos y giré a la izquierda. Vi un laberinto de setos altos en el que podía perderme. Esprinté por el patio y me lancé hacia la protección de uno de los setos, pero el sonido de los pasos detrás de mí estaba demasiado cerca.

Agarré mi cuchillo de caza en el momento en el que un cuerpo se chocó contra el mío. Me tropecé con mis propios pies y salí disparada, pero los brazos del rey Valdren me agarraron por los hombros. Caí en el suelo

primero de culo, luego de espaldas y, por último, mi cabeza se dio un golpe seco. Afortunadamente, era césped blando, pero eso no me salvó del hombre gigante que aterrizó encima de mí, haciendo que una bocanada de aire abandonara mi pecho apresuradamente.

Sus muslos anclaron mi cadera en el sitio, y odié el calor que me subía por el cuerpo al estar en contacto con el suyo.

—¿Ibas a clavarme el cuchillo? —Me miró incrédulo, con los ojos como platos y el pelo oscuro despeinado.

Nuestros cuerpos estaban aplastados, apretados por completo el uno con el otro, y notaba cómo se me enrojecían las mejillas por el contacto tan cercano. Nunca había estado así con un hombre...

Él pareció darse cuenta de que no podía hablar por el aturdimiento y se quitó de encima, llevándose con él mi cuchillo.

A la ausencia de su cuerpo, pude respirar y pensar.

—Defenderé mi vida en caso de ataque, sí —le dije, y me senté mientras admiraba su enorme silueta que me tapaba el sol.

Me extendió una mano y yo arqueé una ceja, mirándolo escéptica.

—No muerdo —dijo. Yo acepté la mano y dejé que me levantara.

Cuando por fin estuve frente a él o, mejor dicho, cuando levanté la cabeza para mirarlo, me armé de valor.

—Voy a casarme con Joslyn.

No me esperaba que el pinchazo de dolor me partiera el pecho por la mitad, sobre todo porque acababa de escuchar cómo se lo decía a su asesor.

Asentí.

—Enhorabuena.

¿Por qué sonaba tan resentida?

—Mis asesores dicen que no puedo dejar que te vayas a casa porque podrías organizar un plan para hacerte con mi reino...

Estallé en una carcajada ante semejante estupidez, pero su mirada me calló.

—Así que tienes que matarme. —Miré el cuchillo de caza que tenía en la mano. ¿Me mataría con mi propio cuchillo? ¿Ahí mismo, en la privacidad del laberinto de setos? El pánico se hizo con todo mi cuerpo.

«Soy demasiado joven para morir.»

Él parecía dolido por mis acusaciones y me miraba fijamente a los ojos.

—Jamás podría matarte, Arwen. —Sonaba dolido por aquella declaración y, en cierto modo, aquellas palabras me parecieron románticas al venir de él. Me relajé un poco y él dio un paso adelante.

—He venido a preguntarte si te gustaría unirte a mi Guardia Real —dijo —. El otro día te emocionaste con la idea cuando lo mencioné, así que... hay hueco para ti si lo quieres.

Me quedé con la boca abierta. Intenté hablar, pero no encontraba las palabras. ¿Estaba enfermo? ¿Había descubierto que podría extraer su poder y matarlos a todos y ahora me quería como una de sus protectoras?

Me miró expectante, como si esperara una respuesta. Lo decía en serio. Me reí para mis adentros y sentí una ligereza en las extremidades.

—¿Ser miembro de la Guardia Real? ¿Estás de coña? ¡Es mi sueño!

Me dejé llevar por el momento y me lancé a sus brazos. Él se tensó, así que me retiré y me regañé a mí misma por lo inapropiado que había sido.

—Lo siento, me he emocionado. —Me retiré de él, dolorosamente consciente de que no tenía modales de alta cuna y que probablemente había roto un millón de normas con ese hombre. Con ese rey.

Él asintió.

—No les temes demasiado a los peligros, que es lo que busco para la Guardia Real. La forma en la que te comportaste el día del ataque en Gypsy Rock fue admirable. Te entrenaré para que controles tus poderes de dragona, y Regina te entrenará en combate. Creo que le vendrás muy bien a mi reino.

Hice una reverencia, agachando también la cabeza por si acaso.

—Acepto vuestra gentil oferta.

Él frunció el ceño, como si le molestara mi entusiasmo.

—¿Te das cuenta de que eres reina por nacimiento y que quedarás relegada a mi servicio para el resto de tu vida?

Asentí con energía.

—No soy ninguna reina. Solo soy una cazadora que quiere cuidar de su familia. Os seguiré allá donde vayáis, Alteza.

Suavizó la expresión y se le ralentizó la respiración. Algo de lo que había dicho le había llegado. No había dicho nada malo, así que no estaba

segura de si debía o no disculparme. Me miró fijamente a los ojos y sentí como si el aire a nuestro alrededor se magnetizara. Era muy denso, como algo tangible. Sentí una necesidad imperiosa de tocarlo, de acariciarle el cuello como le había hecho a su dragón aquel día.

Eso me hizo volver a pensar en nuestro beso. ¿También lo había besado a él el Día de Mayo? Era una locura, ¿verdad?

Su mirada cayó a mis labios y yo tragué con fuerza.

—¿Me devuelves el cuchillo? —pregunté, estirando la mano con la esperanza de romper cualquier hechizo que me hubieran lanzado y que estuviera haciendo que quisiera tocarlo constantemente.

Él carraspeó y me lo dio, pero no sin antes analizar mi cuerpo de arriba abajo.

—Es un buen cuchillo de caza, pero pronto necesitarás una espada de verdad. Y arco y flechas.

Mi cara debió de reflejar la alegría por mis armas nuevas, porque las comisuras de su boca se levantaron ligeramente.

—Espero que este nuevo acuerdo nos venga bien a los dos. Adiós, Arwen. —Hizo un gesto con la cabeza.

—Adiós, mi lord —dije, un poco atolondrada ante la idea de unirme a la Guardia Real.

—Puedes llamarme Drae —dijo, y se marchó.

«¿Llamar por su nombre a un rey?» Aquello no podría haber salido mejor. No solo no iba a matarme, ¡sino que iba a formar parte de su Guardia Real!

De pronto, me vino a la mente la boda de la hermana de Narine, y luego le grité:

—¡Espera!

Él se detuvo y miró hacia atrás.

—¿Hay algún tipo de sueldo por formar parte de tu ejército?

Él me miró.

—¡Claro! Cien monedas de jade por luna.

¡Era justo lo que necesitaba Narine!

—¿Y podré vivir en el castillo y comer gratis? —pregunté.

Él asintió.

—Sí.

—¿Es posible que me dieras un adelanto del sueldo de la primera luna? Tengo que comprar algo muy importante. No puedo retrasarlo. —Tragué con fuerza. Pedirle dinero a un hombre nunca era agradable. Pedirle al rey un adelanto del sueldo de un trabajo que ni siquiera había empezado era espantoso. Pero quería darle una sorpresa a Narine pagando la boda de su hermana.

Juntó las cejas.

—¿Tienes algún problema con el juego que debiera saber?

Me reí.

—No. Y para acabar con las mentiras...: es para la boda de la hermana pequeña de mi criada.

Él se me quedó mirando durante un instante, puede que para evaluar mis respuestas, y luego juntó aún más las cejas hasta que se le formó un nudo en la frente.

—¿Le darías todo el salario de un mes a una criada a la que hace menos de una luna que conoces?

Asentí con la esperanza de que no se negara ni se lo contara a Annabeth.

—Muy bien. Habla con el mercader del castillo mañana —dijo—. Te lo abonaré.

Cuando por fin se marchó, no me podía creer cuánto había cambiado mi suerte. Podría enviar gran parte del dinero a casa todos los meses para mi hermana y mi madre, y tendría el trabajo de mis sueños. El rey conseguiría su heredero con Joslyn y todo se solucionaría...

Entonces, ¿por qué tenía la sensación de que alguien me había hecho un agujero en el pecho con un cuchillo?

13

—¿Y esto? —preguntó Narine con los ojos como platos cuando solté el saco de cien monedas de jade en la palma de su mano. Había ido a primera hora de la mañana a ver al mercader del castillo y ya tenía el saco de monedas preparado.

—Es el dinero para la boda de tu hermana, y tienes el resto del día libre para tus cosas —le dije, sin poder quitar la sonrisa de la cara.

—¡¿Cómo?! —gritó, riéndose mientras abría el saco para mirar en su interior. Me miró con lágrimas en los ojos.

—Tengo trabajo. Es el adelanto de mi primera luna —dije.

Ella sacudió la cabeza, intentando devolverme el saco.

—No puedo. Es demasiado generoso. Vos tendréis que pagar algún día la boda de vuestra hermana.

Me reí.

—Las bodas en Cinder Village cuestan diez monedas de jade, y todo el mundo trae platos de comida para compartir. De verdad, puedo permitírmelo.

Ella se mordió el labio y sacudió la cabeza con asombro.

—No... No sé qué decir. ¿Trabajo de qué? ¿Aquí, en Jade City?

—Me han pedido que me una a la Guardia Real del rey. En una hora empiezo la primera práctica, en cuanto haga el juramento de lealtad.

Narine arqueó las cejas hasta que le rozaron el nacimiento del pelo.

—¿El rey os ha pedido que os unáis a su Guardia Real después de todo lo que ha pasado?

—Ya. De locos, ¿verdad?

Ella asintió.

—Desde luego. ¿Os habéis enterado de que se va a casar con Joslyn?

Incliné la cabeza para intentar esconder mis emociones.

—Me han dicho que está desesperado por tener un heredero, pero nadie sabe por qué. Lo pasó tan mal con la muerte de la reina Amelia, que nadie pensaba que se volvería a casar tan pronto, pero... —Dejó de hablar.

Yo sabía por qué. Pero era un secreto entre el rey Valdren y yo. «Drae», ahora que podía llamarlo por su nombre. Lo respetaba lo suficiente como para no decir nada. Si la gente se enterase de que toda su magia y sustento dependían de que él tuviera un heredero, el reino entraría en pánico.

—Joslyn debe de haberlo impresionado mucho —dije.

Narine asintió y me deseó un buen día antes de marcharse con sus monedas.

Yo salí de mis aposentos y me dirigí al campo de entrenamiento dando saltitos. Me había puesto la armadura de cuero de mi madre y estaba lista para ser una Guardia Real fantástica, igual que Regina.

Me abrí paso rápidamente hasta el gran salón, donde había quedado con Regina y el rey para la jura de lealtad. Cuando llegué, ella estaba esperándome en la puerta, agarrándose las manos detrás de la espalda.

—¿Lista? —preguntó.

Yo asentí. No tenía ni idea de lo que implicaría esa pequeña aventura, pero estaba preparada para jurarle toda mi lealtad al rey y ser nombrada caballera o lo que fuera en su ejército.

Regina abrió la enorme puerta doble y yo miré hacia arriba. Se me entrecortó la respiración. Estaba allí prácticamente todo el ejército. Y parecía que también algunas familias de alta cuna. La Guardia Real estaba de pie formando una fila perfecta frente al pasillo que estaba recorriendo con Regina a mi lado. Quería hacerme una bola y morirme. No me esperaba tanto público. Parecía que era algo mucho más importante de lo que me imaginaba. Cuando llegamos al final, sonreí con educación a las

familias de alta cuna, sin entender por qué estaba todo el mundo allí para un simple juramento de lealtad.

Al llegar a la tarima, miré al rey, que estaba sentado en su trono. El trono estaba fabricado con metal negro para imitar las escamas de un dragón; el diseño imitaba unas llamas que salían por el respaldo y lo rodeaban. Él me miraba con los ojos amarillos mientras me acercaba.

Regina inclinó la cabeza cuando llegamos ante él, así que yo hice lo mismo, con el corazón latiéndome con tanta fuerza que lo sentía en la garganta.

¿Y si me había mentido? ¿Y si no pensaba darme un trabajo en su guardia y estaba a punto de cortarme la cabeza?

Sonó un ruido metálico cuando se levantó del trono y se acercó a mí.

—Gran parte de nuestra historia permaneció oculta por nuestros antepasados, pero muchos de vosotros sabéis que hubo un tiempo en el que había dos clanes de dragones. —La voz del rey resonó haciendo eco por todo el salón—. Durante la prueba de magia de *lady* Arwen, descubrimos que es un miembro perdido del clan Eclipse.

Empezaron a sonar gritos ahogados y murmullos detrás de mí, y me quedé paralizada; no estaba preparada para esa revelación. No me imaginaba que fuera a hablarle de mí a la gente... Me sentí desnuda de pronto, con mi secreto expuesto ante todos, pero también me di cuenta de que no me había llamado reina perdida; eso sí se lo había quedado para él.

—Será una gran adición a mi ejército y para mí es un honor que jure su lealtad en público —declaró.

Todo aquello parecía mucho más importante que para lo que yo me había preparado. Me iba a desmayar en cualquier momento.

—Arrodillaos —me dijo Regina con un susurro suave.

Me puse de rodillas, con la cabeza aún agachada. El rey bajó cuatro escalones hasta el suelo y se acercó a mí.

—Mirad a vuestro rey —dijo Regina, y levanté la cabeza hacia los infinitos ojos verdes del rey Valdren. No sabía qué color me gustaba más, si el verde o el amarillo. Los cambiaba tan a menudo según sus emociones que me preguntaba si se daría cuenta.

—*Lady* Arwen Novakson de Cinder Mountain. —«*Lady*» era una denominación de alta cuna. Al llamarme así, le estaba diciendo a todo el mundo, con una sola palabra, que tenía ese estatus.

—¿Sí, mi rey? —Lo miré a los ojos y él me devolvió una mirada penetrante. Podía leerme como a un libro abierto.

—¿Juráis vuestra lealtad a mí como vuestro rey y gobernador, hasta el día en el que muráis? ¿Juráis protegerme a mí y a mi familia por encima de vuestra propia vida?

—Sí, lo juro —dije, proyectando la voz para que me oyeran todos.

El público estalló en aplausos. Me fui a levantar, pero el rey extendió las manos, indicando a todo el mundo que guardara silencio.

Me quedé donde estaba.

—¿Y juráis no herirme jamás con vuestra magia? —añadió.

Un dolor me recorrió el cuerpo y la garganta se me cerró con la emoción. Por la mirada en los ojos de Regina, supe que no era algo que les preguntara a todos, y el hecho de que todavía no confiara por completo en mí me escoció como sal en una herida.

—Lo juro, mi rey —dije como pude.

Su expresión se relajó, y el público volvió a aplaudir, pero yo no me moví.

—¿Me puedo levantar ya? ¿O queréis preguntarme algo más? —le dije. La gente que había allí aplaudía tan fuerte que seguramente solo me oyeran el rey y Regina.

Él me sonrió.

—Podéis levantaros, mi *lady*.

Me puse de pie y me sacudí las rodillas. Drae se metió la mano en un bolsillo y sacó una insignia de la Guardia Real. Era de color negro con el emblema del dragón dorado. Lo único que faltaba era el rojo, que identificaba a los guardias de la élite drayken, pero mi intención era ir ascendiendo rangos con los años y llegar también ahí.

—Bienvenida a la Guardia Real, Arwen. —Me entregó la insignia y una sonrisa tonta apareció en mi cara—. Buena suerte con el entrenamiento —me dijo. Luego se dio la vuelta y se marchó de la sala.

Bueno, había sido un evento un poco extraño y exagerado para cinco minutos. Los presentes no parecían preocuparse porque el rey se hubiera ido, porque siguieron charlando entre ellos, y la Guardia Real vino a felicitarme.

Sonreí y les di las gracias. Regina se inclinó sobre mi hombro para susurrarme al oído:

—Sé que no lo has pasado bien aquí, y estoy a punto de convertirme en tu oficial al mando, así que no puedo tener un trato de favor contigo. —Yo asentí y sus labios volvieron a formar una gran sonrisa—. Pero, como mujer, he de decir que estoy tremendamente orgullosa de tenerte en la guardia. Es un auténtico placer, Arwen.

Sentí el corazón ligero y agitado. Llevaba obsesionada con historias de Regina Wayfeather desde que era una cría de teta. Pasaba por la taberna y escuchaba a los hombres hablar de ella y de todas las increíbles batallas en las que había combatido.

—El placer es mío, Regina.

Se le ensombreció la cara con una expresión de calma.

—Ahora puedes llamarme comandante.

—Sí, comandante. —Supongo que no íbamos a tener más de treinta segundos de charla amistosa. Tenía pinta de que estaba a punto de hacerme pasar por un infierno.

—¡Calston! —Regina llamó a alguien que estaba hablando con otro grupo de guerreros.

Un hombre muy alto, unos cuantos inviernos mayor que yo, con hombros anchos y pelo rubio arenoso, se acercó a nosotras. Tenía el mismo peinado que el rey: con los laterales rapados y una larga trenza por detrás. El aspecto de un guerrero de alto rango.

Se detuvo delante de Regina.

—¿Sí, comandante?

—Muéstrale a *lady* Arwen la armería y luego llévala al campo de entrenamiento de los novatos. Yo tengo que irme ya.

¿Campo de entrenamiento para novatos? ¿Eso era?

Él asintió y ella se marchó.

Calston me miró.

—*Lady* Arwen. —Hizo una reverencia.

Era muy raro que me hicieran reverencias y que me llamaran *lady*, pero supongo que era el protocolo ahora que el rey me había presentado como de alta cuna.

—Em, ¿Calston? —Me incliné y él sonrió. Su belleza me pilló desprevenida. Tenía un hoyuelo en la mejilla derecha.

—No tienes que inclinarte ante mí, no soy de alta cuna —me dijo—. Y ahora que formas parte de la Guardia Real del rey, solo tienes que inclinarte ligeramente ante él.

Tragué con fuerza y me sonrojé.

—Tomo nota. Yo tampoco soy de alta cuna, en realidad. O sea, supongo que de sangre sí, pero me he criado en Cinder Village.

Él me sonrió tranquilo, mostrando sus perfectos dientes blancos.

—Yo soy de un pueblecito a las afueras de Grim Hollow, y todos mis amigos me llaman Cal.

—Cal. —Asentí.

Él me tocó ligeramente la espalda para apartarme de la multitud y llevarme hasta una puerta lateral. Después de abrir la puerta para mí y esperar a que pasara yo primero, entró conmigo en la sala vacía.

—Sed sincera —me pidió mientras me acompañaba por el pasillo y pasábamos por delante de la biblioteca—. ¿Cómo de rara os ha parecido la ceremonia delante de tanta gente?

Yo me reí. Me gustaba mucho que fuera tan sincero.

—Muy rara. Regina no me había avisado de que habría tanta gente.

—Le gusta hacer sufrir a los novatos.

—¿Hasta cuándo me vais a llamar novata? —me quejé.

Él se rio.

—Hasta que viváis vuestra primera batalla.

Hinché el pecho.

—He matado a un guerrero de Nightfall subida en la espalda del rey dragón.

Él me miró de reojo, lo que significaba que estaba impresionado.

—Eso he oído. Pues esperad a matar a una docena de enemigos en pocos minutos. Entonces dejaremos de llamaros novata.

¿Una docena? Solo con pensarlo me entraban náuseas, pero ahora formaba parte de la Guardia Real, así que tendría que acostumbrarme.

«Matar o que te maten.»

Asentí con la cabeza. Calston abrió una puerta al final de la sala que daba al exterior. Cruzamos el jardín hasta otro edificio y llegamos a un par de puertas gigantes.

—¡Thad! —Cal golpeó la puerta y se abrió, revelando a un hombre bajito con una barriga enorme que sujetaba cinco espadas de madera.

—¿Espadas de entrenamiento? —preguntó Thad.

Cal asintió, cogió una del montón y me la dio. Luego cogió las demás y las llevó hasta el campo de entrenamiento.

Pesaba más de lo que me esperaba, pero no tanto como la del rey. No quería conformarme con una espada de entrenamiento debilucha, sobre todo después de que el rey dijera que necesitaba una espada en condiciones, un arco y flechas, pero no dije nada.

—¿Ha habido alguna otra mujer en la Guardia Real? —pregunté mientras caminábamos por el ondulante terreno verde.

Cal me miró serio.

—No, *lady*. Solo vos y Regina.

Espero que no fuera algo destacable... Quería que me aceptaran como a cualquiera de ellos. Era una buena cazadora, y estaba segura de que sería una gran luchadora, con el entrenamiento adecuado.

—Debéis tener muchísimo poder para que el rey os haya pedido que os unierais a la Guardia Real —dijo Cal. Yo me quedé callada, sujetando incómoda la espada mientras seguíamos andando.

—Supongo —murmuré.

Cal se paró y me miró, así que yo también me paré y le miré a los ojos azules.

—El rey no admite a ninguna mujer en la Guardia Real a no ser que tenga tanto poder que tema no tenerla cerca.

Tragué con fuerza, porque sonó como una advertencia.

—Entonces, ¿Regina es muy poderosa? —Intenté desviar la conversación para no hablar de mí.

Él se rio.

—Es la que más poder tiene de todos nosotros. Podría quemar un edificio muy alto con una sola bocanada, si quisiera.

¿Podía escupir tanto fuego? Era increíble.

—Así que del clan Eclipse, ¿no? —preguntó, mirándome incrédulo—. Pensaba... O sea, ¿cómo es posible?

Yo no quería hablar de eso. Era muy amable y no lo decía con mala intención, pero tenía que tener mucho cuidado con el tema.

—No tengo ni idea. —Me encogí de hombros y vi a Regina a lo lejos. La saludé con la mano, aunque ella no me estaba mirando—. ¡Ya voy! —grité, y me fui con paso apresurado.

El rey había revelado lo de mi linaje del clan Eclipse porque los demás terminarían viendo en algún momento mis alas y mi fuego azul, pero no tenían por qué saber más.

Cuando llegué al campo de entrenamiento, Regina estaba gritando órdenes a unos cuantos hombres de pie delante de ella.

La volví a saludar con la mano mientras me acercaba.

—Hola, tenemos las espadas...

—Llegas tarde y llevas lunas de retraso con respecto al escuadrón principiante —me ladró—. Coge la espada y elige un compañero. Tendrás que entrenar tres veces al día para ponerte en forma para luchar. A los soldados débiles los matan, y eso no ocurrirá ante mis ojos.

Tragué saliva. La pretensión de que aquello fuera para conocer a mi nuevo escuadrón se esfumó. No bromeaba cuando me dijo que no me trataría de forma diferente.

—Sí, comandante. —Levanté mi espada y me coloqué junto a un tipo flacucho que parecía algo perdido.

—Arriba —gritó Regina, y levantó su espada delante de ella, directa al cielo—. Cruce a la derecha —rugió, y la bajó hacia la derecha. Los demás la imitaron, así que no tardé en entenderlo y repetir los movimientos.

—Cruce a la izquierda. —Llevó la espada a la izquierda.

—Y abajo. —Bajó con firmeza la espada.

Luego volvimos a repetirlo unas cinco mil veces. A lo mejor no tantas, pero me dio esa sensación. Parecía que los huesos de los brazos se me habían derretido y que lo único que quedaba era piel y sangre. Cuando

Regina gritó el final del entrenamiento, me temblaron como gelatina al intentar sostener la espada.

—Comed algo —gritó Regina al grupo, pero luego me hizo un gesto con la cabeza para que me quedara allí.

Fui a su lado y nos miró a Cal y a mí.

—Vuelve después de comer para trabajar con Cal. Tendrás que ponerte al día.

Cal había estado ayudando a Regina durante toda la clase y ahora, por lo visto, se había convertido en mi tutor. Me sonrió y, una vez más, me impactó lo guapo que era. A lo mejor, no casarme con el rey y ser independiente, con mi propio trabajo y sueldo, iba a ser la mejor bendición de todas.

A lo mejor, si me lo repetía las veces suficientes, podía incluso creer que era verdad.

14

Tres semanas después

Había oído que Hades era un destino terrible para cualquiera con alma: una vida en el más allá llena de dolor y tormento constante. Pues, bueno, eso era lo que había vivido en las últimas tres semanas bajo el «cuidado» constante de Regina y Cal. Era como si intentaran llevarme al borde de la muerte todos y cada uno de los días, y solo cuando estaba preparada para ir a conocer al Creador me dejaban descansar. El traje de caza de cuero ya no me quedaba bien. Todo mi cuerpo había aumentado de tamaño por levantar constantemente armas pesadas y comer comidas muy nutritivas. La costurera de palacio iba a añadirle hoy una placa lateral.

A pesar de los entrenamientos constantes, moratones e incluso puntos, nunca había sido tan fuerte, rápida ni letal. Había aprendido a empuñar una espada en combate y a escupirle fuego a mi enemigo. Incluso aprendí que tenía poderes autocurativos. Una herida que antes habría tardado semanas en curar, ahora me desaparecía en un día.

Entrenaba tres veces al día: una vez con Regina y el escuadrón de novatos, otra vez con Cal, y la última con el propio rey. Este último entrenamiento era secreto, para enseñarme a usar mi magia dragontina.

El rey y Joslyn estaban oficialmente comprometidos y se casarían en una semana. A veces, ella venía a mis entrenamientos y era un poco incómodo. Tenía un asiento en primera fila para verla enamorarse del rey,

pero era evidente que él no compartía esos sentimientos. Era respetuoso con ella, se preocupaba por sus necesidades, pero no le daba la mano, no la besaba, y ella me había confesado que temía que fuera un matrimonio de conveniencia.

Yo también le había cogido cariño y la consideraba una buena amiga. Era amable, fuerte y considerada, y quedábamos prácticamente todas las noches para dar un paseo por los jardines y charlar de nuestro día. Era agradable tener a alguien más que supiera de tu situación, y tanto la de Joslyn como la mía eran únicas. Ella iba a ser la futura reina de Embergate y le habían contado el secreto de que yo era la reina perdida. La asesina de reyes. Todos esos títulos de los que yo rehuía. Prefería que se me conociera por mis dotes de caza, o incluso por ser una novata en la Guardia Real.

Estaba de pie en el campo de entrenamiento esperando al rey mientras me comía una manzana. Joslyn estaba tomando el sol en una roca cercana, con el pelo oscuro esparcido detrás de ella.

—Tu madre y tu hermana vendrán para el Festival de la Luna de Otoño, ¿verdad? —preguntó Joslyn.

Yo asentí, incapaz de contener una sonrisa. No las veía desde que había llegado allí, hacía casi una luna, pero había enviado una carta por correo real hablándoles de mi nuevo trabajo, y mi madre parecía muy contenta con mi puesto en la Guardia Real.

—Drae me dijo que podrían quedarse en el palacio.

El rey y yo nos llamábamos por los nombres de pila, y odiaba admitirlo, pero lo consideraba como uno de mis mejores amigos. Nos veíamos todos los días para entrenar, y era muy paciente a la hora de enseñarme cosas nuevas, además de alguien con quien era fácil hablar. Desde que había entrado en la Guardia Real y jurado mi lealtad delante de tanta gente, parecía que por fin confiaba plenamente en mí. El rey estirado de mirada indescifrable era historia. Ahora, simplemente era... Drae.

—Qué detalle por su parte. —La voz de Drae sonó detrás de mí y Joslyn soltó una carcajada mientras yo ponía los ojos en blanco.

—No está mal —admití. Él me empujó ligeramente en el hombro.

—Hola, Drae —dijo Joslyn incómoda mientras se incorporaba y lo saludaba con demasiado entusiasmo.

—¿Qué tal estás? —le preguntó él amablemente.

Ella le sonrió con timidez.

—Bien. Me han hecho un vestido nuevo. —Se pasó las manos por la tela amarilla y lo miró expectante.

Era evidente que buscaba un cumplido.

Drae suspiró, consciente de su necesidad de atención. Se puso a mi lado y la miró. Se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—Estás preciosa —dijo.

Sí que lo estaba, no era mentira.

Joslyn colocó las manos sobre las de él, sonriéndole, probablemente desesperada por su tacto, y sentí un dolor en el pecho al ver a Drae vacilante mientras ella lo miraba con adoración.

«Yo quería eso.» Quería alguien a quien tocar y abrazar y... besar.

No había besado a nadie desde aquel día en la sala de interrogatorios con Drae, y ahora que sabía que se iba a casar con Joslyn, quería pasar página. Mi entrenador Cal y yo nos habíamos hecho muy amigos, y en varias ocasiones me había parecido que quería besarme, pero algo se lo impedía. Había decidido que ese día iba a sacarle el tema.

Después de mi entrenamiento con el rey.

Drae se apartó de Joslyn y me miró.

—Ya puedes escupir fuego a doce metros, lanzar cinco bolas de fuego a la vez con las manos... Creo que es el momento de que controles el vuelo.

Noté la ansiedad en el estómago, y Joslyn se puso de pie.

—Mi rey, la última vez...

Él la interrumpió.

—Si va a volar a mi lado, debo saber si es competente.

Las náuseas se apoderaron de mí. Me había transformado un total de tres veces.

Una en la prueba de mi magia. La segunda en un entrenamiento con Drae y Regina, y aquella vez mis brazos y piernas se habían transformado también. La tercera vez había sido la semana anterior, cuando todo mi cuerpo se convirtió en un dragón azul y Drae me convenció para salir a volar con él. Hacía mucho viento, así que una de mis alas atrapó mal el aire, cedió y caí en picado quince metros. Aunque mi magia dragontina permitía

que me curara rápido, tardé dos días en volver a andar sin dolor, y no tenía ganas de revivirlo.

—Me... Me da miedo. No soy capaz —admití.

Él sacudió la cabeza.

—Puedes y lo harás. Si dejas que el miedo se apodere de ti, nunca vas a volar. ¿Y de qué sirve un dragón que no vuela?

Gruñí, mirando hacia el cielo en busca del más mínimo indicio de viento.

No había ninguno.

La reina de Nightfall amenazaba constantemente nuestros puentes en el Gran Río. Decían que era cuestión de tiempo que volviera a destruir nuestras defensas allí. Quería matar al rey y a todos los dragontinos, por no hablar de que deseaba hacerse con nuestras tierras fértiles. Había rumores de que la mayoría de tierras de Nightfall eran demasiado áridas en los meses de verano y no podía crecer nada.

—Tú puedes —me animó Joslyn, aunque noté que le temblaba la voz.

Ella había sido testigo de mi caída y me había visto tirada en el suelo, rota y sangrando. Por la noche, cuando me fui a dormir, aún escuchaba de vez en cuando sus gritos pidiendo auxilio.

El rey dio un paso hacia mí, obligándome a mirarlo a los ojos.

—Yo volaré debajo de ti para cogerte si te caes.

Al mirarlo a los ojos verdes y escuchar su promesa, noté calor en el estómago. Me sentí culpable al instante por estos sentimientos, sobre todo con Joslyn allí. El calor entre nuestros cuerpos era tan intenso que dio un paso atrás. Aquello ocurría a menudo entre nosotros, pero no decíamos nada y lo ignorábamos.

—Está bien —gruñí—. Pero, si me rompo un solo hueso, me deberás quinientas monedas de jade.

Él sonrió.

—Trato hecho.

—Yo habría pedido mil —me dijo Joslyn mientras yo me acercaba a ella para darle mi espada, el saco de las monedas y el cinturón.

Le sonreí.

—Tus huesos son mucho más valiosos que los míos —le informé. Me fui hacia el riachuelo, donde los arbustos eran más densos, para tener privacidad para cambiarme.

El rey simplemente se puso mirando a un árbol y empezó a desvestirse a la vista de todo el mundo. A ese hombre le daba igual quién le viera desnudo y yo volví a quedarme absorta al ver sus nalgas. Con una risilla, me quité la ropa de entrenamiento, que estaba cubierta de barro por la sesión de lucha con Cal, y cuando me quedé completamente desnuda, me miré el cuerpo.

Tenía las rodillas destrozadas con cardenales morados, azules y amarillentos. Estaba orgullosa de todos ellos. Las marcas musculosas de mi abdomen y muslos eran las que más se notaban y también estaba orgullosa de ellas.

Cerré los ojos y cogí aire para sentir mi magia.

La transformación, como me había enseñado el rey, era una magia diferente a escupir fuego. Era más profunda y hacía falta mucha seguridad para mostrarla. Invoqué mi magia transformadora tirando de ella con toda la fuerza de la que fui capaz. Me empezó a doler la columna y me encorvé hacia delante a medida que el ruido de los huesos rotos empezó a resonar entre los arbustos.

—¡Él ya ha acabado! —gritó Joslyn.

—¡Pues tendrá que esperar! —le respondí con un gruñido de dolor.

Ya me habían dicho que el rey era un hombre impaciente, pero eso solo me daba más ganas de hacerlo esperar.

Cuando terminé mi transformación, salí de entre los setos rompiendo alguna rama a mi paso.

«Un día perfecto para volar», dijo el rey cuando me vio.

Yo le di el equivalente a una carcajada de dragón y unos ojos en blanco.

«Acuérdate de que mi contrato de la Guardia Real dice que, si muero, debes devolverle mi cuerpo a mi madre en Cinder Village.»

Él parecía complacido.

«*Jamás permitiré que pase eso, Arwen*.»

Me coloqué a su lado y lo miré de reojo.

«¿Ahora te importa si vivo o muero? Cuánto has avanzado, mi rey.»

Hace un mes, me había encarcelado y amenazado con matarme. Me negaba a que dejara de sentir vergüenza por ello.

«Ya te lo he dicho: me arrepiento mucho de lo que hice cuando nos conocimos. ¡Pensaba que habías venido a matarme!», soltó él.

Abrí las alas y empecé a agitarlas todo lo rápido que pude.

«Qué va. ¡Solo soy una chica de Cinder Village que no sabe volar!» Despegué con la última palabra antes de perder los nervios.

El terror me recorrió todo el cuerpo al notar la resistencia del viento contra mis alas. Vacilé, pero la voz de Drae apareció en mi cabeza para calmarme.

«Lo estás haciendo muy bien. Respira y céntrate en batir las alas.»

Cogí aire por la nariz de dragón y miré abajo. Drae estaba justo debajo de mí.

«Te cogeré si te caes.»

Me sacudí los nervios y me centré en lo que hacían sus alas. Arriba, pausa, abajo, pausa, arriba, pausa. Imité sus movimientos, que eran mucho más lentos, suaves y controlados que mi vuelo frenético.

«Así», dijo.

—¡Vamos, Arwen! —La voz de Joslyn me llegó desde el suelo y sonreí.

Drae viró a la izquierda, en dirección a la tierra de cultivo que había fuera de las puertas de palacio, y yo tragué saliva.

«¿Estás seguro?», le pregunté.

Solo miembros selectos de la Guardia Real y del personal doméstico conocían mis poderes de transformación. Sobrevolar los cultivos haría que la gente hablara. Solo un dragón pura sangre podía transformarse.

«Estoy preparado para enfrentarme a las preguntas sobre tus habilidades», fue todo lo que dijo al volar sobre las puertas del castillo.

Nunca había volado tan lejos ni tanto tiempo, pero ignoré mi ansiedad y lo seguí. Planeamos sobre hileras e hileras de trigo, luego los campos dorados pasaron al violeta de la lavanda y, por último, el rey empezó a descender sobre un grupo de sauces.

Puede que estuviéramos a una media hora andando del castillo. Había sido un vuelo corto y agradable. No demasiado largo para mí, pero lo

suficiente como para sentirme segura y querer más. Al bajar, miré para ver adónde estábamos yendo y el corazón se me subió a la garganta.

Dentro del círculo de los cuatro sauces llorones enormes había varias lápidas. Una era grande, como las que se ponían para los adultos, y las otras cuatro eran pequeñas.

Cuatro niños.

Allí es donde reposaban los restos de la reina Amelia y sus cuatro hijos nonatos.

«No sé por qué te he traído aquí», dijo de pronto en mi cabeza mientras aterrizaba delante de las lápidas pequeñas. Debajo de los árboles había una cesta con ropa y me pregunté si era porque volaba a menudo allí y cambiaba a su forma humana.

Tragué con fuerza y aterricé torpemente a su lado, intentando no caerme, ya que el aterrizaje era algo que aún no controlaba.

Todavía no sabía qué decir, así que simplemente me quedé a su lado, mirando la lápida de jade verde con letras doradas.

Su Majestad, la reina Amelia.

Madre y esposa querida.

Gran amiga.

Sentí un sollozo en la garganta, pero sonó como una tos seca en mi forma de dragón.

El rey me miró. Las escamas negras brillantes contrastaban mucho con sus ojos amarillos ardientes.

«No intentes llorar en tu forma de dragón. Es un sonido horrible y asustará a los pueblerinos que estén cerca.»

Él apenas bromeaba conmigo, así que me sorprendió y solté una carcajada, que también sonó horrible en forma de dragón. Me salió humo negro de la nariz.

Apartó los labios y mostró todos sus dientes de dragón. Esperaba que fuera una sonrisa y no que quisiera comerme por haberme reído en un momento como aquel.

«Le habrías caído bien a Amelia. Le gustaba practicar sus movimientos de espada con Regina siempre que podía.»

«¿En serio?», pregunté. No sabía eso de ella. Solo la había visto con vestidos, bien peinada y con maquillaje femenino. Imaginármela practicando con la espada con Regina me hizo sonreír.

«Después de perder a nuestro primer hijo, Amelia huyó llorando del castillo y la encontré aquí, en el centro de estos sauces llorones. Le pedí que volviera y le dije que construiría un mausoleo más grande que una casa para nuestro pequeño, pero dijo que no.»

«¿Por qué?» Me acerqué a él, analizando cada palabra.

«Dijo que parecía que los árboles también estaban llorando, y que quería compartir el duelo con ellos para aligerar la carga. Así que enterramos al primero aquí.»

La pena me superaba y me dolía el pecho. Era algo muy bonito que decir. Era verdad que parecía que los árboles estaban llorando, de ahí el nombre del sauce llorón.

Lo que no hizo falta que dijera fue que murió otro hijo, y otro, y finalmente otro, junto con su mujer. Y los había llevado a todos allí.

«Gracias por enseñármelo. Es un lugar muy especial.»

Entonces, él comenzó a cambiar a su forma humana y yo me di la vuelta, dándole privacidad mientras se ponía algo de ropa. Se acercó a un campo de flores silvestres, arrancó un manojo y las colocó en la tumba de Amelia. Luego arrancó otro y yo decidí también cambiar de forma. Volver a mi forma humana era como quitar el tapón de una bañera. Lo estabas sujetando todo y, de pronto, desaparecía rápidamente. Tardé un poco en transformarme, luego corrí hacia la cesta y me puse una túnica que me llegaba más abajo de las rodillas y olía a Drae. Me quedaba muy larga, así que no me molesté en ponerme pantalones.

Drae estaba colocando un ramillete en la tumba del tercer niño cuando arranqué un manojo de flores moradas y blancas, las junté y fui con él a la tumba del cuarto. Sin mediar palabra, se las di y él las colocó encima del pequeño montón de arena.

Nos quedamos allí en silencio bastante tiempo, dejando que la suave brisa moviera las largas ramas de los sauces, hasta que por fin me miró con

una tormenta formándose en su mirada.

—No quiero a Joslyn —declaró. Se me tensó todo el cuerpo.

¿Por qué me decía eso? ¿Porque éramos buenos amigos?

—La respeto, quiero que esté bien... Pero no la quiero.

El corazón me golpeaba las costillas como si fueran una jaula. Temía de verdad que se me saliera del pecho y se cayera al suelo, exponiendo mis nervios.

—Necesitas un heredo o los dragontinos morirán. —Intenté mitigar su culpa, y él asintió.

—Pero podría haberte elegido a ti —dijo sin rodeos, acercándose a mí. Parecía que el mundo se había salido de su eje.

«¿Por qué está diciendo esto?» Tenía el cerebro tan aturdido que ni siquiera sabía cómo responder. ¿Estaba diciendo que deseaba haberme elegido a mí? La emoción y la pena me desgarraron a la vez. El rey dio otro paso más hacia mí. Mi pecho se presionó contra el suyo; tan solo había una fina capa de tela entre nosotros. De pronto, sentí como si hubiera entrado en un infierno. Un calor como no lo había sentido nunca me recorrió todo el cuerpo y me empezó a sudar el labio de arriba. Él respiró hondo, apretando más su pecho contra mí, y exhaló un aliento tembloroso. Se inclinó hacia delante, humedeciéndose los labios con la lengua.

Quería besarlo —Hades, quería yacer con él en ese mismo instante—, pero había una cosa que no paraba de aparecer en mi cabeza.

«Joslyn.»

Quizás él no la quería, pero ella sí se estaba enamorando de él. Puede que aún no estuvieran casados y es posible que solo fuera un matrimonio de conveniencia, pero no podía hacerle eso. Era mi amiga.

Volví rápidamente la cabeza.

—No puedo —musité, y él se quedó paralizado. Dio un gigantesco paso atrás y se llevó con él todo ese delicioso calor.

Tragó con fuerza y asintió, con una mirada contradictoria.

—Puede que sea lo mejor. Si no me enamoro de nadie, nadie me destrozará si muere. —Se dio la vuelta y salió del círculo de sauces llorones.

La emoción me cerró la garganta hasta el punto de dolerme mientras me esforzaba por no llorar. Quería correr hacia él, agarrarlo entre mis brazos y decirle que podía quererme a mí, que sería algo seguro, que yo lo querría a él también. Pero rodeada de todos esos seres queridos a los que él había visto morir, no sabía si era la verdad. Como había dicho la doctora Elsie, no sabíamos qué clase de hijo podría engendrar nuestra unión; Joslyn era la opción más segura.

Mientras me recuperaba, él se quitó la ropa y me regaló una vista más de su culo real. Gruñí, odiando los perfectos detalles de sus nalgas, y luego le di la espalda. Me quité la túnica con rabia y empecé mi transformación.

¿Por qué había hecho eso? ¿Por qué había dicho eso?

«No quiero a Joslyn.»

«Podría haberte elegido a ti.»

Esas palabras me atormentarían hasta el fin de mis días.

Cuando estuve completamente transformada en dragón, me di la vuelta. Él me miró y despegó, directo al cielo.

Lo seguí, todavía un poco perpleja por su confesión. ¿Se arrepentía de no haberme elegido? ¿Quería cambiar de opinión? Quería saberlo, pero decidí que era mejor no decir nada. Por el bien de Joslyn. Por el bien de todos los dragontinos.

Él se había hecho la cama y tendría que dormir en ella.

El vuelo de vuelta fue tranquilo y un poco incómodo. Drae voló debajo de mí, como me prometió, y con cada batida de alas, el miedo a volar me abandonaba. Cuando llegamos al campo de entrenamiento, Joslyn estaba allí, la buena prometida, esperando a su hombre con su vestido amarillo.

La culpa me carcomió al verla saludarnos con emoción.

—¡Lo has conseguido! —gritó. «No quiero a Joslyn»—. ¡Bien, Arwen! —Lanzó el puño al aire.

«No quiero a Joslyn.»

Me escondí entre los setos y me cambié, notando la bola de mi estómago cada vez más grande y pesada. Cuando salí, Joslyn estaba quitándole una hoja del pelo al rey con una sonrisa en la cara.

—¿Quieres que cenemos juntos esta noche? —le preguntó Joslyn.

—Tengo... mucho trabajo atrasado —dijo, mirándome con culpabilidad.

El corazón se me rompió por Joslyn al mismo tiempo que se me hinchó porque el rey no la quisiera. Era horrible, malvado y, aun así, me di cuenta en aquel momento de que lo quería para mí. Deseé que me hubiera elegido a mí, pero ese tipo de pensamientos se comerían a cualquiera. Por no hablar de que Joslyn era mi amiga y aquello no estaba bien. Tenía que ponerle remedio cuanto antes.

No era justo para Joslyn.

Les dije al rey y a Joslyn que tenía que ir a un sitio y salí con paso apresurado hacia los establos, a buscar a Cal. Cal llevaba tres semanas sin parar de tontear conmigo. Le daría un beso y los dos veríamos que podíamos ser felices juntos y que yo podía olvidarme del rey. Así, Drae me vería con otro hombre y pasaría página felizmente con Joslyn. Salíamos todos ganando.

Pasé entre una multitud de soldados y grité el nombre de Cal, hasta que por fin lo encontré colocándole la montura a su caballo en un lado del granero.

Levantó la mirada y sonrió cuando me vio acercarme a él.

—¿Todavía tienes agujetas de...?

Me choqué contra él y presioné mis labios contra los suyos. Sus brazos me rodearon y me acercó aún más a su cuerpo. Gimió mientras nuestros labios se tocaban y sentí la gravedad de mi error de inmediato.

El mundo no se salió de su eje; aquel beso no fue trascendental. Fue como si le diera un beso de buenas noches a mi madre.

Él se separó de pronto, mirándome con los ojos como platos, como si él tampoco hubiera disfrutado el beso.

Qué idiota era. Le recé al Creador para que me lanzara un rayo y me matara en ese preciso instante para no tener que vivir aquello.

—Lo siento —murmuré, apartándome torpemente de él—. No sé en qué estaba pensando.

Él me cogió la mano.

—No, tranquila. Quiero, pero... no lo tengo permitido.

Me quedé inmóvil, con sus dedos entrelazados con los míos, y lo miré.

—¿No tienes permitido besarme?

Se sonrojó y miro a los lados, como para asegurarse de que no había nadie cerca que pudiera oírnos.

—El rey anunció a toda la Guardia Real que ninguno de nosotros podía tener nada contigo.

«Escoria.»

—¿Por qué? —El corazón me latía con fuerza en el pecho. Podría sentir físicamente cómo desaparecía el color de mi cara.

Cal se mordió el labio.

—Por si le pasa algo a Joslyn... Tú eres su repuesto.

Me subió la bilis por la garganta. ¿El rey había ordenado que ningún miembro de la Guardia Real tuviera nada conmigo para que él pudiera tenerme como repuesto?

No era el repuesto de nadie.

«Será bastardo.»

Asentí y me alejé bruscamente de Cal mientras él gritaba mi nombre. Se me empezaron a llenar los ojos de lágrimas, pero parpadeé para deshacerme de ellas.

«No permitas que te vean llorar.»

Llevaba casi un mes entrenando. Me había roto huesos, hecho heridas, desmayado, y no había soltado ni una sola lágrima delante de aquellos hombres. No iba a llorar ahora por culpa de una herida invisible en el corazón.

Pasé junto a Annabeth y le sonreí mientras la garganta se me cerraba a la misma velocidad que mis pasos. Cuando abrí por fin la puerta de mis aposentos, me lancé al interior y cerré de un portazo.

—¿Arwen? —La dulce voz de Narine venía de la cocina y todo se rompió en mi interior. Los sollozos destruyeron mi cuerpo al caerme al suelo. Ya no podía aguantarlo más.

—Ay, Creador. —Narine vino corriendo, me levantó y me miró de arriba abajo en busca de alguna herida—. ¿Estáis herida?

—Físicamente no. —Sorbí la nariz—. ¡Ni siquiera quería venir aquí! ¡No quería casarme con él! ¡No busqué nada de esto! —lloré.

Por la expresión de Narine, supe que me entendía, y asintió. Se le movieron los rizos alrededor de la cara.

—Los asuntos del corazón duelen más que las heridas físicas. Te voy a hacer un té y a prepararte un baño.

—Gracias —dije llorando, permitiéndole que me llevara hasta el sofá y me dejara allí.

Pero cuanto más tiempo pasaba allí sentada, sorbiendo mi té mientras Narine preparaba el baño, más me enfadaba. Drae le había pedido matrimonio a Joslyn; la eligió a ella, no debería tontear conmigo. ¡Y encima le había dicho a la Guardia Real que no me tocaran para tenerme de repuesto! No era justo. ¡Quería darle un puñetazo en toda la cara!

—Estáis soltando humo —dijo Narine. Me quedé inmóvil y miré hacia abajo, a las nubes de humo que flotaban de mi nariz.

Respiré hondo y me relajé.

«Si no me enamoro de nadie, nadie me destrozará si muere.» Las palabras del rey me vinieron a la cabeza y me desinflé. Toda la rabia que sentía hacia él me abandonó y se convirtió en una bola de pena y lástima. Su situación era horrible, siempre obligado por el deber hacia su pueblo. Joslyn era la opción más segura para tener un hijo, y yo lo respetaba. Si la situación fueras al revés, habría tomado la misma decisión...; habría renegado de mi corazón por el bien de mi pueblo.

Después del baño, leí un rato y pensaba irme pronto a la cama, pero llamaron a la puerta. Esperé que fuera el rey, pero por lo tarde que era, sería inapropiado.

Cuando Narine abrió, entró Joslyn con los ojos rojos por haber estado llorando.

«Hades.»

—¿Podemos ir a dar un paseo? —me preguntó.

«No.»

—Claro. —Me puse las sandalias y metí mi cuchillo de caza en el cinturón de los pantalones, por costumbre.

Recorrimos el pasillo en silencio. Saludé con la mano a una criada que pasó y a la Guardia Real que había en la puerta que llevaba a los jardines. Cuando nos quedamos a solas en el jardín, observando las lilas moradas, Joslyn me miró.

—Jamás me querrá —dijo, y se me rompió el corazón.

—¿Qué? —Intenté parecer sorprendida.

Joslyn se frotó las manos.

—Acabo de hablar con él. Me ha dejado claro que será un matrimonio de conveniencia y que no está seguro de que vaya a quererme como me merezco que me quieran. Y luego me ha dicho que puedo echarme atrás si quiero.

Me quedé impactada.

—¿Echarte atrás? ¿Romper el compromiso?

Ella asintió.

—Me ha dicho que se aseguraría de que no se dañara el nombre de mi familia si elijo irme. Seguiría teniendo estatus de alta cuna y me pagaría un salario mensual para mantenerme el resto de mi vida.

Se me encogió el corazón ante la bondad del rey. Parpadeé varias veces para evitar que brotaran las lágrimas, con la vista borrosa.

—¿Y qué vas a hacer?

Ella se mordió el labio.

—Voy a quedarme. Es mi deber proveer de un heredero real y salvar al pueblo de Embergate, así que lo haré. Con amor o sin él.

También le había dicho que necesitaba un heredero para salvar a su pueblo. Al pueblo de ella. A nuestro pueblo. El noventa por ciento de los habitantes de Embergate tenían magia dragontina en sus venas y terminarían muriendo cuando se desvaneciera la magia del rey.

De pronto, me invadió un tremendo respeto por Joslyn.

—Eres una buena persona. Serás una reina maravillosa —le dije.

Tiré de ella para darle un abrazo y ella lloró en mi hombro. Mentiría si no admitiera que se me rompió el corazón ante la certeza de que jamás tendría a Drae para mí. Pero, en ese instante, juré que jamás volvería a ver al rey como objeto de deseo. Por respeto a Joslyn, que era evidente que lo quería.

Cuando se apartó, se secó los ojos.

—Cuéntame algo para que deje de pensar en todo esto.

Asentí y empecé a pasear por el jardín, intentando pensar en alguna historia de mi infancia que pudiera hacerla reír.

—Una vez, cuando era pequeña, justo después de la muerte de mi padre, nos quedamos sin carbón para la chimenea. Algo curioso, teniendo en cuenta dónde vivimos; pero el carbón había que comprarlo, como todo lo demás. Sin el sueldo de mi padre, mi madre temía que el invierno fuera a ser terriblemente frío.

Joslyn me miró preocupada.

—¿Y qué hicisteis?

—Bueno —murmuré, paseando por césped—. Había oído que la gente de Gypsy Rock se calentaba quemando estiércol seco de vaca... Pero, claro, en Cinder Village no había vacas. Solo perros.

Joslyn estalló de pronto en una carcajada.

—¡Venga ya!

Yo sonreí y la miré, contenta por haber conseguido que se riera y haberla animado.

—Me alegra informar de que la mierda de perro arde bastante bien cuando...

Las palabras murieron en mi garganta. Un hombre apareció de la nada detrás de Joslyn. Le tapó la boca con una mano y con la otra sostuvo un cuchillo en su garganta. Tenía la insignia de Nightfall en su armadura. El brillo del acero de sus alas mecánicas brilló bajo la luz de la luna.

Me quedé inmóvil durante una milésima de segundo y desenfundé mi cuchillo. Luego, escuché el crujido de las hojas a mi espalda y alguien me agarró por la cintura, apretándome fuerte hasta que dejé caer el cuchillo.

—No tan rápido —dijo una voz áspera masculina.

Sentí los latidos del corazón en la garganta al ver a Joslyn temblando aterrorizada.

—¿Cuál de las dos es la futura esposa? —le preguntó el hombre que sujetaba a Joslyn a quienquiera que estuviera detrás de mí.

Unos pequeños bucles de humo se me escaparon de la nariz y empecé a tirar de mi magia de dragón.

El hombre detrás de mí me apretó más fuerte la mano hasta inmovilizarme.

—La tuya.

Ocurrió muy rápido. Joslyn estaba de pie y, un segundo después, el hombre le rasgó la garganta con el cuchillo y la sangre cubrió su vestido antes de que su cuerpo se golpease contra el suelo.

—Mata a esa también. Es el repuesto.

Reconocí al hombre que salió del bosque.

«Bonner.» Un guardia real. Un traidor.

Nunca me había caído bien.

El hombre que me sujetaba sacó su chuchillo. El duelo y la consciencia de la muerte de Joslyn me golpearon con fuerza y me rompieron por la mitad.

Un llanto inhumano me rasgó la garganta mientras el calor, la rabia y la angustia me consumían. Una llamarada azul explotó hacia delante y todo se volvió negro.

15

—Arwen. —Una voz familiar me despertó—. ¡Arwen! —Me dieron una bofetada.

Abrí los párpados y me encontré cara a cara con Drae.

Su mirada de pánico me recorrió todo el cuerpo.

—¿Estás herida? —dijo.

Parpadeé varias veces y miré hacia abajo. Estaba completamente desnuda. Se me había quemado la ropa. Tenía pequeñas manchas de ceniza por la piel. Miré alrededor del jardín y entonces lo recordé todo.

—Joslyn. —Lloré con el labio estremecido y empezó a temblarme todo el cuerpo.

El rey se agachó y se quitó la túnica. Me ayudó a sentarme y me metió los brazos en la ropa. Había soldados corriendo por todo el jardín, gritando órdenes y cogiendo armas, pero yo solo veía el precioso pelo negro esparcido por el césped y la mancha de sangre bajo el cuerpo de Joslyn.

—No... No he podido salvarla —lloré.

El rey me cogió en brazos y vi dos cadáveres en el suelo. Estaban quemados como carne de animales. Debí de... Mi poder...

—Alguien me ha traicionado. ¿Quién ha sido? —El rey gruñó mientras caminaba conmigo en sus brazos, apretándome con fuerza contra su pecho.

—Bonner —dije débilmente.

El rey apretó la mandíbula y sus brazos me sujetaron aún con más fuerza.

—Interrogad a la mujer de Bonner. Si sabía que era un traidor, desterradla a ella y a sus hijos a Nightfall.

Cal asintió y salió corriendo.

Nightfall no era un buen sitio para los dragontinos. Supongo que por eso el rey mandaba allí a los traidores. En cuanto ponías un pie en sus tierras, te mataban si tenías el más mínimo ápice de sangre mágica. Pero ahora mismo eso me daba igual. No podía quitarme de la cabeza la imagen de Joslyn desangrada como un cabrino.

Me tembló el cuerpo y un frío mortal se apoderó de mí.

Drae me dio una bofetada y ahogué un grito, consciente de que me había vuelto a desmayar.

—¡Va a entrar en estado de choque! —dijo la doctora Elsie.

¿Cuándo había llegado la doctora Elsie?

Miré a mi alrededor y observé el papel de la pared con escamas negras de dragón y la cama con dosel laqueado en gris. Drae me dejó sobre las sábanas de seda negras y me miró con los ojos muy abiertos.

—Ha quemado la mitad del jardín. Explotó con un fuego de dragón de al menos seis metros de ancho.

La doctora Elsie sacó una varita curativa de elfo de su bolsa y la sujetó sobre mí. Ya había visto una curación élfica una vez. Una elfa había llegado al pueblo durante un viaje por el peligroso Estrecho Angosto, el pequeño terreno neutral dentro de Nightfall que iba de Embergate a Thorngate. Si ponías un dedo fuera del estrecho, los guerreros de Nightfall podían clavarte una flecha en la espalda con toda legalidad.

La elfa había estado viajando con un amigo que se alejó de la zona neutral y llegó a Cinder Village con una flecha clavada en la espalda. Cuando el curandero le llevó su varita curativa a la elfa, desprendió un brillo sobrenatural que no olvidaré jamás. Era una mezcla entre azul y morado, pero también plateado. Como si todas las estrellas del firmamento estuvieran contenidas en esa varita y...

«Plas.»

Grité con los ojos muy abiertos.

—¡Aguanta! —gritó la doctora Elsie.

—¡Deja de abofetearme! —me quejé con debilidad, mirándola a los ojos.

—Necesito que estés consciente, Arwen. Estás entrando en choque y no sé por qué.

Sus palabras me asustaron mucho.

Sostenía la varita sobre mí, del tamaño de una ramita que flota en el río. Brilló con esa luz morada azulada que parecía que me inundaba la piel, rodeándome y abrazando mi cuerpo. La luz no tocaba las sábanas que había debajo de mí, solo buscaba y se ceñía a lo que estaba vivo, de la misma forma que hizo la de la elfa que llevaron a mi pueblo.

De pronto, empezaron a temblarme las piernas, y los dientes me castañeaban con violencia.

Elsie se asustó al mirar la luz que me bañaba la piel, como si le acabara de decir algo.

—¡Preparad un baño caliente! ¡Está fría como el hielo! Le están fallando los órganos. Ha usado todo su fuego para enfrentarse a los dos hombres y está... congelándose.

El rey Valdren apareció sobre mí, con los ojos brillantes con fuego naranja.

—No hay tiempo para un baño. Aparta.

La doctora Elsie lo miró con el ceño fruncido.

—Mi lord, necesita ca...

—¡APARTA! —rugió el rey. Ella dio un salto y se tambaleó hacia atrás.

Me convulsionó todo el cuerpo. El frío me llegaba hasta el corazón y lo aplastaba. Cerré los ojos, lista para encontrarme con el Creador, y entonces un calor abrasador me arrasó la piel. Se me abrieron los párpados de golpe justo cuando le rey se tumbó encima de mí y unas llamas que le salían de las manos me envolvían todo el cuerpo.

Me quemaba, pero era bueno. Metió las manos por mi espalda y me tiró hacia él, aplastándonos a los dos en una crisálida de calor. Las llamas bailaban a nuestro alrededor y podía oler el fuego de la cama chamuscándose, pero el rey y yo permanecíamos ilesos, como si el fuego de dragón fuera un bálsamo curativo y no el calor abrasador que sería para

cualquier otra persona. Lo miré a los ojos y sentí su peso sobre mí mientras él me miraba.

La evidencia me golpeó con fuerza.

Me había enamorado de él. Lo quería. Lo...

Se me cerró la garganta de la emoción al pensar en Joslyn. En Cal y en cómo se había apartado de mi beso. Yo era el repuesto, no me había elegido. Tenía que recordarlo.

El calor derritió el frío intenso que se había apoderado de mi cuerpo y dejé de temblar. Ya no me castañeaban los dientes y mi mente recuperó la claridad. Respiré hondo. Ya no me sentía a medias en el mundo.

El fuego que nos rodeaba se extinguió y Regina y la doctora Elsie se acercaron corriendo, golpeando las sábanas para apagar las pequeñas llamas que habían estallado a nuestro alrededor. El rey se apartó de mí, con el pecho jadeante, desnudo como el día que nació.

Sus ojos se cerraron un poco al mirarme. Yo miré mi cuerpo y vi que la túnica se había quemado y volvía a estar completamente desnuda.

—Cuídala bien —le dijo a la doctora Elsie—. Que no salga de mi habitación hasta que vuelva.

La doctora asintió y Drae cruzó la habitación, cogiendo de paso un par de pantalones del armario. Regina se puso a mi lado.

—Mi rey, ¿cómo responderéis ante tal injusticia? La reina de Nightfall acaba de matar a vuestra futura esposa y ha intentado hacer lo mismo con vuestro repuesto.

«Repuesto.»

Había dicho «repuesto». ¿Regina también lo sabía? ¿Era yo la única que pensaba que estaba allí porque de verdad quería que formara parte de su ejército? Me puse de lado para alejarme de ellos; las lágrimas brotaron de mis ojos y fueron a parar a las sábanas. La doctora Elsie me cubrió con una manta y empezó a escanearme otra vez con la varita élfica.

—Me ha arrebatado la oportunidad de tener un heredero, así que le quitaré a ella uno de los suyos. —La voz del rey podría cortar cristal. Yo me tensé al oír sus palabras.

—¿A uno de sus hijos? —Regina parecía encantada.

El rey debió asentir, porque se escuchó un portazo y me dejaron en silencio, bañada en la luz élfica curativa y completamente sola.

¿El rey iba a matar a uno de los hijos de la reina de Nightfall? Había oído que tenía siete, y una hija.

¿Y si mataban a Drae intentando vengarse de la muerte de Joslyn? No podía permitir que ocurriera eso, no cuando yo tenía el poder para ayudarlos.

Me incorporé y la doctora Elsie se inclinó hacia atrás para que no chocaran nuestras cabezas.

—¿Estoy curada? Su fuego me ha curado, ¿verdad? Me encuentro bien —le informé. Por bien me refería a físicamente bien y emocionalmente frágil.

Ella frunció el ceño.

—Vuestro cuerpo parece estable, los órganos funcionan correctamente, pero...

Me levanté de la cama de un saltó y corrí al armario del rey.

—Pero no podéis ir a ningún sitio. ¡Son órdenes del rey! —pidió Elsie.

Me puse una de sus túnicas, sin preocuparme de la ropa interior, y salí a toda prisa de la habitación.

—¡Uy! —Me choqué de lleno con el pecho de Cal.

—¡No puedo dejar que vayáis a ningún sitio! —me dijo con el ceño fruncido al ver mi apariencia. Seguramente tendría hollín en el pelo y en los pliegues de la piel, y parecería un animal salvaje. Me daba igual. Me sentía como un animal.

—Quita —gruñí con la nariz humeante.

Cal puso los ojos en blanco y amplió la distancia entre nosotros.

—Por orden del rey, no saldréis de esta habitación, Arwen.

Levanté la mano, invocando una bola de fuego.

—Aparta o llévame con Drae. Me da igual cuál de las dos, pero quita de mi camino.

Cal suspiró, pero se apartó.

—Os llevaré con él y luego otra vez de vuelta aquí —dijo.

Salí corriendo, sin esperarlo.

Si el rey iba a vengarse en nombre de Joslyn, yo iba a ayudarlo.

Sabía dónde estaría: en el establo, preparándose para salir con su ejército. Corrí por el pasillo, con las piernas aún temblorosas por el trauma de ver cómo asesinaban a Joslyn delante de mí. No podía quitarme de la cabeza la imagen de su cuerpo sobre el charco de sangre. Yendo a toda velocidad por el camino grasiento hacia el granero, lo encontré hablando con un pequeño contingente de seis guardias drayken, Regina entre ellos.

—Me transformaré y os llevaré a dos de vosotros en la espalda hasta el territorio de Nightfall...

Cuando me vio acercarme, dejó de hablar.

—Arwen —gruñó, y miró a Cal.

—Voy contigo —exigí.

Regina suspiró, llevándose a cinco de los guardias y a Cal. Nos quedamos Drae y yo solos.

—No puedes venir. Y no hay más que hablar —anunció.

Estreché los ojos y me acerqué a él hasta que nuestros dedos estaban prácticamente tocándose.

—No voy a quedarme aquí para ser tu repuesto —solté—. Soy más que un útero. Soy una guerrera, y lucharé por el honor de Joslyn, contigo o sin ti.

Echó la cabeza hacia atrás, como si acabara de darle una bofetada.

—No... No te veo como un simple útero, ni como un repuesto —protestó.

—Mentira —dije—. Me has visto así desde el primer día. Y a Joslyn también. Iba a quedarse contigo, ¿lo sabes? Me dijo en el jardín que, aunque tú le habías dicho que jamás ibas a quererla, se quedaría contigo para cumplir su deber de darte un heredero.

Él se quedó inmóvil, con la respiración acelerada.

—Le dije a Joslyn que jamás iba a quererla porque... estaba enamorado de otra persona —dijo.

Me quedé muy quieta. El corazón me latía tan rápido que parecía que iba a saltar al suelo para enseñarle al rey lo nerviosa que estaba.

—¿De quién? —pregunté tímidamente, rezando por saber la respuesta.

—De ti. Te quiero a ti —respondió.

Tragué saliva. Todo mi interior estaba en disputa. «Joslyn. Repuesto. Besar a Cal. Útero real. Heredero. Repuesto. Repuesto. Repuesto.»

—No me quieres. Me necesitas. Necesitas mi útero —clarifiqué, incapaz de asumir la realidad. Si Joslyn no hubiese estado muerta en ese mismo instante y yo no fuera su única opción para tener un hijo, ¿habría dicho esto?

—¡Eres imposible! —gritó, abalanzándose hacia mí.

Me tambaleé hacia atrás, pensando durante una milésima de segundo que iba a pegarme. Menuda tontería. Su mano me agarró por detrás del cuello y me tiró hacia delante, presionando sus labios contra los míos.

Ahogué un grito, inhalando su aliento. Mis labios se abrieron y nuestras lenguas se enredaron. Parecía que nuestros besos siempre eran igual: rabiosos, apasionados y calenturientos. Con la otra mano, me agarró la cintura y apretó mi vientre contra su cuerpo. Gemí al sentir su cuerpo pegado al mío; el calor se acumuló entre nosotros, y deslicé mi lengua por la suya, sintiendo que el mundo se paraba.

Había algo de hambre en sus besos que me encantaba. Era como si estuviera hambriento por mi sabor y nunca fuera suficiente. Yo también quería consumirlo a él, pero había una palabra que no paraba de repetirse en mi cabeza:

«Repuesto.»

¿Me estaba besando solo porque Joslyn había muerto y yo era su única opción para tener un heredero? ¿Lo culpaba por ello? ¿Seguía queriendo este cariño aunque fuera falso?

Me aparté de él, ya sobria de sus labios, y me llevé las manos a la boca.

Sus cejas se hundieron con preocupación al mirarme.

—Respeto tu situación, pero... —Respiré hondo—. Soy demasiado buena para ser el plan B de nadie. —Mantuve la barbilla alta, plenamente consciente de que aquello podía matarme. Esa podía ser la única razón por la que me mantenía con vida, y ahora que lo estaba rechazando, él podría hacer lo que mi madre me advirtió desde el principio.

Drae se llevó las manos al pecho, como si le hubiera clavado un cuchillo.

—Arwen, eres... No lo entiendes...

—¡Mi lord! —La voz aguda de Regina llegó de detrás de nosotros y ambos nos sobresaltamos—. Amanecerá pronto. Si queremos hacer esto y llegar a su casa ocultos en la oscuridad, debemos irnos ya.

Miré a Drae.

—Volaré con vosotros. Puedo llevar a uno en la espalda. —La única forma segura de entrar en territorio de Nightfall era por el aire. Sus fronteras eran las más seguras de todos los reinos.

Sus ojos brillaron naranjas.

—Nunca has llevado a nadie.

—Yo soy pequeña —dijo Regina—. Puede llevarme a mí. Sé quedarme quieta para no desequilibrarla.

—Pues ya está —declaré. Y entré al granero pasando junto al rey para quitarme la túnica que llevaba puesta y transformarme.

Fuera discutieron brevemente, pero me dio igual; iba a ir. Me sentía todavía más culpable por haber besado al rey cuando el cuerpo de Joslyn apenas llevaba una hora sin vida. Tenía que vengarme. Cuando me transformé del todo, salí del granero al terreno abierto, donde el rey también se había transformado en dragón. Ahogué un grito al ver los pequeños trozos de piel humana que aparecían entre sus escamas negras, como si no pudiera transformarse totalmente.

—Está empeorando —apuntó Regina. El peso de la gravedad de verlo así me paralizó.

Su magia estaba muriendo sin un heredero; algo que yo podía darle. Algo que quería darle. Él me miró y sentí un vínculo intangible entre nosotros. No sabía explicarlo, pero era como si algo nos atara, amarrando nuestros destinos.

«Que el Creador me ayude», recé. Drae estaba confuso y yo no estaba segura de nada, solo de que, ante todo y principalmente, quería ser honesta conmigo misma. Quería que me quisieran, que me adoraran, que me desearan.

«Volemos —dijo—. *Por Joslyn.»*

«Por Joslyn», coincidí.

Despegué y volé hacia el oeste, reproduciendo en mi cabeza el mejor beso que me habían dado en la vida. ¿Todos los besos con él serían así? ¿O

era solo porque era algo nuevo y emocionante y... prohibido? No debería besar a un rey prometido con otra. «A un rey que está en duelo por la pérdida de su futura esposa.»

Pero ¿de verdad estaba en duelo? No lo parecía. Respetaba a Joslyn, pero parecía más enfadado que triste por su muerte. Aun así, no era el momento y me sentía fatal. ¿Por qué iba a besar a un hombre que no había dicho nada cuando Regina me llamó repuesto? Ese era el motivo más importante para no volver a besarlo nunca más. Esos pensamientos no se me iban de la cabeza mientras volábamos hacia un destino desconocido.

16

Volamos por encima de la frontera de Nightfall, escondidos entre una densa nube de niebla. Nunca había estado en esa parte del reino y, aunque estuviera en una misión, también estaba haciendo turismo, en cierto modo. Cuando llegamos a su puerta principal, volamos aún más alto para evitar que nos detectaran.

El reino de Nightfall tenía más cristal y metal del que yo había visto en toda mi vida. Por las calles rodaban carruajes mecánicos sin caballos, con linternas en la parte delantera. Y, aunque era de noche, todo estaba iluminado. Pero no con llamas o fuego; era... una luz diferente. Un brillo suave y constante. Los edificios estaban fabricados con destreza. Cristal, ladrillo y metal. Todas las líneas eran muy rectas, nada parecía escarpado, ni montado con prisas. Me fastidiaba admitir que era precioso, algo muy bonito de admirar.

Había soldados estacionados en todas partes, dos en cada esquina, y todos tenían diferentes aparatos para matar. Armas metálicas cargadas con proyectiles. Lanzadores de flechas, lanzadores de lanzas, uno incluso tenía una llama ardiendo en la punta. ¿Un lanzador de fuego?

¿Qué lugar era ese? Un sitio de invención y tecnología que yo no había visto ni en mis sueños más locos... ni en pesadillas. Era como si la reina quisiera eliminar la magia y utilizar sus máquinas y metales para convertirse en «humanos mágicos».

«El hijo mayor de la reina vive a las afueras del castillo de Nightfall, en su propio fuerte.» La voz de Drae me perforó la mente y me sacó de mis pensamientos.

«¿Cómo lo sabes?», pregunté mientras girábamos hacia la izquierda, alejándonos de las luces intensas de un castillo lejano y adentrándonos en un pueblo más pequeño.

«Espías», fue todo lo que dijo.

El beso que nos habíamos dado seguía presente entre nosotros. Yo ya no sabía cómo comportarme delante de él. Me había salvado la vida calentándome cuando me estaba congelando, pero no me sentía agradecida por eso. Estaba enfadada porque le hubiese dicho a Cal y al resto de guardias que no podían tener nada conmigo. Había aceptado como si nada que Regina se refiriera a mí como su repuesto, y de la misma manera había mencionado que me quería a mí a pocos minutos de la muerte de Joslyn. ¿Hablaba de mí como su repuesto con Regina y no como su amiga o como miembro de la Guardia Real? Porque eso era lo que más me dolía.

Me veía como una póliza de seguro.

Me empezó a salir fuego de la nariz y el rey volvió la cabeza hacia mí. Apagué el fuego y miré hacia delante, preparada para centrarme únicamente en la tarea que nos ocupaba.

«Vengar a Joslyn.»

Todavía no me parecía real que ya no estuviera, que su alma hubiera abandonado su cuerpo.

«Debería haberla protegido. Soy una guardia real de mierda», le murmuré a Drae.

Él me miró.

«¿Guardia real de mierda? ¿Y la docena de soldados de la guardia de Nightfall que se colaron en mi palacio? Regina está fuera de sí porque no hizo su trabajo. Tú hiciste más que nadie. Los mataste.»

No me había parado a pensar en cómo podía estar tomándose todo aquello Regina. De lo enfadada que estaría porque, como líder de los drayken, había permitido que dos extraños se coloran y asesinaran a la prometida del rey. Por no hablar de que había habido un espía entre sus filas y no se había enterado.

Después de eso, no dije nada más. Me di cuenta de que aquello no solo me afectaba a mí, aunque estaba segura de que yo era la que mejor conocía a Joslyn y la que más se preocupaba por ella.

«Desciende, entra en esa neblina», dijo el rey de pronto, y bajó. Yo descendí con él y nos encontramos volando en una neblina blanca y húmeda.

—Esos árboles... —comentó Regina.

Miré hacia la izquierda y vi que justo después de las puertas de la fortaleza había un pequeño huerto de árboles frutales. Nos quedamos en la neblina, sobrevolamos la valla y, cuando llegamos frente a los árboles, Drae cayó en picado, como si se le hubieran roto las alas.

«Desciende rápido para que no te vean, luego bate las alas en el último momento para suavizar el impacto», explicó el rey.

Una caída así me asustaba mucho. Me recordaba a aquella vez que el viento me había golpeado y me había tirado al suelo, provocándome heridas muy severas.

Rodeé el huerto, aún escondida entre la neblina, consumida por el miedo. ¿Y si no bajaba lo bastante rápido y los guardias nos veían? o ¿y si caía demasiado rápido y mataba a Regina, que estaba atada a una cesta en mi espalda? Di vueltas durante un minuto entero, rota en dos por la ansiedad, cuando Regina se inclinó hacia delante y me acarició la cabeza.

—Tú puedes. Voy a estar bien. Me he caído muchas veces de la espalda del rey Valdren.

Con esa seguridad, caí en picado, cerrando las alas para que fuera una caída libre. El instinto me pedía que batiera las alas para mantenernos en el aire, pero la voz de Drae apareció en mi mente.

«Aguanta.»

En cuanto pasé por la copa de los árboles, mis alas se despegaron de la espalda de golpe.

«¡Ahora!», gritó Drae, y batí las alas como una loca para ralentizar la caída. Lo conseguí, pero aun así fue una caída muy rápida, y golpeé en el suelo con el pecho y los pies, tambaleándome hacia delante como un payaso borracho en un festival de verano. Noté que Regina se balanceaba encima de mí hasta que recuperé el equilibrio.

Se desató de mi silla rápidamente y sacó mi traje de caza de cuero marrón. El rey ya se había cambiado y me estaba esperando con otros tres hombres, Cal entre ellos. Nox y Halcón eran los otros dos. Halcón era un veterano con tantas cicatrices que no entendía cómo podía quedarle sensibilidad en la piel. Lo único que sabía era que lo habían quemado vivo. Me habían dicho que tenía un halcón de mascota, de ahí su mote, pero que ya había muerto. Era un buen hombre y un gran amigo del rey que también sirvió bajo las órdenes de su padre.

—Regina —susurró Drae—, nos dividiremos en dos grupos. —Habló mientras yo me cambiaba y todos los hombres me dieron la espalda para respetar mi privacidad—. Halcón, Nox y yo iremos primero. Tú, Arwen y Cal, id a la parte de atrás; seréis el equipo de extracción.

Por el entrenamiento, sabía que eso significaba que a lo mejor tenía que buscar la forma de sacarlos una vez que cometieran el asesinato. Era el trabajo más fácil, pero me había dejado venir, así que no iba a quejarme. Terminé de vestirme y me fui a su lado.

—¿Matar a este tío le hará daño a la reina? —susurré a Drae. Quería asegurarme de que esa bruja pagaba por lo que le había hecho a mi amiga.

Drae asintió.

—No solo eso, es su comandante jefe. Ninguna misión sale adelante sin su planificación y aprobación.

Apreté la mandíbula hasta que me crujieron los dientes por la presión. ¿Este tío era el responsable directo de la muerte de Joslyn?

Miré a Drae.

—Prométeme que acabarás con él.

Él me miró y asintió.

—Te doy mi palabra, Arwen.

«Arwen.» La forma en la que pronunciaba mi nombre hacía que se me retorciera el estómago.

Nos colamos por un pasadizo lateral y dejamos que el rey nos llevara. Tenía un mapa en papel y lo consultaba con frecuencia. Quienquiera que fuera ese espía, nos había dado un diagrama que nos llevaba directamente al dormitorio del hijo mayor de la reina de Nightfall.

Su heredero.

Fui consciente de la gravedad de lo que estábamos a punto de hacer. Asesinar a un hombre mientras dormía, independientemente de lo malo que fuera, era difícil de digerir. En ese momento supe por qué Drae me había adjudicado el equipo de extracción. No estaría allí para verlo y, después de haber sido testigo de la muerte de Joslyn hacía unas pocas horas, era algo que agradecía.

Llegamos al lateral de una gran finca, escondida en un callejón, y nos escondimos inmediatamente entre las sombras cuando vimos a un guardia que pasaba por delante de nosotros. Estaba bañado con la luz de una linterna, y me alivió ver que no tenía alas mecánicas.

Había una pequeña ventana en el lateral de la casa que teníamos delante. Drae le hizo una señal con los dedos a Regina y ella asintió. Me acerqué un poco ¡y vi que estaba abierta! Drae iba a entrar por esa ventana, y no volvería a verlo hasta que todo aquello terminara.

¿Y si moría...? ¿Y si el hijo de la reina dormía con una espada debajo de la almohada y con un guardia en la puerta?

Agarré la mano de Drae antes de que se fuera y la apreté.

«Ten cuidado», le envié mentalmente, sin saber muy bien si funcionaría con la forma humana.

Él me asintió, me apretó la mano y se marchó. Halcón y Nox lo siguieron.

Estaba muy enfadada con ese desgraciado, pero no quería que muriera. No podía soportar otra muerte.

Sin decir nada, Regina nos hizo una señal con la mano a Cal y a mí para que la siguiéramos hasta el final del callejón. Para cuando pasamos por la ventana abierta, Drae y los demás ya habían entrado.

Cuando llegamos al final del callejón, Regina señaló a los establos que había al otro lado de la calle, y Cal y yo asentimos. Teníamos que ir allí. Había una gran posibilidad de que Drae resultara herido y tendríamos que llevarlo en carruaje de caballos hasta casa. Fuera como fuese, necesitábamos tener dos salidas en todo momento: una por aire y otra por tierra. Por si acaso.

Regina asomó la cabeza por el callejón y miró rápidamente a ambos lados. Volvió a sumir el cuerpo en la oscuridad y nos hizo una señal para

que saliéramos. Salimos los tres rápido del callejón y nos dirigimos a los establos. No corrimos, porque sería sospechoso para cualquiera que nos viera, pero tampoco fuimos tan despacio que pudiera parecer inusual. Era el paso perfecto de tres amigos que van rápido a casa después de pasar la noche bebiendo en la taberna.

En cuanto entramos en los establos, vimos a un guardia. Se había estado aliviando dentro y, al vernos, se subió rápidamente los pantalones. Tambaleándose, intentó coger su espada, pero Regina fue más rápida. Se abalanzó hacia delante y le golpeó la cabeza con la culata de su daga. El guardia cayó sobre el charco de su propia orina.

—Qué mala suerte —dijo Regina tranquilamente.

Preparamos rápidamente los caballos. Yo todavía no había recibido clases de hípica, pero parte de mi entrenamiento de novata suponía limpiar los establos y atar las monturas, así que ya sabía cómo hacerlo. En cuestión de minutos ya teníamos a dos hembras enganchadas a un carruaje de tamaño mediano en el que deberíamos entrar todos. No encontramos un carruaje cubierto; eran todos mecánicos, sin caballos, y no sabíamos cómo funcionaban. Pero ese carruaje, que parecía que llevara años sin usarse, serviría. Regina puso unas cuantas mantas dentro para taparnos si fuera necesario. Se me aceleró el corazón al pensar en el rey dentro de la finca, llevando a cabo el intento de asesinato del hijo de la reina de Nightfall. Era descarado y peligroso... pero necesario.

«Por Joslyn.»

Si la reina pensaba que podía entrar en Embergate como si nada y arrebatarle al rey la oportunidad de tener un heredero, estaba sumamente equivocada.

Nos quedamos con los caballos dentro del establo, esperando a que Drae nos indicara si necesitaba que los sacáramos. Pero, en lugar de una señal, la puerta de la casa estalló de sus bisagras y Drae salió disparado a la calle en una nube de humo negro.

«Pero ¿qué...?»

Regina le dio una patada al caballo con el talón en cuanto estalló el caos en lo que hasta el momento había sido una noche tranquila. Nox y Halcón

salieron disparados de la casa después, con los brazos ensangrentados. Media docena de guardias los siguieron empuñando espadas.

Apenas tuve tiempo para procesar la escena cuando Regina acercó el carruaje hasta ellos y silbó.

El rey, Halcón y Nox se lanzaron dentro y nos fuimos.

—Misión cumplida —fue lo único que dijo Drae. Una sensación triunfal se extendió por todas mis extremidades. Lo habían conseguido. La persona responsable de la muerte de Joslyn estaba muerta.

Sonó una fuerte y grave corneta por toda la fortaleza y supe que iban a cerrar las puertas y a prepararse para un ataque. Una flecha me pasó junto a la cabeza, pero me agaché. Volví a incorporarme, con los ojos como platos. «Esto debe de ser lo que se siente en una guerra», pensé. Para cuando conseguí procesar lo que estaba pasando, ya se había desarrollado otra situación completamente diferente.

—Sujeta las riendas —me dijo Regina.

Trepé al caballo y me cambié de sitio con Regina, que cogió su arco y empezó a lanzar flechas contra los furiosos soldados del ejército de Nightfall que nos perseguían.

—¡Arwen, vamos a volar! —gritó Drae.

El corazón me martilleaba el pecho a medida que los caballos se acercaban a las puertas cerradas de la fortaleza. ¡Transformarme en dragón y salir volando de allí montada en un caballo en movimiento! «¿Se ha vuelto loco?»

Me volví y me lo encontré rasgándose la camisa.

«Hades, que lo dice en serio. Vamos allá...»

Solté las riendas, salté al pequeño carruaje con él y me despojé de los cueros sin preocuparme por quedarme desnuda. ¿A quién le iba a importar exponerse así cuando estaba a punto de morir?

El rey fue el primero en desnudarse, pero solo a medias. Aún con los pantalones puestos, y en cuestión de segundos, le germinaron las alas en la espalda con un gruñido de dolor. Se había transformado parcialmente en dragón, solo las alas, y con los brazos, agarró a Nox y a Halcón por la cintura.

—¿Puedes coger a Cal y a Regina? Es más fácil coger a dos personas si solo te transformas parcialmente y los sujetas así —dijo.

«Em. No. Hades, no. No puedo.»

Algo aterrador le cruzó la mirada y yo fruncí el ceño. Me estaba ocultando algo.

«No puedo transformarme por completo. No tengo magia suficiente», dijo, y el miedo invadió todo mi cuerpo.

«¿Ya?» Cada vez que se transformaba, perdía poder, lo que significaba que la gente de Embergate estaba en serio peligro.

Yo asentí. Con un salto, él alzó el vuelo y se alejó del carruaje. Nox y Halcón colgaban de sus brazos al sobrevolar la fortaleza.

«¿Qué. Narices?»

—No creo que pueda hacer eso —le murmuré a Regina.

Ella miró hacia atrás, a lo que yo sabía que era la puerta y probablemente un ejército de más soldados.

—Tienes que hacerlo —fue todo lo que me dijo, y ella y Cal me agarraron cada uno de un brazo.

El traje de cuero me colgaba de la cintura, con el pecho cubierto por un pequeño *bralette*, y decidí que, si solo tenía que sacar las alas, no necesitaba quitarme más ropa.

Invocando al fuego de mi interior, empecé a transformarme y noté el dolor cuando me brotaron las alas de la espalda.

—¡Ya! —gritó Regina y el carruaje se detuvo en seco. Di un salto y empecé a batir las alas. Despegamos y, durante unos segundos, pensé que sería fácil. Luego, el peso de dos personas me arrastró hacia abajo.

—¡Más rápido! —gritó Regina, agarrada a mi brazo izquierdo con las dos manos y Cal agarrado al derecho.

Las alas me cedían por el esfuerzo, mientras las batía como una loca, ganando varios metros. El ejército estaba ya debajo de nosotros y nos apuntaban con sus flechas.

«Vamos a morir.»

No conseguía ganar altura suficiente, era demasiado lenta, no...

Una flecha voló junto a mi cara y grité.

Regina soltó una de las manos y apuntó a los arqueros que se nos acercaban.

—¡No! —gritó con una mirada feroz. Levantó la mano y una llamarada de fuego naranja estalló de su palma y golpeó a los hombres que había debajo.

La noche se llenó de chillidos, y luego el ruido sordo de las flechas cortó el aire. Noté un dolor insoportable en el brazo derecho y grité, aflojando durante un segundo el agarre de Cal. Se resbaló, pero consiguió agarrarse en el último segundo. Me volví para mirar qué era lo que me producía el dolor y vi una flecha clavada en mi hombro derecho. La sangre me corría por todo el brazo, hasta las manos de Cal. Batí las alas con fuerza, pero seguíamos apenas a cinco metros del suelo.

Me ardía el hombro como mil demonios, pero seguí, ignorando el entumecimiento de los dedos. Solo tenía que cruzar la muralla. Era el doble de alta de lo que yo estaba volando, así que impulsé las alas con absolutamente todas mis fuerzas.

Pero era demasiado difícil. Perdimos altitud y empecé a llorar.

«¡Ayúdame! No voy a poder superar la muralla», le grité a Drae cuando el pánico se apoderó de mí. Iba a soltar a Cal en cualquier momento.

—¡Lo estoy intentando! —dije. Miré hacia abajo y vi las expresiones de pánico de Cal y Regina.

Regina observó entonces cómo Cal se iba resbalando por mi brazo, y luego me miró a mí.

—Lleva al rey a casa y dale un heredero. Salva a nuestro pueblo, Arwen. ¡Es una orden!

«¿Que le dé un heredero?» ¿Por qué me hablaba de eso en un momento as...?

—¡NO! —El grito me rasgó la garganta cuando me soltó el brazo y cayó al suelo, directa a la batalla. Cal me agarró el otro brazo, dejando caer todo su peso para aliviarme el hombro herido.

Miré hacia abajo y vi a Regina sacar su espada y luego escupir una llamarada, intentando sortear a los veinte hombres que la atacaban.

«¡No!» ¡Así no! No podía terminar así.

—¡Regina! —Noté un peso en el estómago en cuanto empecé a descender para ayudar a mi comandante, pero antes de que me diera tiempo a hacer nada, la alcanzaron media docena de flechas en cuestión de segundos. Y, si eso no fuera suficiente, un soldado de Nightfall la agarró y la degolló. Una ira desenfrenada y una profunda tristeza me recorrieron todo el cuerpo por igual, una sin dejar espacio a la otra, mientras me golpeaban todo el cuerpo.

Cal me apretó el brazo.

—¡No! Todo habrá sido en vano. Sobrevuela la muralla. El rey no ha venido a ayudarnos, lo que significa que está herido.

La urgencia de Cal me sacó de mi duelo. ¿El rey estaba herido? ¿Por qué no había acudido en nuestra ayuda ni me había contestado?

Miré cómo Regina se caía hacia delante. Se me encogió y entumeció todo el cuerpo. Era todo lo que necesitaba ver para saber que, si no conseguía sacarnos de allí, ambos moriríamos. Batí mis alas con fuerza, sujetando a Cal prácticamente solo con mi brazo bueno, y me elevé lo suficiente para pasar por encima de la valla ahora que cargaba menos peso. Llegué al saliente de árboles donde estaban nuestras monturas y recé para que el rey también estuviera allí.

Regina... Mi ídolo, mi mentora, la líder de los drayken del rey...

«Muerta.»

No era capaz de procesarlo, no me parecía real. Tenía la esperanza de despertarme en cualquier momento y descubrir que las muertes de Joslyn y Regina solo habían sido una pesadilla enfermiza.

En cuanto llegamos a los árboles, supe que algo no iba bien. Drae estaba en el suelo, apoyado sobre las manos y las rodillas, vomitando todo lo que había cenado.

Aterricé torpemente, tropezándome con los pies pero aliviada por soltar el peso de Cal.

—¿Qué ocu...? —Las náuseas me arrasaron y un sudor frío me cubrió todo el cuerpo.

Drae se puso de pie y vi que a él también le había alcanzado una flecha. Más bien le había rozado. Tenía una pequeña línea de sangre en un brazo.

—Regina está... muerta —dije, parpadeando rápido con la vista borrosa.

«¿Qué está pasando?» ¿Perder a Regina y a Joslyn en la misma noche era demasiado para mi corazón? Tenía la sensación de estar muriéndome.

El rey se acercó a mí, agarró la flecha clavada en mi hombro y tiró. Intenté gritar, pero me tapó la boca, así que no sonó más que un gemido contra sus dedos salados.

—Las flechas están envenenadas —dijo en voz baja, mirándome con los ojos muy abiertos—. ¿Tenemos más antídoto? —preguntó a Nox.

Nox se acercó.

—No, señor, solo el que se ha tomado usted.

El pánico que se reflejaba en su cara hizo que me temblaran las rodillas.

—Voy a morir —mascullé.

Quizás fuera lo mejor. A lo mejor esa noche sería conocida como la Noche de la Tristeza. La noche en la que al rey le arrebataron a su prometida, a su repuesto y a su comandante. Ya me daba igual, solo quería dejar de sufrir.

—¡No! —Me sacudió por los hombros y miró a Cal—. ¿Podéis llegar a Embergate a pie?

Cal asintió.

—Mi lord, no sobrevivirá al vuelo. La doctora Elsie está demasiado lejos —dijo Halcón.

Drae bajó la cabeza.

—Lo sé. Pero estamos a unos pocos kilómetros de la frontera con Arcondiel.

Cal abrió mucho los ojos.

—¿Va a acudir a los elfos?

Drae suspiró.

—No tengo otra opción.

Sentí un calambre insoportable en el estómago y me caí hacia delante. Drae se apresuró para cogerme.

—Déjame ir. Quiero estar con Joslyn y Regina —gimoteé.

Él me acercó a su pecho y me susurró al oído:

—No puedo. Te necesito.

«Te necesito.» Llevaba tanto tiempo deseando que me dijera eso y, aun así... no pensaba que lo dijera con el sentido que yo quería.

Necesitaba mi útero. No a mí.

Todo se volvió borroso y empecé a ver fragmentos de toda mi vida.

Volando.

Drae corriendo hacia el humilde hogar de una pareja de elfos, conmigo en sus brazos, gritando de terror.

La mujer de la casa escaneándome con su varita.

Mirando a Drae y sacudiendo la cabeza para decirle que no sobreviviría.

Más vuelo.

Todo terminó con un hombre de aspecto siniestro mirándome. Tenía el pelo blanco y una corona de plata sobre la cabeza. Yo estaba tumbada en una especie de cama de cristal. Estaba dura, pero... no era incómoda. Parecía estar esculpida en un cuarzo rosa gigante con muescas en las que mi cuerpo encajaba como un guante.

—Estos asuntos no me conciernen —dijo el hombre, sin quitarme la vista de encima.

Me puse de lado y gemí por los calambres que sentía en los músculos, tan dolorosos que quería morirme. Parecía que el corazón me latía en los oídos.

—Raife —gruñó Drae—. Es importante para mí. Sé que puedes salvarla. Si lo haces..., te daré lo que quieras. Carbón, barcos, jade. ¡Pon un precio!

¿Raife? ¿Raife Piedralucera, el rey de los elfos? Se rumoreaba que había perdido a toda su familia en una sola noche a manos de la reina de Nightfall. Sus padres y siete hermanos. Ahora era un hombre atormentado en busca de venganza.

—¿Un precio? —El rey Raife inclinó la cabeza a un lado—. Hermano, mi precio siempre ha sido el mismo y, aun así, me lo niegas siempre. Ya sabes lo que quiero, lo que exijo.

Yo gemí. Una sensación de ardor me quemaba la garganta. Drae se arañó la cara.

—Está bien. Te ayudaré a matar a la reina de Nightfall si salvas a Arwen, pero tienes que conseguir que Lucien y Axil nos ayuden. Si no nos unimos, será demasiado poderosa.

¿Lucien Espino, el rey de los feéricos; y Axil Luna, el rey de los lobos? ¿Drae acababa de aceptar destruir el reino de Nightfall para salvarme la vida?

Raife se frotó la barbilla, como si pensara detenidamente, y Drae se abalanzó sobre él.

—¡Sálvala, maldita sea!

El rey elfo puso los ojos en blanco.

—De acuerdo, trato hecho. Puede que conseguir que los otros reyes acepten nos lleve un tiempo, pero mantendrás tu promesa.

Me agarré la garganta, ya no podía respirar. Di una bocanada en busca de aire.

Drae se cruzó el puño sobre el pecho.

—¡Lo juro, Raife! ¡Te ayudaré a vengar a tu familia! ¡Pero sálvala!

Raife se arrodilló y movió las manos sobre mí, trayendo con él un olor a lirio. Yo odiaba los lirios. Olían demasiado fuerte y siempre me hacían estornudar. El rey elfo se inclinó hacia delante, colocó su nariz a un centímetro de mi hombro herido y aspiró.

—Savia de madera muerta —declaró.

Drae se puso a mi otro lado.

—¿Puedes revertirlo?

Raife levantó la cabeza para mirar a Drae y me pregunté de qué se conocerían. Raife lo había llamado hermano.

—¿Es tu elegida para darte un heredero? —preguntó Raife.

Yo me tensé a la espera de su respuesta.

«Repuesto.»

Drae me miró a los ojos y luego asintió.

—Si ella acepta.

El corazón me latía salvaje en el pecho; la vista se me empezó a poner negra. Si iba a morir, había sido muy bonito escuchar eso antes de marcharme.

Raife asintió.

—Muy bien, entonces.

Colocó una mano sobre mi hombro herido y grité cuando su piel tocó la mía. Un destello de luz morada explotó de su mano, cegándome por un

momento. Luego la oscuridad que empezaba a hacerse con mi visión desapareció y dejó de arderme la garganta. Por fin podía respirar. Absorbí enormes cantidades de aire para llenarme los pulmones. Luego, uno de mis músculos dejó de doler y las náuseas se desvanecieron.

Miré sorprendida al rey elfo y él me devolvió una mirada fría y despiadada. Hizo una mueca y me pregunté si el curarme le estaba provocando a él dolor. Apartó la mano de mi hombro y se la llevó al pecho como si estuviera herido.

Me incorporé, sintiéndome repentinamente mucho mejor.

—Gracias —dije.

Él me ignoró y miró a Drae.

—Marchaos antes de que amanezca. Mi consejo no puede saber que os he ayudado hasta que no consiga convencerlos para acabar con Zaphira.

Drae agachó la cabeza y sonrió levemente al rey Raife.

—¿Siguen insistiéndote en que te cases?

Raife gruñó, sacudiendo los dedos como para expulsar lo que le hubiera provocado revertir el veneno.

—He de casarme antes de que llegue el invierno, o dicen que me derrocarán.

Drae volvió a sonreír mientras asentía y dio un paso hacia delante, agarrando al rey elfo y dándole un abrazo.

—Gracias, hermano.

Raife no le devolvió el abrazo. Se quedó inmóvil, como si no hubiera abrazado a nadie en su vida, pero a Drae no pareció importarle. El rey dragón se apartó y apretó a Raife por los hombros. Luego se dio la vuelta y vino junto a mí.

Raife salió por la puerta del fondo y, por primera vez, miré la habitación en la que me encontraba: suelos de piedra blanca, papel pintado morado con motas doradas. Era calmada, curativa.

—¿Drae? —gritó Raife desde la puerta abierta.

Drae se dio la vuelta y miró al rey elfo.

—Iré a por ti y acabaremos con el reinado de la reina Zaphira. —Fue una orden y una promesa.

Sentí como si la lengua se me hubiera quedado pegada al cielo de la boca. Estar al borde de la muerte dos veces en un día era demasiado para mi cuerpo.

—Dime que estás bien. —Drae se arrodilló delante de mí, me puso las manos sobre la cintura y me miró fijamente a los ojos.

Fruncí el ceño y sentí cómo me temblaba el labio a medida que las lágrimas brotaban de mis ojos.

—Yo... —Un quejido abandonó mi garganta—. Joslyn... Regina... —dije.

Él suspiró, mirando a las frías baldosas blancas.

—Hemos permitido que la reina continúe demasiado tiempo. Tenemos que detenerla.

—Con sus artilugios voladores y lanzadores de fuego, no sé cómo vamos a hacerlo. Ni siquiera con los elfos. ¿Has visto sus carruajes sin caballos?

Drae asintió.

—Los padres de Raife quisieron frenar su tecnología porque conocían sus planes de acabar con todas las razas mágicas. Mi padre les negó la ayuda cuando la solicitaron.

Ahogué un grito.

—¿Y lo intentaron ellos y los mató?

Él agachó la cabeza.

—Los padres de Raife estallaron una de sus fábricas y, a cambio, la reina mató a toda la familia de Raife, dejándolo a él con vida como indulgencia.

¿Indulgencia era perdonarle la vida después de matar a toda su familia?

—¿Por qué no lo ayudaste a vengarse después de algo así? Parece que erais buenos amigos.

La vergüenza le sonrojó las mejillas.

—Era un príncipe joven. Mi padre temía a la reina de Nightfall y le desaconsejaron ayudar a Raife.

Asentí.

—Pero inviernos más tarde, cuando ya eras rey, ¿también se la negaste?

Drae pareció dolido ante mi pregunta.

—Porque acababa de perder a mi padre, me iba a casar y a intentar tener un heredero. No tenía ni idea de cómo invadir territorios ni de cómo empezar una guerra. Sinceramente, la reina de Nightfall me asustaba. Lo que le hizo a la familia Piedralucera me aterraba.

Me mató escucharlo tan débil y vulnerable.

—¿Raife lo sabe? ¿Que sin un heredero tu magia desaparecerá?

Él negó con la cabeza.

Yo suspiré. Puede que fuera su remplazo, pero era todo lo que tenía, y no iba a dejarlo en la estacada si me necesitaba.

—Está bien. Te dejo mi útero real —bromeé.

Él se quedó inmóvil y completamente tenso.

—No bromees con eso. Te quiero a ti, con o sin heredero.

Ahora me tocó a mí quedarme completamente quieta.

—Drae, sé que le dijiste a toda la Guardia Real que no se acercaran a mí porque era tu repuesto.

Él gruñó.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Cal... Cuando lo besé —admití.

Abrió los ojos como platos.

—¡Has besado a Calston!

—¡Intentaba olvidarte! —Le di un golpe cariñoso en el pecho—. Pero no aceptó. Dijo que no podía.

Drae se acercó más a mí para mirarme directamente a los ojos.

—Ordené a los demás hombres que no se acercaran a ti porque solo de pensar que estabas con otro hombre me volvía loco.

—Oh. —Inspiré con fuerza y él se acercó aún más a mí, acariciándome el labio con un dedo. Sentí un escalofrío por todo el cuerpo y abrí los ojos.

—Desde que murió Amelia me he sentido como si me estuviera ahogando. Entonces apareciste tú... Y ahora, por primera vez, siento que puedo respirar.

Ahogué un grito ante tal declaración. Era lo más bonito que me habían dicho en mi vida.

—Nunca has sido mi repuesto, Arwen. Tú siempre fuiste mi primera opción, desde que te vi en el pueblo con ese enorme pumarino sobre los

hombros. Me quedé fascinado con la fuerte y preciosa cazadora.

Me quedé estupefacta. «¿Me vio llevar la presa?»

Dio un paso más hacia mí.

—Eché un vistazo dentro de la carpa de los besos y te vi caminando hacia otro chico, con los labios preparados. Sin pensármelo, me puse delante de él y cogí lo que quería.

«¡Sabía que había sido él!» Y el hecho de saber que me había besado a sabiendas porque ya le gustaba hizo que se derrumbaran todos los ladrillos que había levantado alrededor de mi corazón.

—Cásate conmigo, Arwen. No porque necesite un heredero, sino porque, no sé cómo, me he enamorado de ti y ahora no sé si podré vivir sin ti.

Cogí aire y, como respuesta, le agarré la nuca y presioné sus labios con los míos. Cuando su lengua entró en mi boca sentí un alivio casi doloroso en el pecho. A veces, querer a alguien dolía, y así era con Drae.

Se apartó y me miró con inseguridad.

—¿Eso es un sí?

Yo sonreí.

—Sí. ¿Significa esto que no vas a matarme como temía mi madre?

Él frunció el ceño.

—¡Ni se te ocurra decir eso! —Me agarró la mano, la levantó y me besó los nudillos uno a uno.

—La doctora Elsie dijo que no era recomendable que tuviéramos hijos porque no había forma de saber qué podrían engendrar nuestras dos magias juntas —le dije, intentando buscar alguna excusa a nuestra unión, porque me resultaba demasiado bonito para ser cierto.

Él me miró con escepticismo, preguntándose, sin duda, cómo podía saber que había dicho eso; pero yo no dije nada.

—Lo que sea que creemos será una bendición para todo Embergate. De eso estoy seguro. Ahora vayámonos a casa a enterrar a nuestros muertos. Luego le diremos a todo el mundo que te he elegido como mi reina.

Deslicé mi mano en la suya y, aunque la culpabilidad de prometerme con el rey tan pronto tras la muerte de Joslyn me pesaba mucho, me

reconforté con el hecho de que había sido él el que me había besado en la carpa de los besos. Yo lo había tenido antes.

Después de darles a Joslyn y a Regina un entierro digno, quería que fuera mío para siempre.

17

Nos llevé volando de vuelta al castillo unas horas más tarde, en la oscuridad de las primeras horas de la mañana para ocultarnos. No estábamos seguros de cuántas veces más podría transformarse Drae, así que no quería que lo intentara si no era estrictamente necesario. La noticia de que Drae había matado al hijo de la reina de Nightfall ya se habría extendido y teníamos que estar alerta. Cuando llegamos a las puertas de Jade City, justo cuando el sol empezaba a asomar, los guardias hicieron sonar el cuerno para anunciar que el rey estaba de vuelta. La gente salió a la calle para ver a su rey alado, pero, en lugar de verlo solo a él, me vieron a mí con él a mi espalda. Los gritos ahogados y miradas de sorpresa llenaron las caras de la gente mientras apuntaban y aplaudían, y los niños corrían detrás de nosotros.

«Les va a gustar que seas su reina», dijo Drae telepáticamente.

Yo no respondí. De pronto, me preocupó tener problemas para concebir con él. En ese caso, todas aquellas personas, incluida Adaline, morirían.

«¿Cómo lo haces?», le pregunté mientras nos bajaba hacia los establos y la armería.

«¿El qué?»

«Soportar en tus hombros el peso del destino de todo tu pueblo.»

«Día a día.»

Casi lloré de alivio cuando vi a Cal, Nox y Halcón esperándonos en el suelo. Estaban cubiertos de barro y parecían empapados, pero estaban vivos. Habían llegado muy rápido... Habrían robado caballos y viajado toda

la noche. La doctora Elsie estaba junto a ellos con el consejero del rey, el anciano con el libro de la ceremonia de mi prueba.

Cuando aterricé, el rey se bajó y yo corrí a los establos a vestirme. Para cuando salí, el rey tenía el ceño fruncido. Nox, Halcón y Cal se habían ido y Drae tenía la cabeza agachada mientras miraba un pequeño libro de cubierta de cuero.

Corrí a su lado y le acaricié cariñosamente el brazo. Él se tensó, así que me retiré.

La doctora Elsie me miró con una empatía que me asustaba, el tipo de empatía que se siente antes de decirle a alguien que acaba de perder a un ser querido.

Me llevé las manos al pecho.

—¿Les ha pasado algo a mi madre y a mi hermana?

—Están bien —dijo Drae, dejando caer el libro a su cintura.

—El rey Valdren nos estaba contando vuestros planes de matrimonio... —dijo la doctora Elsie, mirando al viejo asesor. No estaba segura, pero creía que era el que le había recomendado a Drae que me matara. La doctora Elsie continuó—. Sabía que tú eras la siguiente mejor opción en términos de magia, así que investigué un poco cuando te fuiste.

Odiaba que estuviera constantemente evaluando las capacidades de mi útero mágico.

—¿Y...? —pregunté.

—Yo hablaré con ella —dijo Drae de pronto, y la doctora Elsie se quedó rígida, sin dejar de mirar al asesor, que parecía estar medio muerto. En serio, ¿cuántos años tenía el tipo aquel?

Se marcharon los dos y Drae me miró.

—Dímelo ya —le rogué—. He perdido a Joslyn y a Regina. Por favor..., dímelo. No tengo capacidad emocional para jueguecitos.

Él asintió.

—Hay un antiguo libro que cataloga los nacimientos reales. Este estaba oculto debido a su naturaleza... Habla de un nacimiento real entre el clan Eclipse y el clan de la Noche Oscura que ocurrió hace mil inviernos.

¡Hace mil inviernos! A lo mejor nuestros clanes eran amigos entonces, no lo sabía.

Me empezaron a temblar las manos y miré por encima de los hombros de Drae a Elsie, que saludaba a tres caras familiares a lo lejos.

¿La chica pelirroja de Jade City? ¿La rubia con mal aliento? Eran chicas a las que había cortejado antes de elegir a Joslyn.

—¿Por qué han vuelto esas chicas? —pregunté.

Drae suspiró.

—Después de ver esto, pensó que lo más prudente era llamarlas. Kendal también está de camino. —Se estremeció.

«¡Kendal!» Casi se me sale el corazón del pecho.

En el nombre de Hades, ¿de qué narices estaba hablando? Le quité el libro de las manos y miré la página por la que estaba abierto. Ahogué un grito.

La primera línea estaba en negrita: **«Bebé con severas deformaciones. Solo vivió unas horas»**.

Luego leí la siguiente línea.

«Hipótesis: la magia de la madre del clan Eclipse consumió la magia del clan de la Noche Oscura, lo cual mató a la criatura.»

Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba llorando hasta que las lágrimas empezaron a caer sobre la hoja y mojaron las palabras.

—No puedo perder otro hijo. —La voz de Drae estaba rota.

Yo asentí, cerré el libro y se lo devolví.

Él me agarró la cara y me hizo mirarlo.

—Pero sigo queriéndote a ti.

Miré a las otras chicas. Estaban hablando con Annabeth y con la doctora Elsie, esperando al rey, claro.

—Si no puedo darte un hijo, no deberías elegirme —le dije con sinceridad—. El futuro de Embergate depende de eso.

Él frunció el ceño, volvió la cabeza para mirar a las chicas y luego me volvió a mirar a mí.

—¿Y si me caso contigo... pero yazco con ellas?

Se me escapó un grito ahogado.

—Únicamente para tener un hijo. En cuanto alguna se quedase embarazada, pararía. La magia de mi pueblo solo necesita que tenga un heredero. Da igual si el hijo es o no bastardo.

—¿Me estás diciendo que me case contigo a sabiendas de que tendrás una amante? —Me sentía muy dolida, no podía pensar.

Él sacudió la cabeza.

—Te estoy pidiendo que pases el resto de tu vida conmigo y que me permitas yacer con esas mujeres una o dos veces para poder salvar miles de vidas.

Fruncí el ceño.

—¿Yacer con todas?

«Con Kendal no. Por favor, con Kendal no.»

Él tragó saliva con fuerza.

—La doctora Elsie cree que así habrá más probabilidades de que dé resultado.

Me mordí el interior del labio para no ponerme a llorar mientras la bilis me trepaba por la garganta.

—Lo que me pides me parece imposible..., pero me lo pensaré. Me gustaría estar sola. —Aparté sus manos de mi cara y salí corriendo por el campo de entrenamiento.

—¡Arwen! —gritó, pero no vino detrás de mí.

¿Yacer con tres mujeres estando casado conmigo? Y no solo una vez. Una mujer tardaba meses en quedarse embarazada, y si el bebé moría, seguiría hasta conseguir un heredero que viviera.

Me costaba creer que tan solo unas horas antes me había confesado su amor y me había dicho que quería que fuera su reina. ¿Y ahora quería acostarse con mis amigas? No era capaz de procesarlo.

Pero una parte de mi mente pensó en mi madre y en lo que me había contado sobre la semilla de mi padre. ¿Era eso diferente a lo que mi padre había permitido para que naciera Adaline?

En realidad no.

Mis pies golpeaban el suelo a medida que cruzaba el campo de lavanda, y el pecho me jadeaba de tristeza. Había llorado la pérdida de tres personas. Joslyn. Regina. Y ahora Drae.

La pureza que un matrimonio entre nosotros habría tenido se contaminaría con tres amantes. ¿Yacería con ellas y luego volvería sin hacer

ruido para dormir conmigo? ¿Se enamoraría de alguna de ellas durante el proceso?

Si Drae y yo corríamos el riesgo de tener un hijo que no viviría ni siquiera unas horas, ¡eso significaba que jamás yacería conmigo! Moriría con mi pureza mientras mi marido se acostaba con medio reino.

No. «No puedo.»

Un sollozo me desgarró la garganta tan fuerte que me asusté. No había sido consciente de cuánto me había permitido imaginar una vida con él. Cuánto había llegado a importarme y a verme a su lado.

No sabía dónde iba hasta que me encontré con el pequeño círculo de sauces llorones delante de mí.

Se me escapó un suspiro resignado y corrí hacia el confort y la devastación que guardaban esos árboles. Era como si esa pequeña parcela de tierra fuera un lugar que podías llenar con tu tristeza. Drae y Amelia lo habían llenado con la pérdida de sus hijos. Luego Drae lo llenó con la pérdida de ella y otro hijo. Ahora yo lo llenaría con la pérdida de un futuro que nunca tendría, pero que se me había prometido durante unas pocas horas. Eso era lo que se tardaba en romper a alguien; unas pocas horas de esperanza. Cuando la arrebataban, dejaba un agujero que parecía imposible de rellenar.

Me arrodillé delante de la tumba de la reina Amelia, sin saber muy bien por qué había ido allí o por qué estaba precisamente ante su lugar de descanso.

Quizás porque ella me habría entendido; quizás fuera la única persona que podría. Puede que hubieran tenido un matrimonio de conveniencia en un principio, pero habían terminado queriéndose. Ella entendería mi dolor por perder la oportunidad de que me quisiera de verdad.

Miré las demás tumbas y sentí un peso enorme en el corazón. Lo que había empezado como una tarea simple y feliz había terminado en una pérdida horrible. Ningún padre debería tener todo un cementerio para sus hijos.

Ninguno. Jamás.

Entonces fui consciente de que pedirle a Drae que me fuera fiel terminaría así. En un campo lleno de niños que solo vivieron un momento.

Se me entumeció el cuerpo y sentí una enorme presión.

No podía darle lo que necesitaba, lo que necesitaba nuestro pueblo, y si Kendal o alguna de las otras sí podían... no podía permitirme ser egoísta.

Crujió una rama detrás de mí y me di la vuelta, de pie y con los brazos preparados para pelear.

Después de ver a Drae, me relajé y me sequé los ojos.

Parecía afligido.

—No debería haberte pedido eso. No sé qué estaba pensando. Yo... La doctora Elsie me acababa de dar la información y aún la estaba procesando. Arwen, te quiero como nunca había querido a nadie y...

—No pasa nada. —Me acerqué a él y le cogí las manos.

Volví la cabeza y miré las tumbas.

—Sé por lo que has tenido que pasar. Jamás te volvería a hacer pasar por algo así a propósito.

Se quedó inmóvil.

—¿Estás negándome tu mano? —Se le quebró la voz.

Sacudí la cabeza y le coloqué un mechón de pelo detrás de la oreja.

—No. Simplemente estoy aceptando que deberías intentar por todos los medios tener un heredero para salvar a nuestro pueblo.

Se le relajó la cara y sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Nuestro pueblo.

Me encogí de hombros.

—Estoy a punto de ser reina.

Se acercó a mí y me acarició la mejilla.

—Siempre has sido una reina. No debería haber intentado rebajar ese título metiéndote en mi guardia.

—Me gusta estar en vuestra Guardia Real, mi lord —dije con formalidad, y él sonrió.

—¿La mujer de un rey en su ejército? Sería la primera vez —aceptó él.

Me incliné hacia delante y le besé en la mejilla.

—Tengo que admitir que me decepciona que nuestra noche de bodas no vaya a ser completa.

Me aparté para mirarle a los ojos atormentados. Él subió una mano por mi muslo y una ola de calor rompió entre mis piernas.

—No digas tonterías. Nuestra noche de bodas será más que completa.

Fruncí el ceño.

—Pero... si debemos evitar tener un hijo...

Él se inclinó hacia mí y me pasó la lengua por la clavícula, haciendo que se me aflojaran las piernas.

—Hay formas de evitar el embarazo, mi amor.

«Mi amor.» Quería escucharlo decir eso al menos un millón de veces más.

Le pasé los dedos por el pelo.

—No veo motivos para retrasar la boda. Deberíamos casarnos en cuanto mi madre y mi hermana puedan venir.

Su risa llenó todo el espacio, ahuyentando y rompiendo parte del luto de aquel lugar.

—Qué ansiosa. Me gusta.

Se apartó y asintió.

—Nos casaremos en tres días. Enviaré a buscar a tu madre de inmediato.

«Hades bendito.» Acababa de aceptar casarme con el rey... y dejarle tener hijos con otra.

18

El funeral de Regina y Joslyn fue precioso. El descanso eterno de Regina, sin cuerpo que enterrar, fue en el cementerio de la Guardia Real, al norte de la ciudad. Y a Joslyn la enterramos junto al mausoleo privado de la familia del rey. Era un gran honor y toda Jade City cerró por el luto. Drae estableció unos pagos mensuales vitalicios para los padres de Joslyn, ya que vivían en la parte más pobre de Grim Hollow y sabía que ya contaban con ello. Se había extendido el rumor de que yo era la reina perdida de los cuentos y que intenté salvar la vida de Joslyn aquella noche. Todo el mundo parecía quererme; me sonreían y saludaban alegres cuando me veían. No sabían nada de que mi magia podría absorber la vida de su rey, y tampoco que el rey tenía que engendrar un heredero o morirían todos.

Narine me dijo que se había tomado la libertad de iniciar el rumor de que el rey me había elegido a mí en un principio, pero que sus asesores lo habían obligado a elegir a Joslyn y por eso se casaba conmigo tan rápido; porque había estado siempre enamorado de mí. A la ciudad le gustaba un buen cotilleo, y querían que su rey fuera feliz, algo que era de agradecer. No me gustaría nada que hubiera un rumor diciendo que había engañado a Joslyn conmigo ni nada parecido.

La reina de Nightfall envió la cabeza de Regina como mensaje, pero no hubo más represalias. Drae aumentó las patrullas en la frontera y envió toda una escolta de la Guardia Real para mi madre y Adaline. La boda era aquella noche y mi madre llegaría en cualquier momento.

No tenía ni idea de qué pensaría ella de todo aquello. Me iba a casar con el hombre que en un principio temía que fuera a hacerme daño. Pero hay algo para lo que me había preparado desde el día que nací...

El deber.

Me decía: «Tienes un deber con esta familia, con tu hermana, con esta aldea y conmigo».

Ahora tendría un deber con todos los dragontinos, y esperaba que ella lo entendiera, porque pensaba contarle toda la verdad. Podía vivir teniendo secretos con mucha gente, pero mi madre no era una de ellas.

—¡Ya ha llegado! —dijo Narine emocionada, asomando la cabeza en mi habitación.

Me levanté y dejé que me arreglara el vestido de novia. Para ese evento, mi boda, no quería llevar pantalones, aunque sí que le pedí a la modista de palacio que le pusiera bolsillos al vestido.

«¿Dónde va a meter una chica sus dagas y sus cosas si no tiene bolsillos?»

—Estáis... de ensueño —dijo Narine mientras colocaba el dobladillo de encaje del vestido blanco.

Yo sonreí.

—¿Te ha dado Annabeth las cien monedas de jade del premio?

Narine sonrió.

—Me las dará esta noche, después de la ceremonia. Y luego os devolveré todo...

—¡No digas tonterías! Quédatelo. Voy a ser reina. Voy a tener dinero más que suficiente a mi disposición.

Narine sacudió la cabeza.

—Ni hablar...

—¡Guárdalo para tu boda! —Le guiñé un ojo y ella se sonrojó. Últimamente la había visto tontear mucho con Cal—. ¿Qué tal los preparativos de la boda de tu hermana? —pregunté.

Narine me hizo un gesto despreocupado.

—Bien, gracias. Venga, ¡id a ver a vuestra madre y a vuestra hermana!

Lo estaba postergando. Sinceramente, estaba muy nerviosa por contarle a mi madre que me había enamorado del rey, que iba a casarme con él, pero

que jamás podría tener hijos con él y que, en realidad, iba a permitir que tuviera hijos con sus amantes...

¿Y si se negaba a estar a mi lado en la ceremonia? ¿Y si se iba de la ciudad y jamás volvía a dirigirme la palabra?

Asentí a Narine con la respiración entrecortada.

—Por favor, ve a por ella y a por mi hermana y tráelas al salón.

Narine salió de mi habitación y yo fui detrás de ella. Me puse a dar vueltas por el salón, esperando. Aquella sería la última vez que estaría en ese apartamento. Esa noche, dormiría junto a Drae y compartiría cama con él durante el resto de mi vida.

«Hades bendito, voy a vomitar.»

¿Era normal sentir que ibas a vomitar cada pocos segundos el día de tu boda?

Se abrió la puerta y entraron mi madre y mi hermana con Narine. Llevaban una maleta de viaje cada una y me miraron con los ojos como platos al entrar. Las esperábamos la noche anterior, pero hubo una tormenta de arena y retrasó a todos los que venían de los diferentes puntos del reino.

—¡Hades bendito, pareces una reina! —Adaline vino corriendo hacia mí—. ¿Esto me convierte en princesa?

Abrió los brazos para abrazarme y mi madre le gritó.

—¡No toques el vestido, lo vas a manchar!

Tiré de mi hermana y le di un abrazo tan fuerte, sin preocuparme por el vestido, que podría haberle roto algún hueso.

—Creo que no puedes ser princesa, pero serás una *lady* de alta cuna.

Adaline se apartó para mirarme. Parecía que se le iban a salir los ojos de las cuencas.

—¿*Lady* Adaline?

Yo asentí y ella sonrió.

—¡Cómo mola!

Mi madre no se había movido. Tenía lágrimas en los ojos que yo no sabía cómo interpretar.

—*Lady* Adaline, ¿os apetece un poco de tarta de chocolate? —le ofreció Narine después de darse cuenta del momento incómodo entre mi madre y yo—. Puedo enseñaros las cocinas de palacio y la biblioteca.

Adaline miró a mi madre, que asintió, y se marchó con Narine.

Yo miré a mi madre y una única lágrima se deslizó por su mejilla.

—No... No sé qué te han contado —mascullé—. Y siento muchísimo que te hayas enterado así de que me iba a casar. Pero es que...

—Estás preciosa. —Se acercó a mí y me agarró las manos—. El rey Valdren me recibió hace unas horas, cuando nuestro transporte llegó a las afueras de la ciudad, y me contó cuáles eran sus intenciones contigo.

«¿En serio?»

—¿Sus intenciones conmigo? —Ahora quería saber qué le había dicho.

—Me ha dicho que conocía tu linaje y que jamás te haría daño. Que te quería y que quería cuidarte. Tener una familia contigo. —Estaba sonriendo y entonces me di cuenta de que las lágrimas eran de felicidad.

Una familia... Evidentemente, no le había contado a mi madre nuestro acuerdo. No podía tener una familia sana conmigo, ese era el problema.

—Mamá, siéntate —dije, y ella arrugó los labios.

Se sentó en el sofá y yo a su lado, con cuidado de no estropear el vestido. Quería a Drae, pero todavía estaba triste por nuestro acuerdo, y necesitaba descargar mis preocupaciones con alguien. Necesitaba la sabiduría de mi madre.

—Drae necesita un heredero o morirán todos los dragontinos.

Mi madre ahogó un grito y se llevó la mano a la boca.

—Adaline.

Yo asentí.

—Su gente está conectada con él por una magia especial que se refuerza si se reproduce, pero muere si no lo ha hecho al llegar a una determinada edad. La línea debe continuar, cueste lo que cueste.

Mi madre agachó la cabeza.

—Lo entiendo. Tienen sentido, entonces, las prisas por el compromiso y la boda. Haz lo que tengas que hacer para salvar al pueblo, Arwen.

Se me encogió el corazón.

—Esa es la cosa, mamá... Drae es un dragón del clan de la Noche Oscura y yo soy un dragón pura sangre del clan Eclipse.

Se quedó inmóvil, como si sintiera que aquello iba en una dirección que no le iba a gustar.

—Y hemos descubierto hace poco que mi magia y la suya no... —Se me cerró la garganta y de pronto no era capaz de hablar; las lágrimas me nublaron la vista.

—Cariño, ¿qué pasa?

Mi madre era matrona, había visto lo peor de lo peor de la maternidad.

—Encontraron un diario de la matrona de una pareja real como nosotros, con uno del clan de la Noche Oscura y otro del clan Eclipse. Tuvieron un hijo, pero... nació muy deformado, con órganos fuera del cuerpo, y solo vivió unas horas.

Mi madre se dobló hacia delante. Las esperanzas que pudiera haber tenido de tener un nieto al que ayudar a cuidar se desmoronaron en ese momento. Vi cómo se moría la luz en sus ojos.

—Entonces, ¿por qué se casa contigo? —Mi madre me miró sorprendida.

Al oír esa simple pregunta, se me llenaron los ojos de lágrimas, y era un verdadero testamento del amor que Drae sentía por mí.

—Porque me quiere.

Mi madre asintió.

—Mamá, ¿te acuerdas de cuando me contaste que papá te dejó yacer con otro hombre para tener a Adaline? —le pregunté.

La comprensión inundó la cara de mi madre, que inclinó la cabeza y me agarró la mano.

—Haz lo que tengas que hacer, Arwen. Vas a ser reina. Tienes un deber para con la gente de Embergate.

«Deber», ahí estaba. Sabía que lo diría. Quería hacer lo correcto por mi hermana y todos los demás, pero eso no lo hacía más fácil.

Asentí.

—Pero van a ser tres mujeres, para que tenga más probabilidades.

Mi madre hizo una mueca, pero luego me acarició la mano.

—Será un invierno, puede que dos, de preocupación cuando él vaya con ellas. Luego tendrá su heredero y tú lo tendrás a él para siempre.

—Pero... yacer con ellas y luego yacer conmigo... —Se deslizó una lágrima por mi mejilla.

Mi madre me secó los ojos.

—Si tu padre me lo hubiera negado a mí, Adaline no existiría.

Fue como si hubiera cogido mi corazón y lo hubiera aplastado. Por mucho que mi hermana pequeña me molestara a veces, no me podía imaginar un mundo en el que Adaline no existiera. Tenía razón —sabía que tenía razón—, pero, aun así, me sentía incómoda con todo aquello.

—Gracias, mamá.

Cuando se marchó mi madre, no podía deshacerme de la sensación de que estaba metiéndome en un matrimonio que podía devastarme. Necesitaba ver a Drae y establecer algunas normas para nuestro nuevo acuerdo. Después de pedirle a Narine que instalara a mi madre y a Adaline en el apartamento para invitados junto al mío, le pedí que avisara a Drae de que quería verlo. Luego me puse a caminar por mi apartamento, retorciéndome las manos a medida que la ansiedad aumentaba en mi interior.

La puerta se abrió de repente y me sobresalté. Allí estaba Drae, con su armadura real de escamas de dragón de cuero negro, tan guapo como siempre. Me daba igual que me estuviera viendo con mi vestido. Necesitaba decirle aquello.

—No me digas que vas a cancelar la boda. —Se llevó las manos al pecho como si un dolor físico se hubiera quedado a vivir allí.

Sonreí y sacudí la cabeza.

—No, tranquilo.

Se relajó y hundió los hombros. Cerró la puerta y me miró de arriba abajo el vestido de encaje blanco que llevaba como símbolo de mi pureza.

—¿No te encuentras bien? —preguntó, avanzando para cogerme las manos en busca de algún síntoma de fiebre.

Suspiré.

—No me entusiasma la idea de compartirte con otras mujeres, así que me gustaría que hablásemos de unas cuantas reglas que tengo antes de nuestra unión.

Se estremeció ante mi rudeza, pero asintió.

—No quiero saber cuándo yaces con ellas. No me lo digas.

—Por supuesto —aceptó.

—Báñate antes de venir a verme. Tampoco quiero que huelas a ellas.

—Sí, mi amor. —Se le suavizó la cara y me di cuenta de que, en realidad, no se lo había pensado bien. Me dolía el corazón solo por tener que decir aquello.

—Con Kendal no —gimoteé—. Es mi amiga. Inténtalo con las otras dos primero, y si no engendráis ningún hijo sano, entonces Kendal será el último recurso.

Me agarró entre sus brazos y me abrazó.

—No quiero hacer esto. Ni siquiera sé si voy a ser capaz. Solo te quiero a ti.

Un sollozo murió en mi garganta.

—Tienes que hacerlo —conseguí decir—. Esto es superior a nosotros. Tienes que hacerlo. Lo superaremos juntos.

La revelación de que jamás sería madre me golpeó como un saco de ladrillos.

—No voy a ser madre nunca —dije de pronto, y él se apartó, mirando mi cara con horror. Así que él tampoco lo había pensado.

—Lo... Lo siento muchísimo, Arwen. —Agachó la cabeza mientras dirigía la vista a los pies y, luego, como si se hubiera dado cuenta de algo, se quedó rígido.

—Podrías ser madre si yaces con otra persona. Podríamos criar juntos al niño...

Estas no eran las conversaciones que quería tener horas antes de mi boda. ¿Yacer con otro hombre? ¿Tener el hijo de otro hombre? ¿Escabullirnos los dos a las camas de otras personas? No era la vida por la que quería firmar.

—Calston es leal. Aceptaría... un acuerdo. Me dejaría criar al niño —dijo Drae, pero su voz sonada densa por el dolor.

¿Criar al hijo de Cal con Drae? ¿Yacer con Cal? «No.»

Mi voz sonó pequeña.

—Jamás podría hacer eso. No soy capaz de algo así.

Él pareció aliviado pero también entristecido. Sin saber muy bien qué hacer, me volvió a coger entre sus brazos para abrazarme fuerte, como si temiera que fuera a salir corriendo.

Estuvimos así lo que pareció una eternidad. Al cabo de un rato, se separó de mí con los ojos entrecerrados.

—Dime que puedo hacerte feliz. Que esta vida te hará feliz. No quiero casarme contigo si vas a estar apenada por mi culpa.

Consideré seriamente su pregunta. ¿Sería triste que no pudiera tener jamás un hijo propio? «Sí.»

Pero la alternativa, una vida sin él, que se casase con Kendal o con alguna de las otras solo para tener un heredero... Era devastador solo pensarlo.

Me incliné hacia delante y lo besé en los labios; luego me aparté y lo miré a los ojos.

—Puede que haya momentos de tristeza, no voy a mentirte. Pero no creo que mi vida vaya a ser feliz si tú no eres mi marido.

Una sonrisa devastadoramente bonita le tiró de las comisuras de la boca.

—Tengo la sensación de que llevo toda mi vida esperándote. —Me acarició la mandíbula con el pulgar.

Levanté la barbilla para mirarlo. En sus ojos había una adoración que no estaba segura de merecer, pero en lo más profundo de mi alma sabía que estaba preparada para casarme con este hombre.

—Casémonos. —Me incliné de nuevo hacia él y le rocé la oreja con los labios.

Dejó escapar un pequeño gemido y sonreí, satisfecha conmigo misma por provocar una reacción así en él.

19

Toda Jade City acudió a la boda real. En el salón de baile del palacio no cabía ni un alfiler, así que la gente se extendió por las calles y encima de los tejados para intentar ver algo del enlace. Kendal fue con mi madre y Adaline, pero cuando quise mirarla, ella apartó la cara avergonzada.

Lo sabía. Era consciente del pacto, obviamente. Estoy segura de que la doctora Elsie y Annabeth las habían informado a todas.

Era muy doloroso pensar en ello, así que no lo hice. Acepté ser la mujer de Drae, convertirme en su reina delante de toda la ciudad. Bebí vino y él bebió hidromiel. Comimos tarta de chocolate, la misma receta que la que habíamos comido en nuestra primera cita. Bailamos y cabalgamos por toda la ciudad saludando a todo el mundo. Mientras tanto, yo enterraba las cuestiones de nuestro trato en lo más profundo de mi ser. Toda aquella gente tan feliz y sonriente terminaría muriendo si Drae no restauraba la magia con un heredero, así que cualquier necesidad o pensamiento que yo pudiera tener al respecto era muy egoísta.

Tras toda una noche de festejos, mi ahora marido me llevó a nuestra habitación. Mandó redecorar por completo una habitación del palacio que jamás había usado solo para nosotros dos. Nada de paredes oscuras y moqueta negra como las cámaras antiguas. Aquella habitación estaba repleta de colores crema y oro, y se sentía espaciosa y muy luminosa.

«Un nuevo comienzo.»

Caminé nerviosa hacia nuestra cama, asustada de pronto por el dolor que Kendal me dijo que sentiría cuando entregara mi pureza.

«Un ligero dolor al principio para sentir un verdadero placer más adelante», me había informado.

Me senté en el borde de la cama y miré a Drae. Por mucho que quisiera hacer el amor con él, también estaba muy nerviosa. Él tenía mucha más experiencia que yo. Parecía que era consciente de mis miedos a medida que avanzaba por la habitación hasta arrodillarse delante de mí. Me agarró por el culo y me arrastró hacia él para quedarse encajado entre mis piernas.

—Tú eres la que manda en esta habitación, ¿de acuerdo? —dijo, y el estómago me dio un brinco—. Podemos ir tan rápido o tan lento como tú quieras.

Tragué saliva con fuerza y asentí, sintiéndome alentada por su cesión del control. Me incliné hacia delante, le mordí suavemente el labio inferior y succioné. El gemido de placer que le rasgó la garganta me hizo sonreír. Me llevé las manos a la espalda, solté los cordones que me apretaban el corsé y sacudí el torso, liberando mis pechos.

Drae deslizó lentamente la cabeza y agarró mi pecho con la boca, haciendo que me recostara hacia atrás con un gemido. El calor empezó a subir entre nosotros y empecé a desabotonarme el lateral de la falda. Drae me ayudó a desvestirme con manos tiernas, deshaciéndose también de su ropa. Se quedó de pie delante de mí, completamente desnudo y completamente... excitado.

Miré su cuerpo mientras se dejaba caer encima de mí.

—Tú mandas —susurró mientras me salpicaba el cuello de besos. Su lengua húmeda provocaba olas de placer por todo mi cuerpo.

El calor empezó a latir entre mis piernas. Le agarré una mano y la coloqué entre mis muslos. En el momento en el que me tocó ahí abajo, haciendo pequeños círculos sobre la zona más sensible, jadeé impresionada. El placer me recorría el cuerpo. Me incliné hacia delante y coloqué los labios sobre su hombro, respirando con fuerza por el éxtasis.

Él se levantó sobre mí, apoyado en un brazo, y miró mi cuerpo con una sonrisa viciosa. Disfrutaba con mi placer y yo quería más.

Lo agarré, lo alineé con mis labios y nos fundimos. Él se movía lentamente de atrás hacia delante y yo gruñí por la afilada puñalada de dolor, haciendo que él se detuviera.

—¿Estás bien? —Me miró con preocupación.

Yo asentí, levantándome para besarlo, y él siguió moviéndose un poco más. El dolor seguía ahí, pero se alivió con cada arremetida hasta que dio paso a una profunda palpitación infinitamente más placentera.

Ahora entendía por qué mi madre nos insistía tanto a Adaline y a mí para que mantuviéramos la pureza hasta el matrimonio. Era algo increíblemente íntimo entre dos personas. Algo que no era capaz de imaginarme haciendo en la taberna una noche con cualquiera, como acostumbraban algunas chicas.

Él empezó a temblar encima de mí y se apartó rápidamente, agarrándose con la mano.

Durante un instante, pensé que había pasado algo, pues se levantó repentinamente, pero luego entendí que ese era el método del que hablaba para que no hubiera embarazo.

Fue el momento más especial de mi vida: entregarme por completo a él, darle algo que había estado guardando únicamente para él. Pero entonces mi cara se ensombreció al ser consciente de que él pronto compartiría ese mismo momento con otras mujeres. De que jamás tendríamos un hijo juntos.

Me miró y analizó mi cara, cada vez más preocupado al comprender lo que yo estaba pensando.

—No va a ser así con ellas. No las besaré, apenas las tocaré, solo lo justo y necesario para hacerlo.

Una única lágrima se deslizó por mi mejilla y me bajó por la nunca. Me di cuenta de que nuestro matrimonio estaba condenado desde el principio. Nunca estaría completamente de acuerdo con ese apaño. Se iría pudriendo en mi interior hasta que explotase. Supe en ese momento que era una mujer terriblemente celosa que no quería compartir ni un centímetro de su marido. Ni siquiera para salvar el reino.

Pero no dije nada, porque sabía que, si lo hacía, rompería el trato, y Adaline y todos mis seres queridos con magia dragontina en su interior

morirían.

A la mañana siguiente hicimos el amor dos veces más y nos quedamos en la cama hasta mediodía. Luego nos bañamos y nos vestimos para ir al comedor. Drae prometió llevarme de viaje dos días a Grim Hollow. Yo nunca había visto el puerto, famoso por sus mercancías de fuera del reino, y repleto de tiendas y mercados.

Íbamos a comer y a planear el viaje, pero cuando llegamos al comedor, Cal y Halcón entraron por las otras puertas justo en el momento en el que empezó a sonar la alarma de guerra desde la entrada de la ciudad.

Sin dudarlo, Drae salió corriendo hacia ellos.

Le murmuraron algo y Drae me miró.

—¡Quédate aquí, amor mío! —gritó, y se fueron todos corriendo, seguramente hacia el granero para acudir a la guerra.

«¡Y un cuerno voy a quedarme aquí!» Que fuera su esposa no significaba que podía decirme qué hacer. Corrí detrás de ellos, agradecida por haberme puesto pantalones y una túnica corta.

—La reina de Nightfall ha tomado Middle Bridge. Nuestro ejército está conteniéndola, pero sin mucho éxito —dijo Cal mientras corrían.

Corrí junto a ellos, pasando al lado de Annabeth, que se pegó a la pared asustada.

—El rey y yo volaremos para prestar ayuda —dije.

Drae me miró y sacudió la cabeza.

—Tú tienes que quedarte aquí, a salvo.

Gruñí con un ruido casi inhumano que provocó que los tres hombres me miraran impactados.

—Sigo siendo un miembro de la Guardia Real; hice un juramento para protegerte. Lucharé y tú no vas a decirme qué hacer.

Él estrechó los ojos. Cal parecía estar ocultando una sonrisa.

—La reina ha hablado —dijo Halcón—. Podemos usar su poder, señor. Sobre todo ahora que no tenemos a Regina.

Su nombre estaba en el ambiente como algo tangible. Sentimos muchísimo su pérdida en ese momento. Ella habría sabido qué hacer, habría

tomado las decisiones. Drae ni siquiera la había remplazado todavía. Creo que una parte de él no quería aceptar que ya no estaba.

—¿Una reina que combate en la Guardia Real? —dijo Drae mientras salíamos al caos de toda la Guardia Real, que gritaba y se preparaba para la batalla.

Yo asentí.

—Así es.

Él suspiró resignado, pero no dijo nada. Entramos en el granero; los demás se quedaron fuera para darnos privacidad mientras nos transformábamos. Esta vez ya no me di la vuelta y me quité la ropa delante de él mientras me miraba con sus ojos brillando amarillos.

—¿Estás seguro de que no pasa nada porque uses tu magia para transformarte? —le pregunté.

Él ladeó la cabeza.

—Voy a intentar una transformación parcial para sacar las alas. Nos vendrían bien dos voladores.

Invoqué mi magia y me abalancé hacia delante cuando la transformación se apoderó de mi cuerpo. Estaba apoyada sobre las manos y las rodillas cuando escuché a Drae gruñir sobre mí y el sonido de sus huesos chasqueando a medida que completaba su propia transformación.

Drae soltó un gruñido de frustración. Lo miré ya transformada en dragona. Estaba sin camiseta, de rodillas, con media ala sobresaliendo de su espalda, escamas negras en la cara y una mano convertida en garra.

Se me hundió el corazón en el pecho.

«¿Qué sucede?», pregunté utilizando nuestra conexión mental.

Su pecho jadeaba cuando me miró con el pánico estropeando sus preciosas facciones.

—No... no puedo transformarme. —Sus palabras me golpearon como flechas y me tambaleé hacia atrás hasta que golpeé con la cola la pared del fondo del granero.

«No.» No... no estábamos preparados para eso. No en ese preciso instante; no durante un ataque.

Él se quedó en silencio, impactado, y yo canalicé a mi Regina interior para hacerme cargo. Lo miré directamente a los ojos.

«Vístete. Coge mi silla y ve de arquero sobre mi lomo.»

Él se quedó mirándome con los ojos como platos, como si esperara que cambiara algo. Había esperado demasiado para tener un heredero. Sus padres solo habían tenido un hijo antes de que su madre muriera en el parto del segundo.

Nos estábamos quedando sin tiempo.

—Mis hombres se preguntarán por qué no vuelo en mi forma de dragón —dijo con una pena que arruinaba su voz profunda.

«Diles que tienes un ala dañada. O, mejor, diles que no cuestionen a su rey. ¡Vamos!», le urgí. Por cada segundo que pasáramos allí hablando, la reina de Nightfall se acercaba cada vez más a tomar nuestro territorio de Middle Bridge.

Él se puso en movimiento, volvió a cambiar la mano y el ala a su forma humana y se vistió. En cuestión de minutos, ya había colocado la silla y estaba sentado sobre mi espalda sujetando un arco. Cuando salí a las filas y filas de hombres vestidos para la batalla, mi corazón estaba con mi marido, con mi rey. La reina se estaba vengando por su hijo, y yo no iba a permitir que le pasara nada a Drae en su débil estado.

Si moría, todos morían, y yo sería la única que quedaría con magia dragontina... y ese pensamiento me daba demasiado miedo, así que lo aparté.

Los hombres se quedaron confusos durante un instante al ver a Drae sobre mi lomo, pero él empezó a gritarles órdenes y todos se pusieron rápidamente en sus puestos.

—¡Nos vemos en Middle Bridge! —gritó, y yo despegué.

Drae pesaba, así que el inicio del vuelo fue algo torpe, pero me equilibré rápidamente y controlé la velocidad de las alas para que el trayecto fuera suave.

Volé más rápido de lo que lo había hecho nunca, y los tambores de la guerra se escuchaban por todo el reino. Debajo de nosotros, los guerreros cabalgaban hacia Middle Bridge. Estreché los ojos para intentar ver algo en la distancia. En el horizonte vi una columna de humo que se elevaba desde Middle Bridge.

—«¡Lo están quemando!» —grité.

Middle Bridge era nuestra única forma de cruzar el Estrecho Angosto hacia Thorngate, donde comerciábamos con los feéricos. Un tercio de la comida que consumíamos procedía de un acuerdo con ellos. Aquello nos devastaría. La ira se arremolinó en mi interior. Unos puntos metálicos brillaron en el cielo y supe que no eran pájaros.

«¡Derriba a los humanos voladores!», le dije.

«¡Enseguida!», me respondió. Yo me acerqué, mirando con asombro cómo disparaba sus flechas de pie desde la silla. Uno a uno, los humanos voladores cayeron del cielo como piedras, y yo centré la mirada en el puente justo debajo de nosotros. El fuego era pequeño, solo al principio del puente, y nuestros soldados estaban intentando apagarlo con cubos de agua del río. Al final del puente, en la entrada del Estrecho Angosto, estaba la reina de Nightfall. Nunca la había visto en persona, pero la majestuosa mujer a lomos de un caballo con un traje de batalla de cuero rojo y una corona de oro era inconfundible. Le brillaban los brazos por el metal de los artilugios que tenía atados. En su cara había una mueca.

«¡Arwen, no! ¡Es demasiado poderosa!», dijo Drae, pero yo ya estaba volando hacia ella. Estaba justo delante de mí. Una llamarada de fuego y el mundo se libraría de ella. Era débil, una simple humana. Si no acababa con ella en ese mismo instante, seguiría yendo a por mí y Drae, y sus futuros hijos.

—¡Arwen! —Drae me dio un golpe en el hombro, como si intentara dirigirme en otra dirección.

Acumulé el fuego en mi interior, lista para disparárselo, cuando levantó la cabeza hacia mí. Me había equivocado al tomarla por una humana débil, pero me di cuenta de eso demasiado tarde. En un movimiento rápido, se puso de pie sobre su caballo y levantó los brazos. Apuntó hacia mí y, de pronto, una docena de tornillos metálicos salieron disparados del artilugio que llevaba en el antebrazo, directos hacia Drae y hacia mí como cometas que caen del cielo.

Recé porque él estuviera bien atado al hacer un giro para evitar los proyectiles metálicos.

«¡Diantres! ¿Estás bien?», le pregunté a Drae mientras me volvía a enderezar.

«Estoy bien. ¡No te acerques demasiado a ella! Lo que tiene en el brazo dispara mucho más rápido y a mucha más distancia de lo que yo puedo conseguir con mi arco.»

Asentí con la cabeza de dragón, todavía impactada por lo que acababa de pasar.

«¿Qué hacemos? No pueden tomar el puente. No sobreviviremos el invierno sin la cosecha de los feéricos.»

La reina parecía encantada por mi retirada. Se bajó del caballo y caminó al otro extremo del puente, que aún no estaba ardiendo. Hubo un brillo metálico y una pequeña llama empezó a titilar en la palma de su mano.

«¡Malditos aparatos mecánicos!»

Iba a tomar el puente.

«¡Quema el bosque! —gritó Drae—. *Si quiere tomar nuestro puente, nosotros también tomaremos su terreno.»*

«¡Eso es!»

Era una idea brillante.

Giré hacia la derecha, hacia el territorio de Nightfall, volando fuera del sendero de piedra; la zona neutral del Estrecho Angosto.

Una flecha voló desde los árboles, pero la esquivé y bajé en picado hacia el denso bosque. Cuando estuve a unos pocos metros de las copas de los árboles, solté toda la magia que había estado acumulando en una letal llamarada azul.

Volé bajo, expandiendo las llamas por las copas de tantos árboles como fuera posible, sin parar ni siquiera cuando alcancé una torre vigía de madera. La torre se prendió y un hombre gritó, precipitándose al suelo.

—¡Retirada! —escuché gritar a la reina—. ¡Traed agua!

Empecé a girar de vuelta hacia el puente mientras los soldados de Nightfall se desperdigaban como hormigas. Abandonaron el puente y corrían desde el río hacia el bosque ardiendo. Me quedé lejos del rango de tiro de la reina, pero lo suficientemente cerca para poder verle la cara.

Estaba vívida, con la boca torcida en una mueca malvada, y eso me dio alegría. El fuego del puente se estaba extinguiendo gracias al vertido de agua de nuestra gente. La madera estaba carbonizada en algunas zonas, pero aguantaría.

«De momento.»

La Guardia Real gritó de alegría cuando volé sobre ellos en círculos para asegurarme de que la reina no volvía e intentaba quemar el puente de nuevo: o algo peor, nuestras tierras. Pero estaba demasiado ocupada intentando contener su propio incendio, que se había extendido ya por el triple de árboles de los que yo había prendido. Estaría ocupada durante semanas, puede que meses, si llegaba a los edificios.

Aterricé y dejé que Drae fuera a hablar con sus hombres, para comprobar cómo estaban y hacer recuento de guerreros heridos. Cuando todo se calmó, les ordenó que mantuvieran la presencia allí y que empezaran a planear la construcción de un puente de piedra. Cuando consideramos que la situación estaba controlada, volvió a subirse a la silla y volé a casa.

Al aterrizar en el terreno del palacio, la doctora Elsie corrió hacia nosotros y me examinó en busca de alguna herida. Drae se bajó, me quitó la silla y yo me transformé y me puse algo de ropa.

—Estoy bien. Examínalo a él —le dije. Me volví y vi a Drae mirándome con preocupación.

—Yo también estoy bien —dijo él.

Sacudí la cabeza y lo miré con los ojos muy abiertos.

—Díselo.

La doctora Elsie frunció el ceño.

—¿Decirme qué? —Ya tenía preparada la varita curativa.

Él suspiró y la doctora Elsie parecía confusa entre nosotros dos. Di un paso adelante y dije en voz baja:

—Su magia está...

No podía decirlo demasiado alto; ese pensamiento me aterraba.

—Muriendo. Ya no puedo ni transformarme de forma parcial. —Drae terminó la frase por mí y a la doctora Elsie se le ensombreció la cara.

—Pues tienes que hacer lo que tienes que hacer. Esta noche —dijo con urgencia en la voz.

Drae asintió y se marchó.

Lo rápido que determinó que mi marido necesitaba yacer con otra mujer fue como un cuchillo en el pecho.

La doctora había roto una de nuestras reglas sin saberlo. Una regla que debía mantenerme cuerda durante todo aquello: yo no quería saber cuándo ocurría.

Ahora lo sabía y no podría dormir. Me quedaría sin uñas. Caminaría por la habitación hasta hacer agujeros en la moqueta.

«Esta noche.»

—No quiero hacerlo. —Su voz sonaba muy baja mientras me cogía entre sus brazos, abrazándome y respirándome en el cuello.

La puerta lateral se abrió y Adaline salió totalmente ajena a lo que estaba ocurriendo y, después de ver a mi adorada hermana pequeña, asentí.

—Tienes que hacerlo.

No permitiría que Adaline y todos los demás murieran por culpa de mis celos.

Me volví y mantuve controladas mis emociones al besarle en la mejilla.

—Esta noche cenaré con mi madre y mi hermana —le informé.

Él se quedó muy rígido, mirándome como un animal mira a su presa, intentado ver más allá de la fachada que había construido. Yo quería llorar, quería darle una bofetada, quería hacerle el amor.

Pero no hice nada de eso.

—Te quiero —dije, y me alejé de él haciéndole un gesto a mi hermana.

Mi primer deber como reina era salvar a mi pueblo. Pero mi pueblo no tenía ni idea, y nunca lo sabría.

Jugueteé con la comida en mi plato durante la cena, pero no comí nada. Adaline no pareció darse cuenta, pero mi madre sí. Frunció el ceño, mirándome mientras yo golpeaba nerviosa la moqueta con el pie. Hablamos del tiempo, de las higueras y de cualquier otra cosa aburrida y, al cabo de un rato, me despedí y les di las buenas noches.

Caminé de un lado a otro por nuestra lujosa habitación y me quedé mirando nuestra cama de matrimonio. Pensar en cómo él había yacido conmigo la noche anterior hizo que el calor floreciera entre mis piernas, pero pensar en él haciéndole lo mismo a otra mujer hizo que me empezara a salir humo de la nariz. Me acerqué a la cama, cogí una almohada y la lancé

por la habitación con frustración. Mi madre me había dicho una vez que era difícil saber cuáles eran los días más fértiles de una mujer, así que siempre recomendaba a la pareja que intentaba concebir que yaciera todos los días. Solo pensar en Drae haciendo eso todas las noches me hacía subir la bilis por la garganta.

«¿Por qué acepté?» De pronto, me arrepentí de haberle dado permiso para algo así. Quería salir corriendo por los pasillos de palacio gritando su nombre y atacar a la bruja que estuviera debajo de él en ese mismo momento. Yo no servía para eso; ni entonces ni nunca.

Cogí una taza de porcelana y la lancé contra la pared con un grito. Cuando se rompió, lanzando cientos de trozos por el sofá, no me sentí mejor.

La desesperación se apoderó de mí. Luego la puerta se abrió de pronto, golpeándose contra la pared tan fuerte que di un brinco. Solté un grito de sorpresa al volverme y ver a Drae sin camisa.

Una sola lágrima manchaba su mejilla, y sacudió la cabeza mientras cerraba la puerta tras de sí. Una lágrima, una negación con la cabeza. ¿Qué significaba?

Me quedé paralizada, encerrada en mi mente intentando analizar la situación. ¿Estaba enfadado? ¿Había hecho yo algo mal? ¿La mujer lo había rechazado?

Cuando se acercó a mí, me agarró por la cadera.

—No puedo. No lo haré.

Cinco palabras. Cinco pequeñas palabras fueron todo lo que hizo falta para profundizar aún más mi amor hacia él.

—Quiero tener un hijo contigo. Quiero ser el padre de tu hijo, y quiero que seas madre —dijo.

Me tembló el labio mientras las lágrimas se deslizaban por mis mejillas.

—Pero... si está deformad...

—Me da igual. Querré a cualquier hijo que engendremos juntos, durante el tiempo que tengamos con él, sea el que sea.

En ese momento, a mi corazón casi le salen alas y temí que saliera volando de mi pecho. ¿Un rey tan obsesionado con la estirpe al que le daba

igual tener un hijo con algún defecto? Era algo insólito. La reina de Nightfall una vez mató a uno de sus hijos por tartamudear.

—¿Hijo? —Arqueé una ceja.

Él sonrió.

—O hija.

Sus manos pasaron de mis caderas a mi vientre, y pensé en la gravedad de la situación. ¿No estaba mal tener un hijo que sabías que iba a sufrir?

—No está bien hacer sufrir a un niño por nuestro egoísmo —dije.

—Una entrada de un diario no significa que todos los hijos de una pareja así vayan a nacer con alguna dolencia. Son cosas que pasan. Podría haberle pasado al primer hijo, pero no a los demás. Podrían haber tenido otros cinco hijos sanos.

Fue como si la nube oscura que había estado siguiéndome todo el día hubiera desaparecido en el cielo.

Tenía razón. Mi madre me había dicho que esas cosas pasaban. Crueles giros del destino sin ningún motivo. Deseé que esa pareja aún estuviera viva para preguntarles.

Que un niño tuviera alguna enfermedad no lo hacía menos, y yo iba a adorar a cualquier pequeño que engendrásemos. Sería mitad yo y mitad Drae.

—Si el bebé solo vive durante unos minutos, ¿también refuerza tu magia? —pregunté.

Él asintió.

—En el momento en el que te quedes embarazada, mi magia se reforzará un poco, y por completo en el parto.

Me sentí abrumada de pronto por la adoración que sentía hacia ese hombre. Me había elegido a mí, nos eligió a nosotros, con todas nuestras imperfecciones, y para mí eso era bastante perfecto.

Nueve lunas después

—¡Le duele mucho! ¡Haz algo! —le gritó Drae a la doctora Elsie.

La curandera dragharem puso los ojos en blanco.

—¡Está de parto! ¡El dolor es de esperar!

Mi madre estaba de pie a mi lado y se acercó a Drae, que estaba caminando de un lado a otro. Se detuvo y la miró con unos ojos frenéticos y salvajes. Había estado presente en todos y cada uno de los partos de Amelia, había perdido cuatro hijos, y una mujer la última vez; era una situación muy traumática para él. Le había dicho que no hacía falta que estuviera allí, pero él se había negado a marcharse. Dijo que no se separaría de mi lado.

—Sé que tienes miedo —dijo mi madre—. Pero he visto muchos partos de mujeres que no eran ni la mitad de fuertes que mi Arwen. Todo irá bien.

Él se derrumbó en los brazos de mi madre, se abrazaron y a mí se me cerró la garganta por la emoción. Adaline y mi madre se habían mudado a palacio cuando anuncié el embarazo, y entre mi madre y mi marido había surgido un vínculo muy especial. Ella sabía cómo calmarlo; él la respetaba y valoraba su sabiduría.

Gruñí al sentir otra contracción en el vientre. Había sido un embarazo bastante llevadero. No había tenido náuseas, como se quejaban otras mujeres; Drae me daba tarta de chocolate todas las noches y siempre que se me antojaba, y me hacía masajes en los pies. Pero el parto estaba siendo de todo menos sencillo.

El rey elfo, Raife, nos había hecho un pequeño favor y había arrastrado a la reina a una escaramuza para que perdiera el interés en nosotros... de momento.

Grité a medida que el dolor se apoderaba de mi cuerpo, y mi madre y Drae vinieron corriendo a mi lado para agarrarme una mano cada uno. Sentía arder la zona entre mis piernas.

—Quema —gruñí, intentando empujar con fuerza, como mi madre me había enseñado en las clases de preparación de los últimos meses.

—¡Ya veo la cabeza! —dijo mi madre, colocándose entre mis piernas.

La doctora Elsie cogió una manta y una palangana de agua esterilizada y fue corriendo junto a mi madre. Acordamos que mi madre me atendería a mí y la doctora Elsie, que tenía más experiencia, atendería al bebé y a sus... complicaciones. Fueran las que fuesen.

Drae apoyó la cabeza sobre mi hombro y habló apenas con un susurro:

—Te he querido más que nada en este mundo —respiró en mi oído.

Entendí que se estaba preparando para mi muerte, algo que me impactó y me entristeció.

—Dime eso otra vez cuando esté de verdad en mi lecho de muerte.

La presión aumentó y gruñí cuando un dolor como no lo había sentido jamás se deslizó entre mis piernas, como un cuchillo de carnicero cortándome las zonas más sensibles.

—¡Es una niña! —dijo mi madre con alegría, y yo miré hacia abajo, impresionada. Me había preparado para deformidades, órganos fuera de su cuerpecito, que no respirara o que estuviera azul, pero... era perfecta. De repente, un rayo dorado cayó del cielo y cubrió al bebé, dejándome sin respiración.

¿Era la magia? ¿La magia dragontina que alimentaba a nuestra gente? En cuanto le tocó la piel, despareció, como si me lo hubiera imaginado.

Rompí a llorar y vi que Drae seguía con la cabeza agachada. Era incapaz de mirar. Probablemente temiera otro hijo que nacía muerto. Y, entonces, nuestra hija empezó a llorar con fuerza y Drae levantó la cabeza.

Analicé su cara, con la intención de perpetrar aquel momento para siempre en mi memoria: el momento en el que él tuvo una hija sana.

—Elsie, compruébale el corazón, los pulmones, los... —Se formó un sollozo en su garganta.

—Está bien. La acabo de escanear. —Elsie levantó su varita.

Drae empezó a llorar y se llevó la mano a la boca, sin poder contener más sus emociones. Mi madre fue a entregarme a la bebé, cuando empezó a aumentar de nuevo la presión entre mis piernas. Gruñí de dolor, con los ojos muy abiertos, mirando a mi madre.

—Algo no va bien —dije, y Drae se puso muy tenso.

Mi madre le dio la bebé a Drae, que la cogió como si fuera un huevo delicado.

—¿Qué pasa? ¿Está sangrando? Eso es lo que pasa siempre, la mujer sangra demasiado —dijo.

Mi madre sacudió la cabeza.

—Seguramente solo sea el posparto... —Se le cortó la respiración en cuanto miró entre mis piernas.

—¡Empuja! —gritó, y se me puso el abdomen duro como una piedra. Me incliné hacia delante, sin saber muy bien qué estaba pasando, y empujé.

Fuego. «Presión.» Y luego alivio.

Un segundo llanto cortó la habitación en dos y Drae y yo nos miramos con los ojos como platos.

—Gemelas —dijo mi madre con una risa alegre.

—¿Dos? —Drae miró a la niña que tenía entre sus brazos, y luego a la otra, en los brazos de mi madre. Ella se inclinó sobre la cama y me entregó a la segunda niña. También estaba cubierta en esa magia dorada que solo duró unos segundos.

Era perfecta. La piel suave, ojos azules, nariz de botón. Gemelas. Era muy raro, y no había forma de saberlo hasta el parto. No pude evitar que se me escapara una risa.

Dos niñas.

—Regina y Joslyn, así quiero que se llamen —le dije a Drae.

Él asintió. Se sentó en el borde de la cama y miró a la pequeña niña entre sus brazos.

—Dos princesas.

Yo sonreí.

—Vas a ser el último rey dragón durante un tiempo.

Su sonrisa se hizo aún más grande.

—Me parece bien.

Se echó hacia atrás y se acurrucó conmigo sosteniendo a nuestras hijas entre nosotros. A veces la vida era dura y ocurrían cosas horribles, pero nosotros éramos la prueba de que, incluso los momentos más oscuros pueden convertirse en felices para siempre.

Mi madre se acercó a mí y limpió a las niñas. Drae y yo no podíamos dejar de mirarlas asombrados. Joslyn tenía el pelo rubio y rizado, como yo; pero el pelo de Regina era más oscuro, como el de su padre.

—Ya siento la magia atravesándome. Es muy fuerte —dijo Drae.

Con dos herederas, no esperaba menos. Era un alivio inmenso. Adaline y todos los que me importaban iban a estar bien.

Llamaron a la puerta y Drae gritó para que entrasen.

Era Cal. Miró a las dos niñas e inclinó la cabeza, sonriente.

—¿Gemelas? Enhorabuena.

—Gracias —dijimos a la vez.

Le desapareció la sonrisa de la cara y miró al rey.

—Mi lord, tenemos que hablar de un asunto urgente.

Drae frunció el ceño. Calston no habría interrumpido un momento así si no fuera urgente de verdad.

—Puedes hablar de ello delante de mi esposa y reina —dijo Drae.

Cal carraspeó.

—El rey Raife Piedralucera está en vuestro despacho.

Drae se incorporó, mirando a la pequeña Regina y luego a mí. Si Raife estaba allí, significaba que iba a hacer cumplir la promesa de Drae. Había ido a pedirle a mi marido que iniciaran una guerra.

—Ve —le dije, intentando contener el temblor de mi voz. Raife no habría ido hasta allí si no fuera en serio. Le debía mi vida a ese hombre y, aunque la guerra traería muerte y adversidad, estaba de acuerdo en que había que detener a la reina de Nightfall.

Mi madre cogió a la bebé Regina de los brazos de Drae y él caminó hacia la puerta, mirándome una última vez con una sonrisa.

Me encantaba esa sonrisa. Me encantaba que, desde que lo conocí, lo único que había hecho había sido sonreír cada día más y más. Me gustaba pensar que era por mí. Daba igual lo que nos trajera esa guerra, nos teníamos el uno al otro y a nuestra nueva pequeña familia de cuatro.

20

Drae

Quise casarme con Arwen desde la primera vez que la vi. Había cargado con un pumarino de noventa kilos por todo el bosque, con una herida abierta en la espalda. Estaba sola, lo que me indicó que era una cazadora con confianza. E, incluso cubierta de sangre y polvo, era la mujer más bonita que había visto jamás. Dejarla minutos después del nacimiento de nuestras hijas no era algo que quisiera hacer, pero Raife sabía que Arwen daría a luz pronto; había enviado una cesta de regalo. No habría ido hasta allí solo para felicitarnos.

Pasaba algo.

¿Me pediría que entrara en guerra con la reina ya? ¿Momentos después de ser padre? Cuando Raife y yo teníamos seis años, nuestros padres nos habían hecho ir a un «campamento de príncipes». Fue un campamento de casi cuatro semanas en el que Raife, Lucien de los feéricos, Axil de los lobos y yo nos habíamos hecho muy amigos. Nuestros padres pensaron que eso mantendría fuerte el reino sobrenatural en caso de que la reina fuera a por nosotros. Luego, a los catorce, cuando asesinaron a los padres de Raife, él nos envió una carta a Lucie, Axil y a mí, rogándonos que le ayudáramos a vengarlos. Éramos tan solo unos niños, y nuestros padres nos dijeron que era un problema de los elfos y que no podíamos involucrarnos. Raife dejó de hablarnos y acabaron las reuniones anuales.

Se convirtió en rey con catorce años... No podía ni imaginármelo.

Cuando por fin me convertí en rey a los dieciocho inviernos, Raife vino a la ceremonia de mi coronación y me volvió a pedir que lo ayudara a vengar a sus padres. ¿Mi primer día como rey y quería que declarase una guerra?

No podía, tenía que encargarme de mis propios problemas. La muerte de mi padre suponía que la magia dragona dependía únicamente de mí, y sin heredero propio, no podía entrar en una guerra.

Eso había sido hace cuatro inviernos. Ahora tenía dos herederas. Si Raife me pedía iniciar una guerra ese día, no se lo negaría.

Abrí la puerta de mi despacho, preparado para decir que sí a cualquier cosa que me pidiera. No olvidaría que había salvado a mi amada Arwen de una muerte segura. Yo era ya un rey sabio, con un fuerte ejército a mi disposición. Podía garantizar muchas cosas si me las pedía. No me entusiasmaba la idea de atacar a la reina de Nightfall ahora que tenía dos recién nacidas, pero sabía que Arwen me apoyaría después de que Raife le salvara la vida.

¿Había conseguido ya que Lucien y Axil aceptaran? Me costaba creerlo, teniendo en cuenta que aún estaba lidiando con la insistencia de su propio consejo para que se casase por temor a que lo derrocaran. Yo contaba con que pasaran varios inviernos antes de que acudiera a mí para iniciar aquella guerra. Moriría gente en ambos bandos, y no era algo que quisiera apresurar, pero había que detener a la reina de Nightfall. En eso estábamos de acuerdo.

Entré en la habitación y lo vi sentado en mi silla, pasando los dedos por mi escritorio.

Levantó la cabeza y me sonrió.

—Mi más sincera enhorabuena. —Su comportamiento relajado me calmó. Puede que sí hubiera venido hasta allí para darnos sus mejores deseos. Nos habíamos estado carteando, intentando reparar una amistad rota.

Asentí.

—Gemelas. Están sanas.

Se puso de pie y salió de detrás del escritorio.

—¿Gemelas? ¡Qué buena noticia!

Le miré la mano y vi el ornamentado anillo de matrimonio que llevaba en el dedo.

—Y felicidades a ti también. Siento que no pudiéramos ir a la boda, pero con Arwen tan embarazada...

Me hizo un gesto despreocupado con la mano.

—No te preocupes. Oye, tengo información que contarte y no podía hacerlo por carta.

Sentí cómo se formaba una mueca en mi cara. Estaba cansado. Había pasado la noche en vela preocupado por Arwen. Aún me costaba creer que estuviera viva y sana, y que ahora tenía dos hijas. No me parecía real. Ojalá Amelia estuviera allí para verlo. Era mi mejor amiga; se habría alegrado mucho por mí ese día. Amelia y yo siempre habíamos sabido que nuestros destinos estaban unidos desde que nacimos; jamás nos dieron otra opción. Una vez me preguntó que, si no estuviera prometido con ella, qué tipo de mujer desearía. En aquel momento tenía doce inviernos, así que respondí con sinceridad:

La mujer de mis sueños tenía el pelo del color de la luz de la luna, le gustaba cazar y practicar el tiro con arco conmigo y mis amigos; le daban igual los vestidos y la moda, y comía porciones normales de comida, no picoteos a una ensalada como un pájaro.

Amelia se había reído y me había dicho que esa mujer no existía. En aquel momento no lo sabía, pero había descrito a Arwen.

—¿Drae? —Raife me miró preocupado, sacándome de mis pensamientos.

Sacudí la cabeza y me froté la cara.

—Lo siento; no he dormido nada. Cuéntame.

Raife se pasó la mano temblorosa por el pelo.

—No... No sé ni por dónde empezar.

Un escalofrío me recorrió los brazos. Aquello era peor de lo que pensaba. A Raife nunca le faltaban las palabras.

—¿Es la reina de Nightfall? —empecé.

¿Había matado a su reciente esposa? No parecía estar de luto. Parecía más asustado. Y el rey elfo no le temía a nada.

Él asintió y me miró con temor en los ojos.

—Tiene... una nueva máquina.

«Esa mujer y sus máquinas.» Para no gustarle la magia, no paraba de intentar replicarla con tecnología.

—¿Qué hace?

Raife soltó un largo suspiro.

—Arrebata la magia de las personas, convirtiéndolas en humanos. Una especie de castración mágica.

—Hades —maldije. Un escalofrío me recorrió todos los huesos. Ya está; así era como conseguiría su objetivo de un mundo humano, desprovisto de cualquier tipo de criatura mágica.

—Mi pueblo no puede sobrevivir sin magia dragontina. Alimenta a nuestra parte humana —le dije—. Eso supondría la muerte para nosotros.

Raife asintió.

—Por eso he venido a contártelo en cuanto he podido. Tenemos que advertir a Lucien y Axil. Debemos unirnos y prepararnos para la guerra.

Tragué con fuerza.

—¿Quieres ir a ver a Lucien? Puedo volar a Fallenmoore e intentar encontrar al huraño rey lobo.

Raife carraspeó.

—Lo he intentado de camino aquí.

Extendí las manos.

—¿Qué pasa?

El rey elfo se rascó la nuca.

—Ha intentado matarme.

Sonreí, sabiendo que había alguna historia con eso.

—¿Y eso por qué?

Raife suspiró.

—Pasé una época un poco oscura, y es posible que me acostara con el amor de su vida durante un viaje de negocios a Thorngate.

Solté una carcajada y le di una palmada en el hombro a mi viejo amigo.

—¿Por eso es tan miserable?

Raife se retorció avergonzado.

—Necesito que me acompañes a ver a Lucien y que lo convenzamos para que venga con nosotros a ver a Axil. Los lobos han aumentado su población. Los escucho en mis fronteras aullando a la luna llena. Necesitamos a todo el mundo. Lucien siempre ha sido el favorito de Axil.

Era verdad. Lucien y Axil eran uña y carne en nuestros encuentros anuales.

—Mi mujer acaba de tener gemelas —le dije, con una mirada severa.

Raife gruñó.

—La reina volvió a intentar envenenarme hace unas lunas. Hay que detener a Zaphira antes de que no quedemos ninguno para enfrentarnos a ella.

Fruncí el ceño. Después de envenenar a toda su familia, ¿aún intentaba matarlo?

Jamás se me olvidaría que había entrado en mi propio jardín y había asesinado a Joslyn. ¿Pretendía acabar con todos los reyes?

—Está bien. Dame una semana con mi familia y luego nos veremos en Thorngate para hablar con Lucien.

Raife me dio una palmada en los hombros.

—Sabía que podía contar contigo.

Recuperar la confianza de Raife era muy importante para mí, y ese mundo no sería seguro para mi mujer y mis hijas mientras Zaphira y sus malvadas máquinas siguieran con vida.

Era el momento de proteger lo que más quería. Costara lo que costase.

Fin.

Agradecimientos

Como siempre, ¡el agradecimiento más grande es para mis lectores! No podría hacer esto sin vosotros, de verdad. Todavía me asombra poder ganarme la vida con mi creatividad y que haya quien quiera leer lo que escribo. Gracias a mi manada de lobos por apoyarme tanto. A mis editores, Lee y Kate; soy un auténtico desastre sin vosotros. Y, por supuesto, a mi marido y a mis hijos por compartirme con mi arte. <3

El último rey dragón
Leia Stone

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *The Last Dragon King*
© del texto: Leia Stone, 2022
© de la traducción: María Cárcamo, 2024

© Ilustración de cubierta: Leia Stone

© Editorial Planeta S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2024

ISBN: 978-84-08-28575-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta